

CCIÓN





VENTUR



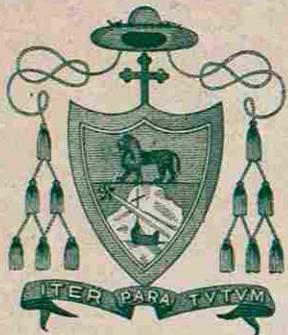
DELICIAS

DE

A PIEDA

BT645
R3
c.1

008749

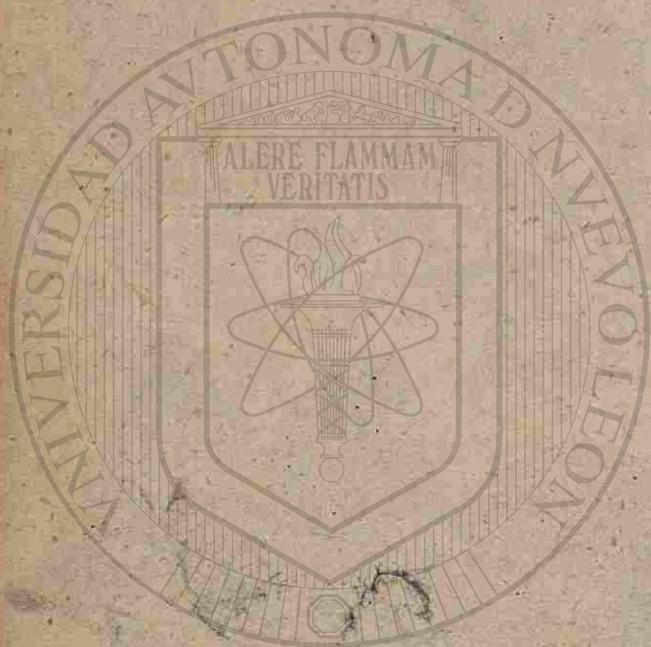


1080020994

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



Cesoro de Predicadores Ilustres.

LAS DELICIAS DE LA PIEDAD.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS DELICIAS DE LA PIEDAD.

TRATADO

sobre el culto

DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN,

POR

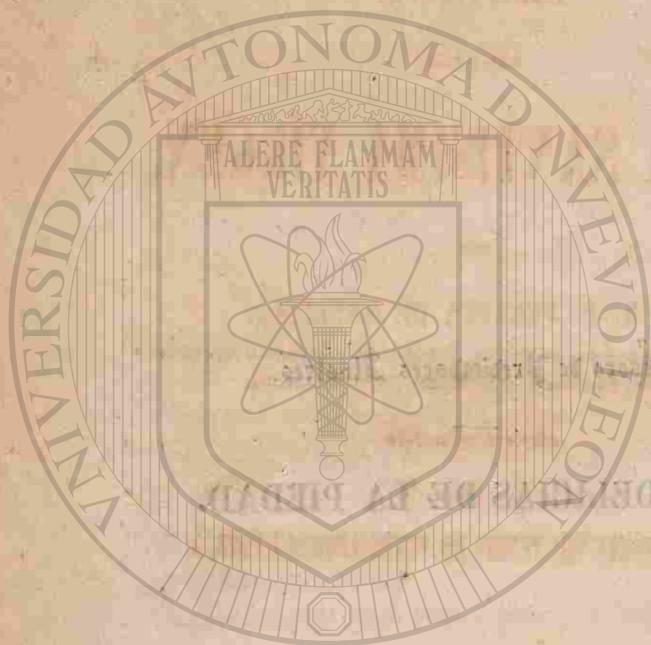
EL R. P. VENTURA DE RAULICA,

antigo General de la Orden de Teatinos, Consultor de la Sagrada Congregacion de Ritos, Examinador de los Obispos y del Clero romano,

obra traducida

POR

LOS REDACTORES DEL TESORO DE PREDICADORES ILUSTRES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE
Biblioteca Valverde



Madrid,

LIBRERIA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Carmen, número 29.

1859.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

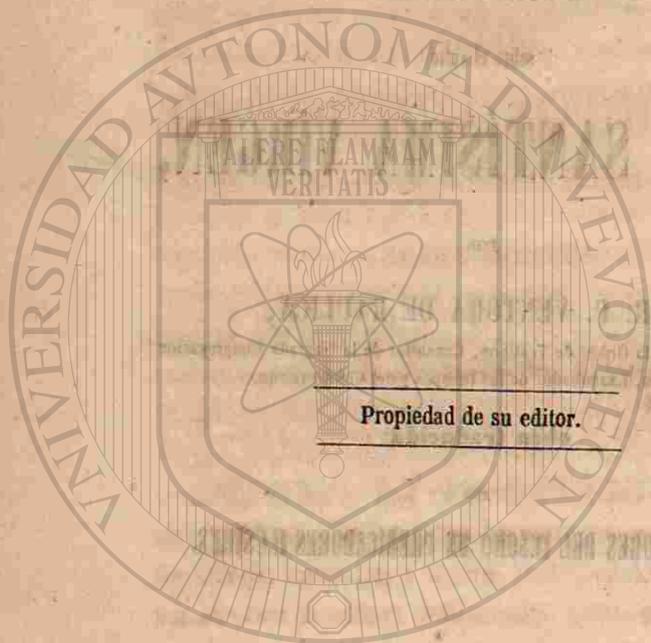
45348

BTG45

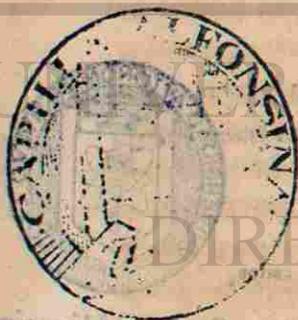
R 3

TRATADO

TRATADO



Propiedad de su editor.



FONDO ENFERMERO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID, 1859.—Imp. de M. RIVADENEYRA,
Madera, 8.

42318

LAS DELICIAS DE LA PIEDAD.

TRATADO

SOBRE EL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

INTRODUCCION.

Estado actual de los espíritus con relacion al culto de María.—
Las Letanias ilustradas.—Ocasion de este tratado.— El autor lo ha compuesto para manifestar á María su agradecimiento por lo que debe á su proteccion.— Division de la obra en dos partes.— Interés y variedad de las materias que en ella se tratan.

En estos tiempos en que, por medio de *sus hijos* y de sus satélites (*Joan.*, viii, 44) el ángel caído redobra las demostraciones de su odio infernal contra la GRAN MUJER QUE LE APLASTÓ LA CABEZA (*Génes.*, iii), los verdaderos católicos aumentan por su parte su celo para celebrar las grandezas y las glorias de esta misma MUJER, que el Hijo de Dios hecho hombre dió desde lo alto de los cielos por Madre á la Iglesia y á todos los hijos de la Iglesia (*Joan.*, xix). Los verdaderos católicos emplean todos los medios de que pueden disponer para multiplicar los testimonios de su filial ternura, de su confianza y de su veneracion hácia la divina María, con el fin de combatir lo mejor posible las blasfemias que dirigen á esta augusta Virgen la herejía y la incredulidad.

Al objeto se acaba de publicar un nuevo MONUMENTO Á LA

1

008749

GLORIA DE MARÍA, ó sean LAS LETANÍAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN ILUSTRADAS, con magníficos grabados de la escuela católica alemana, acompañadas de MEDITACIONES, por el señor abad Eduardo Barthe, cuya edicion se ha hecho en Paris.

Para que tan hermoso libro fuese leído en Italia con el mismo interés que en Francia, se proyecta reproducirlo en Génova, con cuyo motivo se nos han pedido algunas palabras para ponerlas al frente de la edicion italiana de las LETANIAS ILUSTRADAS. Nosotros no podiamos negarnos á semejante peticion: al contrario, suspendimos gustosos nuestros trabajos filosóficos para dictar, no pudiendo escribirlo, el presente librito.

Esto es lo menos que podiamos hacer para pagar la deuda del especial agradecimiento que debemos á la augusta Virgen María. Verdad es que, ocupado de los intereses, de la gloria, de la religion del Hijo, no hemos olvidado á su divina Madre. En nuestras BELLEZAS DE LA FE, de nueve lecciones ó trataditos acerca de la verdad, grandeza y encantos del catolicismo, hemos consagrado dos (el IV y el VIII) á las glorias de María. Con el titulo de LA MADRE DE LA IGLESIA, en nuestra cuarta Homilia, de LAS MUJERES DEL EVANGELIO, tratamos de la Santa Virgen en sus relaciones de maternidad con la Iglesia; y este trabajo no es mas que un resumen de nuestra obra, sobre el mismo objeto, intitulada LA MADRE DE DIOS, MADRE DE LOS HOMBRES, ó *Exposicion del misterio de la Santísima Virgen al pié de la Cruz*. Pero de todas maneras teniamos que ofrecer un homenaje particular de nuestro amor filial á María en el mes de diciembre. En la noche del 7 al 8 del referido mes, dia aniversario de su *Concepcion INMACULADA*, vine yo al mundo; y desde el instante en que nuestra

buena y piadosa madre terrestre nos ofreció á la *amable Madre celeste* de todos los cristianos, hemos experimentado en el referido mes, de una manera particular, los beneficios de su proteccion. Tres veces, en diferentes épocas de nuestra existencia, y siempre en diciembre, conducido por enfermedades desesperadas á las puertas de la muerte, hemos vuelto á la vida por mediacion de la Santa Virgen; y recientemente, no pudiendo ya escribir ni leer siquiera nuestra correspondencia sino con sumo trabajo, atribuimos solo á una gracia de María el haber podido, sin embargo, terminar, no sabemos cómo, en el trascurso del año, nuestro PODER POLÍTICO CRISTIANO y nuestro ENSAYO SOBRE EL PODER PÚBLICO. Por eso aprovechamos la coyuntura que se nos presenta de emplear este mes de diciembre para ofrecer un nuevo testimonio de nuestro amor á nuestra misericordiosa y poderosa Patrona.

Hemos dedicado pocas líneas á la corona de tiernas y sublimes invocaciones que los hijos de la Iglesia dirigen con tanto entusiasmo y contento á la Madre del Salvador del mundo, corona tan conocida con el nombre de *Letanias Lauretanas*. No se sabe quién las ha compuesto, lo cual prueba que pertenecen á la mas remota antigüedad; y el autor de las piadosas *Meditaciones que acompañan á la ilustracion de las mismas*, nada nos ha dejado que desear respecto de su importancia y de sus bellezas. Así, pues, en vez de limitarnos á esta fórmula particular de oraciones y de alabanzas á María, hemos preferido formar un tratadito sobre el culto de María en general en sus relaciones con el estado presente de los espíritus.

Dividiremos nuestro trabajo en dos partes. Expondremos en la primera los principios sobre los cuales ha sido esta-

blecido este culto, á saber : la razon, la revelacion escrita y la tradicion. Indicaremos sus relaciones con el dogma cristiano y las leyes de la verdadera piedad; y como no puede hablarse en este momento de la Santa Virgen sin mencionar la *Declaracion dogmática* que la Iglesia acaba de hacer de su INMACULADA CONCEPCION, no hemos querido dejar que pase esta ocasion de presentar bajo un nuevo punto de vista el principal argumento en favor de la ortodoxia, de la importancia, de la oportunidad de tan memorable *declaracion*, y de explicar el misterio satánico de las blasfemias con que el espíritu del error la ha acogido. Esta explicacion regocijará á los amigos del dogma de la INMACULADA CONCEPCION, tanto como dará que pensar á sus adversarios.

En la segunda parte procuraremos patentizar las ventajas de los medios que toda alma cristiana encuentra en el ejercicio del culto de Maria, para aumentar sus virtudes, afirmarse en el bien, consolar su corazon, y terminar la obra de su salvacion.

Tratarémos nuestro objeto menos con palabras que con hechos, procurando mas mover que convencer. Hé ahí por qué titulamos este escrito *Las delicias de la piedad*.

En una y otra parte, ocupándonos en explicar las grandezas y los encantos de la devocion de los verdaderos fieles hácia Maria, cuidaremos de defenderla y de vengarla. En este escrito se hallarán, pues, reunidas y expuestas con la mayor brevedad posible las respuestas á las principales objeciones que el espíritu del error ha reproducido en nuestros dias contra un culto que tiene su razon de ser en la fe, su expansion en las necesidades del corazon, y que es, en cierto modo, la aspiracion de toda alma verdaderamente cristiana.

Verdad es que la devocion á Maria es un sentimiento, y podria decirse que casi natural é innato, en todo hombre á quien el bautismo ha hecho miembro de Jesucristo, y que se conserva fiel á los deberes que le ha impuesto. Pero si por esta razon los verdaderos cristianos no necesitan para sí mismos las refutaciones que vamos á presentar á su vista, las necesitan, y mucho, para saber contestar á las estúpidas y sacrilegas blasfemias, que por doquiera y á cada instante hieren sus oidos y afligen su piedad con motivo de los homenajes que ellos tributan á la Madre de Dios, que lo es tambien suya. Además, nos consideramos dichosos uniendo en esta ocasion nuestra débil voz al concierto de alabanzas y de bendiciones que en este momento se elevan hácia Maria del fondo de todos los corazones verdaderamente católicos.



PRIMERA PARTE.

ORÍGEN, LEGITIMIDAD É IMPORTANCIA

DEL

CULTO DE MARIA.

CAPITULO PRIMERO.

Del culto de María en sus relaciones con el culto que se debe á Dios.

Palabras de San Bernardo, que contienen toda la economía del culto de María.—La Iglesia ha aprendido al pié de la cruz de Jesucristo á venerar á su Madre.—La acusacion que la herejía le dirige de tributar á María un culto que no tiene razon de ser en la Biblia, es refutada con diferentes testimonios de la Biblia.—Los protestantes, á imitacion de los judíos, leen la Biblia sin comprenderla.—Las tres especies de culto establecidas en la Iglesia.—El que la Iglesia rinde á María es independiente del que tributa á Dios.—La *Salutacion angélica*, la *Salve, Regina*, el *Ave maris Stella*.—Las cinco partes de las *Letanias*.—La Iglesia no reconoce en María mas que un poder de intercesion.

GRANDES y bellas son las palabras de San Bernardo cuando llama á la Santa Virgen «la obra soberana superior á todo lo que no es Dios : *Opus quod solus Artifex supergreditur.*»

Estas palabras pueden traducirse así: «Con tal que no se la haga Dios, ni se la atribuya nada de lo que es propio de Dios y pertenece esencialmente á Dios, débense todo homenaje, toda grandeza, toda gloria y toda virtud á la augusta Madre de Dios.»

Esta sentencia encierra, pues, la razon y la economía del culto que, desde el origen del cristianismo, la Iglesia ha tributado siempre y en todas partes á la Hija amadísima del Dios Padre, á la Madre heroica del Dios Hijo, á la Esposa sin mancha del Dios Espíritu Santo.

La herejía y la incredulidad se muestran escandalizadas por esto. Segun ellas, «el culto de la Santa Virgen no tiene fundamento alguno en la *Palabra de Dios escrita*, es decir, en la Biblia; y se perjudica á Dios venerando á María, celebrando sus grandezas, invocando su patrocinio, y confiando en su amor maternal,» como lo han verificado y lo verificarán siempre los verdaderos hijos de la Iglesia. Mas no hay que creer en estas demostraciones de celo por la gloria de Dios, propias de corazones extraviados que no aman á Dios. Eso es el

moderno fariseismo, que en nada cede al fariseismo antiguo en punto á hipocresía; porque la hipocresía y la doblez son los caractéres propios del error, así como la sencillez y la franqueza son los caractéres propios de la verdad. Así la Iglesia apenas le hace caso, ni responde á las blasfemias del espíritu del error contra María mas que redoblando su celo filial por la gloria de María.

Y eso consiste en que esta Esposa fiel del Hijo de Dios hecho hombre, conociendo perfectamente los secretos de su corazón, sabe tambien que todo homenaje tributado á la Madre es agradable al Hijo, y que lejos de ofenderle, realza su grandeza y su gloria.

Al pié de la cruz, representada por el *discípulo muy amado de Jesus*, la Iglesia oye de boca misma de su divino Esposo moribundo, que este Esposo querido la pone en lugar de él, en sus relaciones con su propia Madre, de quien iba á separarse: *Mulier, ecce filius tuus...* *Ecce mater tua*, y sabe que desde entonces debe, en virtud del mandato formal de este Esposo amado, amar y venerar á María

como á su madre, y que, en virtud de la promesa no menos formal del mismo Señor, debe esperar que ella le ame á su vez como á hija suya (1).

Hé ahí todo el secreto de los testimonios de honor y de ternura que la Iglesia rinde incesantemente á María, y su confianza sin límites en la proteccion de María.

El patriarca Jacob, despertándose del sueño misterioso durante el cual recibió la revelacion celeste de que en el lugar en que entonces se hallaba habia de nacer un día el Mesías de su raza, fué sobrecogido de un sentimiento de terror religioso, y exclamó: «Verdaderamente Dios está en este lugar y yo no lo sospechaba! ¡Oh, qué terrible es este sitio! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo! *Cùm evigilasset Jacob de somno, ait: Verè Dominus est in loco isto, et ego nesciebam.*

Pavensque: Quàm terribilis est, inquit, locus iste! non est híc aliud nisi domus Dei et porta

(1) Ya hemos explicado extensamente este gran misterio en nuestra obra citada, LA MADRE DE DIOS, MADRE DE LOS HOMBRES. Es el comentario completo de las grandes é inefables palabras pronunciadas por Jesucristo en la Cruz.

coeli (Genes., xxviii).» En seguida no se contentó con llamar al referido sitio *casa del Pan (Bethel)*, para indicar que el Mesías sería el *verdadero Pan vivo bajado del cielo*, sino que erigió en el mismo paraje un altar, y aun podría decirse que casi un templo que llamó *casa de Dios: Lapis quem erexi in titulum vocabitur domus Dei. (Ibid.)* Y estas demostraciones de profunda veneracion del gran Patriarca á un lugar en que no recibió mas que una simple vision de arriba, este interés y estos cuidados para atraer sobre el lugar indicado la adoracion de los siglos, ¿son otra cosa que una elocuente leccion que nos da la Biblia de los homenajes y del culto religioso que se debe, con mayor razon, á María, templo vivo en que el Hijo de Dios no se mostró en vision, sino en donde habitó durante nueve meses, y de quien tomó la sustancia de su propio cuerpo?

Moisés, acercándose á la zarza ardiente, desde la cual Dios se dignó hacerle oír su voz por conducto de los ángeles, recibió la orden de descalzarse, «porque, se le dijo, la tierra que pisas con tus piés es una tierra santa: *Solve*

calceamentum de pedibus tuis, locus enim in quo stas, terra sancta est (Exod., III). Si, pues, segun la letra de la Biblia, el lugar en que Dios aparece y donde habla por boca de los ángeles es una *tierra santa* á la que nadie debe aproximarse sino temblando y que debe venerarse con un culto respetuoso, júzguese si segun el espíritu de la Biblia no se deberá, con título mas justo, un culto particular á María, en cuyo seno el Verbo eterno habitó *personalmente*, y de quien recibió este todo lo que un hijo recibe de su madre.

Finalmente, el Rey Profeta exclama en alta voz : Doblád la cabeza y adorad el escabel de Dios : *Adorate scabellum pedum ejus (Psalmo xcviII)*. » ¿Cómo, pues, no seria conforme al espíritu y á la letra de la Biblia, que mandan QUE SE ADORE EL ESCABEL DE DIOS, el rendir un culto particular á la MADRE DE DIOS?

Véase lo desacertados que andan nuestros hermanos separados, al afirmar que el culto de María no tiene fundamento en la Biblia. No basta que una lira sea armoniosa y perfecta, sino que, además, es necesario que sea pul-

sada por una mano hábil para que produzca sonidos compasados y agradables, de la misma manera no basta que la Biblia sea la palabra de Dios escrita, sino que es preciso que sea leida por la Iglesia ó segun el espíritu de la Iglesia, para que revele verdades puras y edificantes. Y, á imitacion de los judios (que ya no tienen sinagoga que interprete infaliblemente el Antiguo Testamento), los protestantes, que se han rebelado contra la Iglesia, no tienen ya Iglesia que interprete infaliblemente el Antiguo y Nuevo Testamento. Así como los judios no ven á Jesucristo, que se encuentra en cada página de la Escritura antigua, así tambien los protestantes no ven la Iglesia, sus creencias, ni sus prácticas, que, sin embargo, se encuentran en cada página de la antigua y de la nueva Escritura; de la misma manera que una mano inexperta no podría sacar mas que sonidos discordantes y sordos, aun del instrumento mas perfecto, la herejía, igualmente que el judaismo, no encuentra mas que contradicciones, sentidos incoherentes y errores, aun en la Biblia, el mas

santo y el mas verdadero de todos los libros. La Madre de Dios puede, pues, repetir á sus sacrilegos detractores lo que el Hijo de Dios decia á los suyos : «Recorred con espíritu sério las Escrituras, en las cuales solamente os gloriáis de encontrar la vida eterna, y veréis que ellas son las que atestiguan mi dignidad, y reconoceréis el error en que vivís rehusando venir á mí, que puedo daros el autor de la vida : *Scrutamini Scripturas, quia vos putatis in his vitam æternam habere, et illæ sunt quæ testimonium perhibent de me; et non vultis venire ad me ut vitam habeatis* (Jon., v).»

Pronto hablaremos de otros testimonios de la Biblia en que se funda la Iglesia para reverenciar é invocar á María, como lo hace y autoriza á sus hijos á que lo hagan. Digamos ahora una palabra mas sobre el cargo ó acusacion que nos dirige la herejía porque tributamos á María un culto divino, con perjuicio del culto que únicamente se debe á Dios.

El odio ciego, así como el amor ilumina. Poseído por el odio el hombre, por mucha que sea la elevacion de su espíritu, ya no ve nada,

no oye nada, ni sabe lo que hace ni lo que dice. Esto explica la insolencia, la injusticia y la falta absoluta de razon con que la herejía juzga y calumnia á la Iglesia con el motivo que nos ocupa. La Iglesia católica, esta reunion imponente de dos á trescientos millones de criaturas humanas, únicas en quienes se encuentra la mayor copia de luces y de virtudes, y de cuyo seno solamente han salido y salen siempre los verdaderos grandes hombres, gloria de la humanidad por la grandeza de su ciencia y por el heroismo de su virtud; semejante asociacion, digo, única que por sí sola mantiene, hace diez y ocho siglos, en medio del mundo la luz de la verdad sin nubes, y de la virtud sin manilla, no es á juicio de la herejía, y de su hija la incredulidad, otra cosa mas que un conjunto de imbéciles, de idiotas supersticiosos, que han hecho de María una diosa y la adoran como un dios, para vergüenza del verdadero y único Dios.

¡Qué insolencia! Qué ceguedad! porque notorio es que en la Iglesia hay tres especies de culto : el culto de *latría* ó de adoracion, que

ella no tributa mas que á Dios; el culto de *dulía* ó de *servidumbre*, ó el culto de veneracion practicado respecto de los santos, los siervos de Dios; y que como conviene no confundir en los sentimientos del mismo culto la Madre de Dios y los siervos de Dios, la Iglesia ha sustituido respecto de María una tercera especie particular de culto, el culto de *hiperdulía*, que, segun la palabra misma lo indica, siendo superior al culto de los siervos de Dios, se halla á una distancia infinita del culto de *latría* ó de adoracion, el cual no se debe mas que á Dios. ¿Y no es preciso haber perdido la razon para no encontrar todo esto soberanamente sábio, soberanamente justo y soberanamente conforme con el espíritu de la religion? Hé ahí lo que hace y lo que cree la Iglesia; pero hé ahí lo que el protestantismo y el filosofismo no saben, ó no quieren saber, para proporcionarse la satánica satisfaccion de injuriar y denigrar á trescientos millones de cristianos y de blasfemar contra ellos.

Las oraciones que la Iglesia dirige con mas frecuencia á María en el discurso del año, y

aun muchas veces cada dia, son : el *Ave, Maria*; la *Salve, Regina*; y el himno *Ave, maris Stella*.

En la salutacion angélica, despues de repetir las magníficas palabras con que el Angel la saludó en el dia de la *Anunciacion* é Isabel en el de la *Visitacion*, la Iglesia reasume estas mismas palabras en dos, llamando á María *Madre de Dios* (1). Inmediatamente despues añade : «Ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» Así, pues, recordando las verdaderas grandezas y las verdaderas glorias de María, la Iglesia reconoce altamente que estas glorias y estas grandezas no dan á María otra autoridad y otro poder que el de rogar á Dios á su vez por los que le dirigen sus plegarias.

Verdad es que la *Salve, Regina* no es mas que la expresion de la mayor confianza de una gran miseria que exhala los gemidos de su dolor en presencia de un gran poder, y que implora

(1) Estas palabras han sido añadidas á la *Salutacion angélica* despues del concilio de Efeso, que decidió, contra Nestorio, que la Santa Virgen debe ser llamada *Madre de Dios*.

los auxilios de un grande amor. Pero en la conclusion de esta humilde y tierna plegaria, la Iglesia pide á María *muestre á todos los fieles, despues que haya terminado su terrestre destierro, á Jesus fruto bendito de sus entrañas*; con cuyas palabras la Iglesia confiesa que la vision y la posesion de Dios constituyen el único bien verdadero, el origen de todos los bienes, que Dios es todo, y que todo lo que no es Dios no recibe mas que de Dios su existencia y su poder.

Lo mismo sucede con el bello cántico *Ave, maris Stella*. Todas las gracias que en esta deliciosa poesia se piden á María se reasumen en esta: «Que el que por amor nuestro se dignó hacerse su Hijo, acoja nuestras súplicas por la mediacion de su Madre, á quien hizo él tambien Madre nuestra.»

Las Letanías, llamadas *Lauretanas*, que todos los hijos de la Iglesia saben de memoria y recitan con tanta frecuencia en honor de María con tanto afecto y contento, comprenden una série de saluciones, y es imposible imaginar nada mas magnífico ni mas sublime.

Recuérdanse en ellas primeramente las grandezas y los privilegios que ha valido á María la maternidad divina, y se le dirigen los títulos mas espléndidos y mas gloriosos. Toda esta primera parte de las Letanías es dogmática. La segunda es enteramente moral, y en ella se recuerdan la perfeccion y heroismo de sus virtudes. En la tercera se enumeran los símbolos y las figuras, por medio de los cuales los antiguos profetas cantaron anticipadamente las glorias de María. Esta parte es toda bíblica. Sigue la cuarta, en la cual se hallan expuestos los títulos que María posee á nuestra confianza, y la variedad de los auxilios que podemos esperar de ella. Finalmente, en la última parte se indica la elevacion de su jerarquía superior á todos los seres creados, como tambien la extension de su poder como reina del cielo y de la tierra.

Conviene notarse que mientras que en la invocacion del Dios trino y uno, con que las Letanías principian, se dice á Dios y las divinas Personas: «¡Tened piedad de nosotros! ¡Oidnos! ¡Concedednos vuestra misericor-

dia!» A cada salutacion que se dirige á María se repiten estas palabras: «Ruega por nosotros.» De esa manera protestamos formalmente que solo reconocemos á Dios como soberano Señor de toda gracia y de toda misericordia, y que aun atribuyendo á María el primer lugar cerca de Dios y despues de Dios, en la jerarquía de los séres, no la atribuimos mas que un poder delegado y una fuerza de simple intercesion.

La misma observacion puede hacerse respecto de las demás fórmulas de las súplicas de la Iglesia á María, y á Dios mismo con relacion á María: trátase en ellas únicamente de la súplica y de la intercesion de María para con Dios su Hijo. Es por tanto evidente que la Iglesia y los hijos de la Iglesia, orando con ella y como ella, no reconocen en María ningun poder que propiamente le pertenezca por su naturaleza, sino solo un poder que le ha sido comunicado por su Hijo á título de reconocimiento y de gracia, un poder de intercesion y de súplica. ¿En qué, pues, semejantes sentimientos, así circunscritos y encerrados en el

rigor de los principios de la razon y de la fe, serian injuriosos á la autoridad de Dios? ¿Y cómo el pedir á María que interceda por nosotros con Dios, el interesarla con nuestra instancia y nuestros homenajes á que defienda nuestra causa ante Dios, cómo, no esperando de su intercesion mas que los efectos de la misericordia de Dios, y no reconociéndole otro poder que el fundado en la caridad, cómo, repetimos, la atribuiríamos el poder de Dios, ni pretenderíamos hacer un Dios de ella?

Verdad es que en las *Letanías* en particular llamamos á María SALUD DE LOS ENFERMOS, *Salus infirmorum*; REFUGIO DE LOS PECADORES, *Refugium peccatorum*; CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS, *Consolatrix afflictorum*; AUXILIO DE LOS CRISTIANOS, *Auxilium christianorum*; pero al darle cada uno de estos títulos tan tiernos y tan espléndidos, añadimos siempre: «RUEGA POR NOSOTROS, *ora pro nobis.*» ¿Y no es esto reconocer y confesar altamente que no esperamos de ella tan grandes bienes porque la consideremos fuente de ellos, sino como intercesora que puede obtenerlos con sus súplicas?

plicas? ¿No es esto reconocer y confesar al mismo tiempo que solo Dios es el origen primero, el Señor absoluto, el dispensador soberano de todo bien?

Por lo que hace á la Iglesia, María no es en el orden de la gracia mas que lo que la luna en el orden de la naturaleza. Este planeta es un cuerpo opaco, sin luz propia, y que toma del sol, que la viste con sus rayos, el suave resplandor que trasmite durante la noche á la tierra. De la misma manera María es para nosotros un ser sin poder alguno esencialmente propio de ella, un ser que todo se lo debe á Dios, aun su ser. Es la Mujer misteriosa del Apocalipsi, rodeada y vestida del sol: *Mulier amicta sole*, es decir, la Mujer que recibiendo en sí misma la verdadera luz inefable del verdadero *Sol de justicia*, que es Nuestro Señor Jesucristo, la refleja sobre los hombres durante la oscuridad y las tinieblas de su vida terrestre. Por consiguiente, María no es para nosotros mas que una pura criatura que, como tal, no es un SER POR SÍ, *Ens à se*; no es un ser en sí, sino un ser que no es mas que en

Dios y por Dios lo que es; un ser que no tiene nada que no haya recibido de Dios. ¿Cómo, pues, se nos puede echar en cara que la consideramos y veneramos como á Dios, con perjuicio de Dios?

CAPITULO SEGUNDO.

Del culto de Maria en sus relaciones con el dogma de la mediacion de Jesucristo.

Objecion de la herejia contra el poder de intercesion que la Iglesia atribuye á Maria.—Este poder de Maria está basado en la parte que ella tomó en los misterios de la Redencion.—Resulta evidentemente de un gran número de pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, que léjos de perjudicar á la eficacia de la mediacion de Jesucristo, la confirma y la honra.

La objecion que acabamos de refutar pertenece á los protestantes-filósofos. En cuanto á los filósofos-protestantes ó teólogos, estos no dirigen á la Iglesia la calumnia estúpida de que hace de Maria un Dios; pero no por eso dejan de reprocharle. «Que el poder de intercesion que la Iglesia atribuye á Maria, es un poder completamente extraño al dogma cristiano, un poder que no tiene razon alguna de ser en la Escritura, un poder injurioso al dogma de la mediacion de Jesucristo, mediador único entre Dios y los hombres.» Cada pala-

bra de esta objecion es una mentira. Lo contrario es la pura y exacta verdad.

La Iglesia dice en sus oraciones al Señor : «Haz que experimentemos los efectos de la intercesion de la bienaventurada Maria, por quien hemos tenido la dicha de recibir el autor de la vida, Nuestro Señor Jesucristo tu Hijo : *Concede ut beatam Mariam pro nobis intercedere sentiamus, per quam meruimus Auctorem vitæ suscipere, Dominum nostrum Jesum Christum filium tuum.*»

La Iglesia ora tambien en estos términos : «¡Oh Dios, que has querido que, por medio de la anunciacion del Angel, vuestro Verbo tomase la carne del seno de la bienaventurada Virgen Maria, rogámoste que, como la creemos verdaderamente Madre de Dios, nos favorezca con su intercesion para contigo.»

Vemos, pues, que en atencion á la parte que Maria tomó en el cumplimiento de los grandes misterios del Dios Redentor, y porque es su verdadera Madre, la Iglesia confia en la eficacia de su intercesion y de sus súplicas para hacernos experimentar los efectos de la re-

dencion. Nada mas justo, nada mas razonable, y al mismo tiempo nada mas magnífico, nada mas sublime que esta filosofia de la Iglesia.

Para autorizar el interés de farsa que aparenta por la dignidad de Jesucristo, la herejia se apoya en los pasajes de la Biblia que no atribuyen mas que al autor de la gracia la colleccion de toda especie de gracias, y que no reconoce necesidad de intercesion y de mediacion para con el Mediador.

Pero ¿no es la Biblia la que nos muestra á Jesucristo realizando los tres inefables misterios que contienen toda la economía de su accion reparadora solo en presencia y con el concurso de María? Cuando, siendo niño todavía, se *reveló* él por primera vez á toda la humanidad en la persona de los Magos, la Biblia nos enseña que no se hizo esta magnífica Epifania sino en presencia de su Madre, y que en brazos de ella recibió la primera adoracion de los representantes del género humano: *Invenierunt puerum cum Maria Matre ejus; et procidentes adoraverunt eum.* La misma Biblia nos dice que el Redentor divino consumó su sangriento

sacrificio en presencia de su Madre, que se hallaba al pié de la cruz, y que en su seno depositó él, al espirar, con sus últimas palabras el secreto de su amor y los tesoros de su bondad: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.*

Finalmente, la Biblia ha cuidado tambien de manifestarnos que el Hombre-Dios, remontado al cielo, no envió á la tierra el Espíritu Santo, que debia *verificar en ella una nueva creacion, variar la faz del mundo,* y constituir definitivamente en él la Iglesia, sino en medio de sus discípulos reunidos en el cenáculo en la unidad de la oracion BAJO LA PRESIDENCIA DE MARÍA SU AUGUSTA MADRE: *Erant perseverantes unanimiter in oratione cum Maria Matre ejus.*

¿Y no ha tenido la Iglesia razon para concluir de estas magníficas manifestaciones del pensamiento divino, que el Dios que ha cumplido sus misterios mas grandes con el concurso de María, se complace en dar á conocer los efectos de ellos por la intercesion y la mediacion de María?

El Rey Profeta ha dicho al Señor: «Tú has

colmado de honores á tus amigos, y constituido del modo mas brillante su principado: *Nimis honorati sunt amici tui, Deus, nimis confortatus est principatus eorum.* ¿Y es creible que el Dios que procede así con sus amigos y servidores, no haya querido colmar de honores y dar un imperio á la que le dió á él la vida segun la carne? ¿Es creible que habiendo elevado á la dignidad de príncipes á los apóstoles y á los santos, no hiciese Reina á su propia Madre? ¿Y cómo la hubiera hecho Reina del cielo y de la tierra, de que él es Rey, si no la hubiese concedido el privilegio de obtener ese favor de los que acuden á ella toda especie de gracias por su intercesion y por sus súplicas?

Dícese del heredero de David que, elevado á la autoridad suprema, su primer pensamiento fué elevar tambien para su madre un trono á la derecha del suyo. Y ¿puede creerse que el verdadero Salomon se mostrase menos generoso y menos tierno con la que sola le suministró su santa humanidad?

Así, pues, ninguna exageracion hay en estas palabras de San Bernardo : «Jesucristo, que

nos ha sido dado por María, quiere que todo lo que es de él nos llegue por conducto de María: *Omnia nos habere voluit per Mariam.*»

Jesucristo es sin duda alguna el verdadero y único mediador entre Dios y los hombres; pero ¿por qué no habria establecido en la persona de su Madre una mediadora entre los hombres y él mismo? ¿Por qué, reservando para sí el ejercicio de su justicia, no habria conferido á su Madre el ejercicio de una parte de sus misericordias?

Dentro de poco reproduciremos algunos de los muchos y magníficos pasajes en que los Padres y los Doctores de la Iglesia, que se han sucedido en ella durante diez y ocho siglos, han confirmado y fomentado la piadosa confianza de los verdaderos fieles en la mediacion de María. Por de pronto, puesto que de ella se apela al Evangelio, nos limitaremos á demostrar que la verdad de la creencia en la mediacion de María para con Jesucristo, ha sido establecida de la manera mas solemne por el mismo Jesucristo en el Evangelio.

No nos detendremos en el hecho memora-

ble que refiere S. Juan, de que Jesucristo, solicitado por su santa Madre para que se interesase en la situacion de los esposos de Caná, á pesar de haber declarado que la hora de manifestarse por medio de prodigios no habia llegado aun, verificó el que María le habia pedido, manifestándonos evidentemente de este modo que siempre accederá á los piadosos ruegos de su divina Madre en favor nuestro, y que la série de los actos de su misericordia y de su bondad respecto de nosotros continuará siempre por el mismo medio con que realizó el primero de sus milagros. Solamente llamaremos la atencion de nuestros lectores acerca de las tiernas palabras con que el Hijo de Dios, en el momento de consumar su obra de mediacion entre el cielo y la tierra, proclamó, como acabamos de ver, á María madre de todos los fieles, representados por S. Juan, y á todos los fieles hijos de María: *Mulier, ecce Filius tuus. Ecce Mater tua.* Y ó estas inefables palabras del Salvador, muriendo, carecen de sentido, ó no tienen mas que este: «Que por la voluntad y por orden de Jesucristo, María

debia cuidar de todos los fieles, como si fuesen sus propios hijos ó Jesucristo mismo, y que los fieles debian por su parte recurrir á María y depositar su confianza en ella como si fuese su verdadera madre.»

Pero como este artículo, igualmente que todos los demás artículos del testamento precioso del Redentor divino, no ha sido una disposicion transitoria que no debia tener efecto mas que durante la vida terrestre de María y del discípulo muy amado, sino que es una ley, una institucion que el Hijo de Dios estableció por todo el tiempo de la existencia de la Iglesia, ¿en qué y cómo María, en la cumbre de su gloria, podria interesarse en favor de los fieles, sino rogando por ellos, intercediendo por ellos con su divino Hijo? ¿Y por qué los fieles se dirigirian á María, como hijos á su madre, sino para que ella se digne ser su mediadora para con el mismo mediador? A menos, pues, que se quiera violentar el texto sagrado y reducir á proporciones mezquinas el alcance de las palabras del Dios Redentor del mundo, es imposible no ver en esta parte de sus últimas

disposiciones el pensamiento caritativo de haber creado á María, con el poder de su palabra, verdadera mediadora especial entre él y sus discípulos, como él es el verdadero mediador universal entre Dios y los hombres.

El profeta Isaías habia dicho: «Un tallo nacerá de la raíz de Jessé, una flor brotará en este tallo, y sobre esta flor reposará el Espíritu del Señor: *Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet, et requiescet super eum spiritus Domini.*»

No hay duda de que el tallo profético ha sido la figura de María, y la flor milagrosa el símbolo de Jesucristo. Así, pues, segun ha dicho S. Buenaventura comentando esta gran profecía, así, pues, como el que quiere poseer el espíritu del Señor debe ir á buscarlo en la flor nazarena, en Jesucristo, donde él reside; así tambien el que quiera encontrar á Jesucristo, debe acudir al tallo de Jessé, á María, en cuya compañía está siempre él: *Qui spiritum Domini adipisci desiderat, florem in virga quaerat.*

Este bello pensamiento es el que los primeros cristianos representaron por medio de la

pintura y del mármol en los numerosos frescos y bajos relieves que se encuentran en las antiguas catacumbas de los mártires en Roma, y en los cuales el divino Jesus aparece siempre en los brazos de su Madre, como si en cierto modo no quisiera ser entregado sino por sus manos al culto y al amor del hombre. Tal es, como se ve, el comentario de estas palabras del Evangelio: «Encontraron al Hijo en compañía de María su Madre: *Invenerunt puerum cum Maria Matre ejus.*» Es una predicacion por medio de signos, tan elocuente como una predicacion por medio de la palabra; predicacion que nos enseña que el misterio de la mediacion de María, principiada en la gruta de Bethleem en favor de las primicias del pueblo cristiano procedentes de los gentiles, se perpetúa siempre igual en favor de la humanidad entera; que no se puede encontrar á Jesus mas que en María y por María, y que nadie, dice Ricardo de Saint-Laurent, va á él á menos que los encantos de su Madre, igualmente que la gracia de su Padre, no le atraigan á sus piés.

¿En qué, pues, la fe de la Iglesia en la mediación de la caridad de María con su divino Hijo; en qué, pues, esta fe, basada en la economía del dogma cristiano, en el testimonio de la palabra de Dios, de la práctica mas antigua y mas constante de todos los fieles, y en la influencia feliz que ella ha ejercido en el espíritu de los pueblos, atacaria á la dignidad y á la eficacia de la gracia del Mediador divino?

«Pide todo lo que quieras, mi querida madre, decia Salomon á la mujer que le habia echado al mundo; pronto estoy, añadia, á acceder, como debo, á todos tus deseos. *Pete à me, mater mea, neque enim fas est ut avertam faciem meam à te.*» ¿Por qué, pues, el Hijo de Dios se dejaria vencer por el hijo del hombre respecto de las atenciones que todo hijo debe á su madre? Por qué los hijos de la Iglesia perjudicarian al poder divino del Redentor, creyendo que él dispensará siempre á las súplicas de su Madre la buena acogida que el hijo de David prometió á las de la suya? Por qué seria absurdo suponer que Jesucristo, que anticipó la hora y que concedió

su primer milagro al deseo de María, rehusaria continuar, en caso necesario, haciendo milagros reclamados por María en favor de los que recurren á la mediación de su maternidad y de su ternura? Por qué seria exagerada nuestra fe creyendo que al Rey del cielo le parecerá siempre bien que elevemos á él nuestros ruegos por medio de su Madre, puesto que á los reyes de la tierra les parece bien que los pueblos eleven á ellos las suyas por conducto de sus servidores?

Porque un niño acuda á la mediación de su madre para conseguir de su padre lo que el sentimiento de timidez que la autoridad paterna inspira le impide pedirle directamente, ¿desconoce en nada los derechos del autor de sus dias? Y si este niño, persuadido de que ha provocado la cólera paterna, obliga con sus súplicas á su buena madre á que la apacigüe, si espera obtener con su mediación un perdón que la gravedad y el número de sus faltas le hacen temer que le sea negado, ¿perjudica ni ofende con esto en lo mas mínimo la dignidad, la superioridad y la autoridad de su padre?

¿Cómo, pues, el alma cristiana desconocería el poder de la mediación de Jesucristo y el tesoro de sus gracias, pidiéndolas por la intercesión de María? ¿Y cómo el pecador á quien la enormidad y el número de sus crímenes hacen temblar y espantan á la sola idea de Jesucristo juez, le perjudicaría esperando ablandarle por la mediación de su misma Madre, que él mismo legó al morir á todos los cristianos como madre de los mismos?

CAPITULO TERCERO.

Testimonios de los Padres de la Iglesia en favor del culto de Maria.

Lo que los Padres de la Iglesia han pensado y practicado respecto al culto de la Santa Virgen.—Cítanse algunos de sus testimonios.—El lector católico los verá con gusto.—Testimonios de S. Agustin, de S. Juan Crisóstomo, de S. Bernardo y de S. Alfonso de Liguori.—Catálogo de los principales Padres y Doctores que han escrito en el mismo sentido.—Imponente autoridad de esos hombres dotados con todos los talentos y con todas las virtudes, comparada con la autoridad de los heresiarcas, hombres de todos los vicios y de todos los errores.—Necesidad de reconocer que el espíritu de Dios ha inspirado á los unos, y el espíritu de Satanás á los otros.

OTRA prueba en favor de la conformidad del culto de la Santa Virgen con las doctrinas y el espíritu del Evangelio, de la antigüedad, de la universalidad y de la eficacia de este culto, es el testimonio constante y unánime de los Padres y de los Doctores de la Iglesia. Desde San Dionisio Areopagita, discípulo de S. Pablo, hasta S. Liguori, que ha continuado la

¿Cómo, pues, el alma cristiana desconocería el poder de la mediación de Jesucristo y el tesoro de sus gracias, pidiéndolas por la intercesión de María? ¿Y cómo el pecador á quien la enormidad y el número de sus crímenes hacen temblar y espantan á la sola idea de Jesucristo juez, le perjudicaría esperando ablandarle por la mediación de su misma Madre, que él mismo legó al morir á todos los cristianos como madre de los mismos?

CAPITULO TERCERO.

Testimonios de los Padres de la Iglesia en favor del culto de Maria.

Lo que los Padres de la Iglesia han pensado y practicado respecto al culto de la Santa Virgen.—Cítanse algunos de sus testimonios.—El lector católico los verá con gusto.—Testimonios de S. Agustin, de S. Juan Crisóstomo, de S. Bernardo y de S. Alfonso de Liguori.—Catálogo de los principales Padres y Doctores que han escrito en el mismo sentido.—Imponente autoridad de esos hombres dotados con todos los talentos y con todas las virtudes, comparada con la autoridad de los heresiarcas, hombres de todos los vicios y de todos los errores.—Necesidad de reconocer que el espíritu de Dios ha inspirado á los unos, y el espíritu de Satanás á los otros.

OTRA prueba en favor de la conformidad del culto de la Santa Virgen con las doctrinas y el espíritu del Evangelio, de la antigüedad, de la universalidad y de la eficacia de este culto, es el testimonio constante y unánime de los Padres y de los Doctores de la Iglesia. Desde San Dionisio Areopagita, discípulo de S. Pablo, hasta S. Liguori, que ha continuado la

tradición cristiana hasta nuestros días, todos los hombres eminentes de la Iglesia, perpetuando durante diez y ocho siglos la enseñanza de la fe, no han cesado de sostener, de propagar y de fomentar los sentimientos de veneración y de confianza de los cristianos en María, trabajando tanto con el ejemplo de las piadosas prácticas, como con sus inmortales escritos. Podría formarse una rica y magnífica biblioteca con todas las obras que estos hombres célebres, tanto por su genio y por su saber, cuanto por la santidad de su vida y por lo sublime de sus virtudes, han consagrado á exaltar la dignidad de María, á exponer sus grandezas, y á recomendar á los fieles el culto y la devoción de ella. Y, cosa notable, los más antiguos de estos testigos y de estos apóstoles de las verdaderas creencias del Cristianismo han sido más elocuentes, y aun podría decirse que más entusiastas, al hablar de María, que los que los han sucedido.

Sentimos que los límites de este escrito no nos permitan consignar lo más notable que se ha dicho, al menos en cada siglo de la era

cristiana, en honor de la Santa Virgen por nuestros padres y maestros en la fe.

Pero no podemos resistir al placer de reproducir aquí algunos de los brillantes testimonios de la piedad católica hacia María. Los verdaderos hijos de la Iglesia nos lo agradecerán, alegrándose de ver que en la práctica del culto que ellos tributan á María no exageran nada, y que aun se quedan inferiores á lo que los grandes maestros de la religión piden á su espíritu y á su corazón, y de lo que han practicado ellos mismos respecto de María.

El doctor más grande de la Iglesia, y quizás el genio más grande del mundo sabio, S. Agustín, ha dicho lo siguiente: «Hemos llegado, amados hermanos míos, al día aniversario, tan deseado de todos, del nacimiento de la venerable y siempre Virgen María. Muy justo es que este recuerdo sea celebrado con las demostraciones de la alegría más viva por nuestra tierra, tan altamente ilustrada con el nacimiento de una Virgen tan grande. María es una flor de los campos, de la cual ha germinado el precioso lirio de los valles, y con cuyo

nacimiento la naturaleza de nuestros primeros padres ha cambiado y borrado la culpa. Ella es la única que se ha librado del triste decreto que condenó á Eva á parir sus hijos con dolor, porque ella dió á luz al Señor en medio de la alegría (1).

» Al ser madre Eva lloró; regocijóse María. Eva llevó lágrimas; María no llevó sino alegría en sus entrañas, porque el hijo de Eva no fué mas que un pecador, al paso que el Hijo de María es la inocencia misma. La madre del género humano no trajo otra cosa que el castigo al mundo; la Madre de Nuestro Señor trajo á él la salvacion. Eva fué el autor del pecado; María lo ha sido del mérito. Eva nos hizo el mayor mal, nos dió la muerte; María nos ha hecho el mayor bien, nos ha vivificado. Aquella nos hirió, esta nos ha curado. La desobediencia

(1) «Adest nobis, dilectissimi, optatus dies beatae ac venerabilis, semper virginis Mariæ; ideo cum summa exultatione gaudeat terra nostra, tanta virginis illustrata natali. Hæc est enim flos campi, de qua ortum est pretiosum liliam convallium, per cuius partum mutatur natura protoplastorum, deletur et culpa. Præcisum est in ea illud Evæ infelicitatis elogium, quo dicitur: In dolore paries filios tuos, quia ista in lætitia Dominum peperit.»

cia de Eva ha sido borrada por la obediencia de María, y la perfidia de la una ha tenido compensacion en la fe de la otra (1).

» ¡Oh, cuánta razon tiene la Madre Virgen María en aplaudir su grandeza con los mas brillantes instrumentos de la alegría, y en hacer resonar en torno el aire con los sonidos que sus ligeros dedos arrancan de ellos! Y con cuánta razon, formando alegres coros en torno de ella, unimos tambien nuestras voces y los himnos mas dulces á sus armoniosos cánticos! Escuchad, pues, cómo nuestra amable música ha cantado sus propias glorias: «Alma
» mia, ha dicho, glorifica al Señor; mi espíritu
» ha temblado de gozo en Dios, mi Salvador,
» porque este ha atendido á la humildad de su
» sierva; y por esta causa todas las generacio-
» nes me llamarán bendita; porque el que es

(1) «Eva enim luxit, ista exultavit: Eva lacrymas, Maria gaudium in ventre portavit: quia illa peccatorem, ista edidit innocentem. Mater generis nostri pœnam intulit mundo, Genitrix Domini nostri salutem intulit mundo. Auctrix peccati Eva, auctrix meriti Maria. Eva occidendo obfuit, Maria vivificando profuit. Illa percussit, ista sanavit. Pro inobedientia enim obedientia commutatur, fides pro perfidia compensatur.»

»poderoso ha hecho en mí grandes cosas.» Hé ahí cómo el prodigio de un nuevo parto ha borrado la causa del antiguo pecado, y cómo las lágrimas de Eva han cesado á los sonidos del cántico de María (1).»

Despues de haber oído al príncipe de los doctores de la Iglesia de Occidente, oigamos sobre el mismo asunto algunas palabras del mas sábio y del mas elocuente de los Padres de la Iglesia de Oriente : «El Hijo de Dios, ha dicho S. Juan Crisóstomo, no eligió por Madre suya á una mujer grande y rica segun el mundo, sino á esta Virgen bendita con el alma adornada de todas las virtudes. María ha sido el ser mas puro y mas casto de la especie humana, y por esto concibió en su seno al Señor

(1) «Plaudat nunc organis Maria, et inter veloces articulos tympana puerperæ concrepent. Concinant lætantes chori, et alternantibus modulis dulcisona carmina misceantur. Audite igitur quemadmodum tympanistria nostra cantaverit. Ait enim : Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Quia respexit humilitatem ancillæ suæ : ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes. Quia fecit mihi magna qui potens est. Causam igitur involescentis errati miraculum novi partus evicit, et Evæ planctum Mariæ cantus exclusit.»

Jesucristo : apresurémonos, pues, á acudir á esta Santísima Virgen, á esta Madre de Dios, y procuremos asegurarnos las ventajas de su proteccion. ¡Sí! sí! ¡Oh vosotras todas las vírgenes que me escuchais, venid á ampararos á la sombra de la Madre del Señor, porque ella podrá con su poderoso auxilio aseguraros la posesion de todo lo mas bello y lo mas precioso que teneis en el mundo : vuestra virginidad (1).

»En verdad, amados hermanos míos, es gran prodigio la bienaventurada siempre Virgen María: nada mas sublime ni mas noble que ella ha existido nunca ni podrá existir en tiempo alguno. Ella es la única criatura que excede en dignidad á todo lo que hay en la tierra y aun en el cielo. ¿Dónde podria encontrarse

(1) «Dei Filius non divitem, aut locupletem aliquam feminam sibi matrem eligit, sed beatam virginem illam, cujus anima virtutibus ornata erat. Cum enim beata Maria supra omnem humanam naturam castitatem servaret, propterea Christum Dominum in ventre concepit. Ad hanc igitur sanctissimam Virginem et Dei Matrem accurrentes, ejus patrocinii utilitatem assequamur. Itaque, quæcumque estis virgines, ad matrem Domini confugite. Illa enim pulcherrimam, pretiosissimam, et incorruptibilem possessionem patrocinio suo vobis conservabit.»

nada mas santo? Ni los profetas, los apóstoles, los mártires, los patriarcas, los ángeles, los tronos, las dominaciones, los serafines ni los querubines son superiores á ella; en una palabra, entre las cosas creadas, visibles é invisibles, no puede imaginarse nada mas grande ni mas excelente que María (1).

» Esta es una criatura al mismo tiempo sierva y Madre de Dios, al mismo tiempo vírgen y madre. Es la madre de El, que fué engendrado por el Padre eterno antes de todo principio, y que los ángeles y los hombres reconocen por Dueño y Señor de todas las cosas. ¿Queréis saber cuán superior es esta Vírgen á todas las potestades celestes? Una palabra os lo dirá: «Estas potestades no se acercan al trono de Dios sino temiendo, temblando y velando

(1) «Magnum revera miraculum, fratres dilectissimi, fuit beata semper Virgo Maria. Quid namque illa majus aut illustrius ullo unquam tempore inventum est, seu aliquando inveniri poterit? Hæc sola cælum ac terram amplitudine superavit. Quidnam illa sanctius? Non propheta, non apostoli, non martyres, non patriarchæ, non angeli, non throni, non dominaciones, non seraphim, non cherubim, non denique aliud quidpiam inter creatas res, visibiles aut invisibles, majus aut excellentius inveniri potest.»

» su faz; solo María ofrece con confianza todo el género humano al Hijo de Dios de quien ella es Madre, y por *su medio* recibimos nosotros el perdón de nuestros pecados.» Nosotros te saludamos, pues, oh María, al mismo tiempo hija y vírgen, Madre, trono y cielo de Dios! ¡Honor, gloria y baluarte de nuestra Iglesia! Y suplicámoste que nunca ceses de rogar por nosotros á Jesus, tu Hijo y Señor nuestro, con el fin de que por tu intercesion podamos encontrar misericordia en el dia del juicio, y obtener todos los bienes reservados á los que aman á Dios. En virtud de la gracia, de la bondad de nuestro Señor Jesucristo, y en su union, la gloria, el honor y el imperio sean dados al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Así sea (1).»

Entre los Padres y los Doctores que suce-

(1) «Eadem ancilla Dei est et mater: eadem virgo et genitrix. Hæc ejus mater est, qui a patre ante omne principium genitus fuit, quem angeli et homines agnoscunt Dominum rerum omnium. Visne cognoscere quanto virgo hæc præstantior sit cælestibus potentiis? Illæ cum timore et tremore assistunt, faciem velantes suam: hæc humanum genus illi offert quem genuit. Per hanc et peccatorum veniam consequimur. Ave igitur, mater,

dieron á los Padres y á los Doctores de los siglos iv y v, los siglos mas sábios y la edad de oro de la Iglesia, no citaremos mas que una página de S. Bernardo, esta gran gloria de la Galia y aun del mundo cristiano, que por sí solo ha reasumido toda la ciencia de los siglos que le habian precedido, y dominado toda la edad media. Hé aquí, pues, cómo esta inteligencia superior y esta alma sublime ha expresado el entusiasmo de su estimacion, la grandeza de su confianza y la ternura de su afecto hácia María :

« Digamos algunas palabras acerca del nombre de María, que, segun se dice, puede traducirse con las palabras *Estrella del mar*, y que se aplican tan bien á la Virgen Madre. Nada, en efecto, mas exacto que la comparacion de María con una estrella. Toda estre-

cælum, puella, virgo, thronus, Ecclesiæ nostræ decus, gloria et firmamentum, assidue pro nobis precare Jesum Filium tuum et Dominum nostrum : ut per te misericordiam invenire in die judicii, et quæ reposita sunt iis qui diligunt Deum, bona consequi possimus, gratia et benignitate Domini nostri Jesu-Christi cum quo Patri simul et Sancto Spiritui gloria, et honor, et imperium nunc et semper in sæcula sæculorum. Amen. »

»lla refleja lejos de sí los rayos, conservándose ella misma incorruptible; de la misma manera la Virgen dió á luz á su Hijo sin la menor lesion de su virginidad. Los rayos que parten de la estrella en nada disminuyen la claridad de esta; de la misma manera Jesucristo, naciendo de María, en nada alteró la integridad de ella. María es, pues, esa noble estrella *salida de Jacob*, cuyos rayos alumbran al universo entero, cuya luz resplandece en lo mas alto de los cielos y penetra hasta en los infiernos; y que rodeando á todas las tierras, calienta los espíritus mucho mas que los cuerpos, destruye los vicios y alimenta las virtudes. Repito que es una estrella peregrina y de superior magnificencia que este vasto océano del mundo tenia necesidad de ver fija encima de él, iluminándolo con sus méritos é ilustrándolo con sus ejemplos (1).

(1) « Et nomen, inquit, Virginis, Maria. Loquamur pauca, et super hoc nomine, quod interpretatum Maris stella dicitur, et Matri virgini valde convenienter aptatur. Ipsa namque aptissime sideri comparatur. Quia sicut sine sui corruptione sidus suum emittit radium, sic absque sui læsione Virgo parturivit Filium. Nec sideri radius suam minuit claritatem, nec Virgini Filius

» ¡Oh vosotros todos, quienes quiera que
» seais, que en medio de la corriente de este
» siglo os creéis amenazados por los vientos y
» las tempestades del mar, y no caminando por
» la tierra, jamás apartéis vuestras miradas del
» resplandor de esa estrella si no queréis que
» os devoren las irritadas olas. Si el viento de
» las tentaciones se levanta contra vosotros; si
» os veis arrebatados é impelidos á estrellaros
» contra los escollos de las tribulaciones, mi-
» rad la estrella, invocad á María. Si os sentís
» agitados por las olas del orgullo, de la ambi-
» cion, del odio y de la envidia, fijad vuestros
» ojos en la estrella y exclamad: ¡María! Si la
» cólera ó la avaricia, ó la concupiscencia de
» la carne amenazan sumergir la frágil nave de
» vuestro espíritu, alzad siempre vuestras mi-
» radas hácia María. Si turbados en vista de la

suam integritatem. Ipsa est igitur nobilis illa stella ex Jacob orta, cujus radius universum orbem illuminat, cujus splendor et profulget in supernis, et inferos penetrat, terras etiam perlustrans, et calefaciens magis mentes quam corpora, fovet virtutes, excoquit vitia. Ipsa, inquam, est præclara et eximia stella super hoc mare magnum et spatiosum necessario sublevata, micans meritis, illustrans exemplis.»

» enormidad de vuestros crímenes; si confun-
» didos por la fealdad de vuestra conciencia; si
» espantados por la terrible idea del juicio de
» Dios, os sentís próximos á ser absorbidos por
» las profundidades de la tristeza, por el abismo
» de la desesperacion, pensad en María (1).»

» En todos vuestros peligros, en todas vues-
» tras dudas, en todas vuestras desgracias,
» acordaos de María, invocad á María. Y á fin
» de obtener el auxilio de sus súplicas para con
» Dios, esté siempre su nombre en vuestros
» labios, jamás abandone su amor vuestro co-
» razon, y la imitacion de sus ejemplos no se
» separe nunca de vuestra conducta. Siguien-
» do sus huellas, estais seguros de no extravia-
» ros; suplicándola, no podeis desesperar; pen-

(1) «O quisquis te intelligis in hujus sæculi profluvio magis inter procellas et tempestates fluctuare, quam per terram ambulare, ne avertas oculos à fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis. Si insurgant venti tentationum, si incurras scopulos tribulationum, respice stellam, voca Mariam. Si jactaris superbiæ undis, si ambitionis, si detractionis, si æmulationis, respice stellam, voca Mariam. Si iracundia, aut avaritia, aut carnis illecebra naviculam concusserit mentis, respice ad Mariam. Si criminum immanitate turbatus, conscientia fœditate confusus judicii horrore perterritus, barathro incipias absorberi tristitiæ, desperationis abyso, cogita Mariam.»

»sando en ella, no caeréis en el error. ¡Oh!
»si ella os sostiene, no seréis derribados; si
»ella os protege, nada teneis que temer; si la
»tomais por guia, nunca os sentiréis fatiga-
»dos; si se os manifiesta propicia, arribaréis
»felicemente á puerto de salvacion. De este
»modo aprenderéis por vuestra propia expe-
»riencia con cuánta razon se ha dicho : EL
»NOMBRE DE LA VIRGEN ERA MARÍA (1).»

Tambien se atribuye á S. Bernardo el himno
Ave, maris Stella, que la Iglesia ha tomado de
él para intercalarlo en el oficio de las solem-
nidades de la Santa Virgen. Hé aquí cómo en
este trozo de poesia del corazon expresa el
melifluo doctor los sentimientos de su con-
fianza y de su amor á Maria : « Yo te saludo,
» Estrella del Océano, augusta Madre de Dios,
» y sin embargo, siempre Virgen y Puerta di-

(1) « In periculis, in angustiis, in rebus dubiis Mariam invo-
ca. Non recedat ab ore, non recedat à corde; et ut impetres ejus
orationis suffragium, non devias; ipsam rogans, non desperas;
ipsam cogitans, non erras; ipsa tenente, non corruis; ipsa pro-
tegente, non metuis; ipsa duce, non fatigaris; ipsa propitia,
pervenis; et sic in temetipso experiris quam merito dictum sit:
El nomen Virginis, Maria.»

» chosa del cielo. Toma de la boca de Gabriel
» este *Ave* que te ha dirigido él, y que no es
» otra cosa que el nombre de *Eva* al revés, y
» aplicalo á todos nosotros, como anuncio de
» paz inalterable. Rompe los lazos que sujetan
» á los pecadores; haz que brille la luz á los
» ojos de los ciegos; aleja de nosotros todos
» los males; pide para nosotros todos los bie-
» nes. Prueba que eres nuestra verdadera Ma-
» dre, y haz que oiga nuestras súplicas El que
» se ha dignado ser tu Hijo, por amor á noso-
» tros. ¡Virgen singular! ¡Prodigio de dulzura!
» Haz que participemos de tu mansedumbre y
» de tu castidad. Haz que nuestra vida sea
» siempre pura; muéstranos el camino mas se-
» guro para ir á Jesus, con el fin de que un dia
» podamos ser felices contemplándole por to-
» da la eternidad (1).»

(1) « Ave, maris Stella,
Dei Mater alma,
Atque semper Virgo,
Felix cœli porta.
Sumens illud Ave,
Gabrielis ab ore,
Funda nos in pace,
Mutans Evæ nomen.

Solve vincla reis,
Profer lumen cæcis;
Mala nostra pelle,
Bona cuncta posce.
Monstra te esse matrem,
Sumat per te preces
Qui, pro nobis natus,
Tulit esse tuus.

Hé aquí también un pequeño cántico de la Iglesia en honor de María, y que se cree haber sido compuesto en el tiempo de las Cruzadas.

«Oh la mas gloriosa de todas las vírgenes, que
» te sientas sobre las estrellas, que alimentas-
» te con tu leche en su infancia á El que te ha-
» bia creado á tí. Tú eres quien por este gér-
» men precioso de tus entrañas nos devuelves
» los bienes que nuestra triste madre Eva nos
» habia quitado. Tú quien abre las puertas del
» cielo, para que sus desgraciados hijos pue-
» dan ir á sentarse sobre los astros. Tú la en-
» trada por donde se llega al Rey de los reyes.
» Tú la casa resplandeciente de la verdadera
» luz. Pueblos que habeis sido rescatados, ala-
» bad á la Virgen por quien habeis recibido la
» vida (1).»

Virgo singularis,
Inter omnes mitis,
Nos culpis solutos
Mites fac et castos.

(1) «O gloriosa virginum,
Sublimis inter sidera,
Qui te creavit, parvulum
Lactente nutris ubere.
Quod Eva tristis abstulit
Tu reddis almo germine:

Vitam præsta puram,
Iter para tutum,
Ut videntes Jesum
Semper collætémur.»

Intrent ut astra flebiles,
Cæli recludis cardines.
Tu Regis alti janua,
Et aula lucis fulgida:
Vitam datam per Virginem,
Gentes redemptæ plaudite.»

Finalmente, oigamos al último de los Doctores católicos, tan célebre por la dulzura de su carácter como por la virginidad de sus costumbres, por el ardor de su celo y por la grandeza de su saber. Hé aquí los términos dulces y candorosos con que S. Liguori ha perpetuado hasta nosotros la tradicion de la fe y del amor [de los grandes hombres de la Iglesia respecto de María.

«¡ Oh bella esperanza mia! Oh dulce amor
» mio! Oh María! ; Tú eres la paz de mi alma,
» tú el sosten de mi vida! ; Oh María! Cuando
» pienso en tí y te llamo, experimento un gozo
» y una satisfaccion tales, que mi corazon es
» trasportado por ellos. Si un mal pensamiento
» acude á mi espíritu para turbarlo, huye en
» cuanto pronuncio tu nombre. En este mar
» borrascoso del mundo, tú eres la estrella
» amiga que puedes salvar del naufragio la
» frágil barquilla [de mi alma. Tiende sobre
» mí tus cadenas, y sujeta con ellas mi cora-
» zon: entonces, prisionero del amor divino,
» te seré fiel. ; Oh, si me es dado terminar mi
» vida pronunciando tu nombre, tendré tam-

» bien la dicha de obtener el cielo en recompensa (1).»

¡Qué elevacion de pensamientos, y al mismo tiempo qué precision de lenguaje teológico! Qué acertada mezcla de las doctrinas mas ortodoxas, de las creencias mas puras, de los sentimientos mas dulces y mas afectuosos! Es el espíritu que se eleva, el corazón que se dilata, la confianza que rebosa por la elocuencia del amor. Es el perfume mas delicioso del espíritu de fe, de santidad y de devocion.

Y estas ideas, estos sentimientos, este lenguaje referente á María, son comunes á todos los Padres, á todos los Doctores de la Iglesia sin excepcion. ¡Y qué hombres no eran los

(1) «O bella mia speranza,
Dolce amor mio Maria,
Tu sei la vita mia,
La pace mia sei tu.
Quando te chiamo e penso
A te, Maria, mi sento
Tal gaudio e tal contento
Che mi rapisce il cor.
Se mai pensier molesto
Viene a turbar mia mente,
Sen fugge, allorche sente
Il nome suo chiamar.

In questo mar del mondo
Tu sei l'amica stella
Che puoi la navicella
Dell'alma mia salvar.
Stendi le sue catene
E m'incatena il core,
E prigionier d'amore
Fedele a te sarò.
Se mai mi fia concesso
Finir la vita mia,
Chiamando te, Maria,
Mi tocca il cielo ancor.»

S. Dionisio el Areopagita, los S. Ignacio mártir, los S. Ireneo, los S. Basilio, los S. Gregorio Nacianceno, los S. Gregorio de Niza, los S. Hilario de Poitiers! ¿Qué grande hombre no es pequeño al lado de un S. Jerónimo, de un S. Ambrosio, de un S. Juan Crisóstomo, de un S. Agustin, de un S. Leon, de un San Gregorio? ¿No eran espíritus superiores un S. Paulino, un S. Epifanio, un S. Fulgencio, un S. Máximo, un S. Cirilo de Alejandría, un S. Cirilo de Jerusalem, un S. Hilario de Arlés, un S. Amadeo, un S. Valerio, un S. German, un S. Remigio, un S. Gregorio de Tours, un S. Fortunato, un Alcuin, un venerable Beda? ¿No son Doctores que en ninguna parte se encuentran S. Bernardo, S. Anselmo, S. Antonio de Florencia, Alberto el Grande, Santo Tomás, S. Buenaventura, Santo Domingo, S. Antonio de Padua, Scott, Salmeron, el beato Canisius, Bellarmino, Suarez, Bosuet y S. Liguori? Experimentamos una verdadera satisfaccion enumerando estos nombres ilustres, que recuerdan todos los talentos unidos á todas las virtudes, la elevacion del genio y la sencillez de

la fe. Estamos seguros de que nuestros lectores sentirán tambien igual satisfaccion. De este modo verán que si se engañan en las manifestaciones de sus sentimientos y en su práctica para honrar á María, se engañan al menos en muy buena compañía.

Pero ¿puede creerse de buena fe, sin abdicar toda razon y todo juicio moral, que tales hombres, cuya vida ha sido tan pura y tan santa, como grande y profunda su ciencia eclesiástica, hayan querido engañar al pueblo cristiano despues de haberse engañado á sí mismos? Y por otra parte, ¿puede admitirse que un Lutero, que no abjuró la verdadera fe sino despues de abjurar toda castidad, y holló su dignidad de sacerdote por medio del incesto y del sacrilegio; que un Calvino, apellidado el *Flordelisado*, á causa de la flor de lis con que su obispo le habia hecho marcar en las espaldas con un hierro candente, en vez de entregarle al último suplicio que habia merecido por su crimen infame; y en fin, que sus tristes discípulos con relacion á sus doctrinas, pero sus rivales con relacion á la perfidia del cora-

zon y al desenfreno de las costumbres, hayan acertado precisamente en todo lo que se han atrevido á decir y hacer contra el culto de María? ¿Es creible que estos mónstruos de todos los errores y de todos los crímenes hayan comprendido mejor que todos los santos Doctores ortodoxos lo que en este particular es mas conforme á las doctrinas de los libros santos y al espíritu del Evangelio?

Por otra parte, los escritos de estos últimos respiran el celo mas puro por la verdad y por la virtud: por consiguiente, no se puede menos de creerlos llenos, penetrados del espíritu de Dios, y trabajando bajo su inspiracion por los intereses de su gloria, al paso que en los libros de los heresiarcas la apología del vicio y la apoteosis de la carne caminan de frente con la blasfemia, y la causa de las pasiones es sostenida en ellos por la mentira, la calumnia y la rabia. Estos libros no son mas que monumentos de odio contra todo lo que es puro, santo y contra todo lo que es verdadero; vese en ellos únicamente á los hombres del pecado expresándose en el estilo del infierno. No se

puede, por tanto, menos de admitir que sus autores han estado llenos y penetrados del espíritu de Satanás, y que han sido impelidos por él á la via del mal.

Libres son, pues, nuestros hermanos separados de seguir, si les place, á tales maestros, cuya vida ha sido tan vergonzosa, como errónea su doctrina; pero no tienen el derecho de irritarse contra los católicos, que se consideran en el deber de honor, y al par de religion, de permanecer fieles á la enseñanza y á los ejemplos de los grandes personajes de la Iglesia, en sus creencias y en sus prácticas devotas respecto de la Madre del Salvador del mundo.

CAPITULO CUARTO.

De la tradicion de la Iglesia y del testimonio de los pueblos en favor del culto de la Madre de Dios.

Absurdo de la afirmacion de la herejia de que el culto de María fué introducido por Roma en los siglos de ignorancia.—Los Padres, que han dado testimonio de este culto, pertenecen á todos los siglos y no son *romanos*.—La Grecia católica, en la edad de oro de la Iglesia, y la Grecia cismática han profesado el culto de María, y sin embargo no han tomado nada de Roma.—Celo de la Iglesia universal para reverenciar á María.—Los pueblos católicos han sido siempre fieles á María.—Dicha devocion no se ha entibiado en este tiempo de incredulidad.—Sentimientos de los pueblos infieles respecto de María.—Los detractores de su culto se rebelan contra el sentimiento de toda la humanidad.

Despues de lo que acaba de leerse, no puede uno menos de asombrarse al ver la osadía y la jactancia con que la herejia afirma siempre: «Que el culto de María no debe su origen mas que á la *supersticion romana* de siglos ignorantes y bárbaros.»

En primer lugar, entre los Padres y los Doctores que acabamos de citar, los hay que

puede, por tanto, menos de admitir que sus autores han estado llenos y penetrados del espíritu de Satanás, y que han sido impelidos por él á la via del mal.

Libres son, pues, nuestros hermanos separados de seguir, si les place, á tales maestros, cuya vida ha sido tan vergonzosa, como errónea su doctrina; pero no tienen el derecho de irritarse contra los católicos, que se consideran en el deber de honor, y al par de religion, de permanecer fieles á la enseñanza y á los ejemplos de los grandes personajes de la Iglesia, en sus creencias y en sus prácticas devotas respecto de la Madre del Salvador del mundo.

CAPITULO CUARTO.

De la tradicion de la Iglesia y del testimonio de los pueblos en favor del culto de la Madre de Dios.

Absurdo de la afirmacion de la herejia de que el culto de María fué introducido por Roma en los siglos de ignorancia.—Los Padres, que han dado testimonio de este culto, pertenecen á todos los siglos y no son *romanos*.—La Grecia católica, en la edad de oro de la Iglesia, y la Grecia cismática han profesado el culto de María, y sin embargo no han tomado nada de Roma.—Celo de la Iglesia universal para reverenciar á María.—Los pueblos católicos han sido siempre fieles á María.—Dicha devocion no se ha entibiado en este tiempo de incredulidad.—Sentimientos de los pueblos infieles respecto de María.—Los detractores de su culto se rebelan contra el sentimiento de toda la humanidad.

Despues de lo que acaba de leerse, no puede uno menos de asombrarse al ver la osadía y la jactancia con que la herejia afirma siempre: «Que el culto de María no debe su origen mas que á la *supersticion romana* de siglos ignorantes y bárbaros.»

En primer lugar, entre los Padres y los Doctores que acabamos de citar, los hay que

pertenecen á *cada uno* de los siglos del Cristianismo. Es preciso desmentir á la historia de la manera mas *inverecunda* para negarlo. Es, pues, evidente, segun el testimonio constante, perpétuo y uniforme de aquellos fieles órganos de la tradicion cristiana, que el culto de María data de la misma época que el culto de Jesucristo, que no principió en ninguna posterior, y que los siglos mal llamados *ignorantes*, á los cuales se les quiere atribuir, no lo inventaron, sino que lo recibieron de los siglos *mas ilustrados* de la Iglesia.

En segundo lugar, entre dichos Padres casi no hay ni uno natural de Roma. Son hombres que nacieron y vivieron en Grecia, en el Asia Menor, en Palestina, en Egipto, en el Africa latina, en Inglaterra, en la Galia, en Alemania, en España y en Italia. La *supersticion romana* nada tiene, pues, que ver con la creencia y la práctica de todas las Iglesias cristianas en lo relativo al culto de María.

Añádase á esto que la Iglesia griega ha llevado aun mas léjos que la Iglesia latina su piadoso entusiasmo por el culto de la Madre de

Dios. Recordemos, en efecto, lo que sucedió al fin del famoso concilio de Efeso, que condenó y anatematizó á Nestorio, y declaró que María debe ser llamada LA MADRE DE DIOS. Efesios y extranjeros procedentes de todas las provincias de Asia, hombres y mujeres, grandes y chicos, acogieron con aclamaciones de júbilo y de contento imposibles de describir á los Padres al salir de la asamblea, y los acompañaron en triunfo á sus moradas. Uno de los testigos oculares de tan tierno espectáculo, único en la historia, de las manifestaciones de la piedad cristiana, S. Cirilo de Alejandría, refiere (*Epist. xxxiv, apud Baronium, t. II*) que no se contentó con prosternarse á sus piés, con besar sus vestidos, con asordar el aire con las mas entusiastas aclamaciones, sino que las personas mas distinguidas, y en particular las damas principales, con una antorcha encendida en una mano y en la otra el incensario, donde ardian pastillas odoríferas, alumbraban y perfumaban las calles por donde iban los Padres. ¡Hé ahí, pues, en cuánto tenian aquellas poblaciones católicas las grandezas y los pri-

vilegios de María, y cuán dichosos se contemplaban reverenciándola y glorificándola! Todo esto sucedía en Oriente en el siglo v, en el siglo de los Leon, de los Flaviano y de los Cirilo, en la edad de oro de la Iglesia. ¿Cómo, pues, el culto y la devoción de María habían nacido en Occidente á favor de la ignorancia de la edad media?

Uno de los hechos mas ciertos de la historia eclesiástica es que los griegos desconfiaban siempre de los latinos, y que léjos de aceptar ciegamente todo lo que procedió de Roma, no lo acogían sino con cautela, después de un profundo exámen y de largas discusiones, para asegurarse de que era conforme á la letra de los Libros Santos y á la antigua tradición. Sabido es que uno de los pretextos por los que Constantinopla estuvo en cisma con Roma, fué la adición de una palabra que los latinos habían hecho al símbolo de Nicea. ¿Cómo, pues, aquellos griegos tan susceptibles, tan celosos de sus usos, de sus tradiciones, y tan hostiles á todo lo que no había nacido entre ellos, hubieran aceptado de los latinos el culto de Ma-

ría, y profesándolo con tan grande entusiasmo? ¿No es esto una prueba evidente de que entre los griegos, lo mismo que entre los latinos, el culto de la Virgen se remontaba á la primera edad del Cristianismo; de que Roma no lo ha inventado, como tampoco Bizancio, sino que germinó naturalmente de la profesión y del desarrollo del dogma cristiano?

Por otra parte, nadie ignora que todas las Iglesias griegas disidentes, separadas desde hace mil años de la verdadera Iglesia, aunque condenan las novedades que suponen que los latinos han introducido en la creencia y en el culto cristiano, han conservado hasta nuestros días y profesan hasta exageradamente el culto de las imágenes y las prácticas mas variadas de la devoción de María. Si este culto y estas prácticas hubiesen procedido de Roma, ¿cómo las hubieran conservado, aun después de su cisma con Roma? Así, pues, es evidente hasta lo sumo que Roma en nada ha influido en las creencias y en los sentimientos de las Iglesias griegas respecto de María, y que estas creencias y estos sentimientos, tan constan-

tes y tan vivos en pueblos hostiles á Roma, no han sido ni podido ser obra de Roma.

No es Roma, sino la Iglesia entera, esta maestra infalible, esta fiel depositaria, este *Baluarto inexpugnable* de la verdad, la que, formada en la escuela de la tradicion apostólica, nunca ha separado el culto de María del culto de Jesucristo. No se puede citar un solo siglo cristiano en que la Iglesia no haya instituido alguna fiesta, consagrado alguna práctica, formulado nuevas oraciones y autorizado asociaciones religiosas en honor de María. Siempre y en todas partes le ha tributado homenajes particulares, prodigado los títulos mas gloriosos, invocado con confianza y saludádola con ternura. Con las mas vivas demostraciones y con verdadero regocijo ha celebrado sus fiestas, recordado sus grandezas, defendido sus privilegios, ensalzado sus méritos é implorado su proteccion.

Antiguo con relacion al tiempo, el culto de María no ha sido menos católico ó universal con relacion á los lugares, y comun á todos los pueblos que han permanecido sinceramente

cristianos. Colocando bajo la alta proteccion de la REINA DE LOS CIELOS sus imperios y sus reinos de la tierra, los emperadores de Oriente y de Occidente, los reyes de España, de Inglaterra, de Francia, de Suecia y de Dinamarca (antes del cisma de Lutero), no han hecho otra cosa que interpretar los sentimientos é instintos religiosos de sus pueblos y satisfacerlos. En Polonia, María era la REINA DEL REINO, *Regina Poloniae*. Lo mismo sucedia en Baviera, en Bohemia y en Hungría. La devocion de los italianos, sicilianos, de los ilirios y de todos los pueblos eslavos hácia María, es proverbial.

Aun en nuestros dias el culto de María es el que menos ha perdido en el naufragio de tantas prácticas de la fe. Visitad los países en que el catolicismo se mantiene todavía en pié, y veréis por todas partes á María venerada con las mismas manifestaciones de entusiasmo y de amor, é invocada con la misma confianza. Por mucho tiempo se recordarán las demostraciones de entusiasmo religioso con que la Francia católica, y la gran ciudad de Lyon en particular, han celebrado la declaracion del

dogma de la INMACULADA CONCEPCION. «Escuchad, escuchad, dice Monseñor Gaume, ¿qué oís resonar en la lontananza de las edades cristianas, en el fondo de los valles solitarios, en la cima elevada de las montañas, en las brillantes calles de las ciudades? Himnos, cánticos, letanías, en que el Cristianismo prodiga á María los títulos mas sagrados y los nombres mas dulces. Recorred la Europa entera, y por todas partes encontraréis á vuestro paso instituciones y fiestas que perpetúan y propagan el culto de María.» Nunca, en ninguna época del Cristianismo, se ha visto formarse tantas congregaciones religiosas, conventos y cofradías bajo el nombre y patrocinio de María, como en nuestro tiempo. Los templos, las capillas, los santuarios en honor de la Madre de Dios surgen en todas partes como por encanto, y el número de estos establecimientos, que la piedad de los pueblos ha elevado en el presente siglo, excede ya en número á los que la revolucion destruyó á fines del siglo último. Al nombre de María se tiene la seguridad de conmover todos los cora-

zones, de atraer todas las simpatías, de obtener toda especie de sacrificios para gloria de Dios y salvacion de las almas. El número de peregrinos que en el espacio de nueve años han visitado el magnífico santuario improvisado de *Nuestra Señora de la Salette*, y que han ido á buscar el perdon de sus faltas y la reforma de su vida al pié de un altar de María, sobre la inaccesible cima de una montaña escarpada, asciende ya á muchos millones. Algo parecido se prepara al pié de los Pirineos y en Bretaña, á consecuencia de los prodigios incontestables que Dios acaba de hacer allí por la invocacion de María.

Así, pues, en el nuevo mundo como en el mundo antiguo; entre los nuevos convertidos á la fe, como entre los antiguos fieles; en las iglesias griegas, armenias, rutenas y coftas, como en todas las iglesias latinas; en los pueblos apenas salidos del seno de la barbarie como en los pueblos civilizados; en Asia, Africa y América, como en Europa; entre los cristianos cismáticos, como entre los cristianos católicos, siempre y en todas partes se ha en-

contrado y se encuentra aun la misma ternura, la misma devoción, la misma adhesión, el mismo amor por María.

Los pueblos mahometanos tributan homenaje á la antigüedad y á la conveniencia del culto de María. Para ellos también la Santa Virgen es un ser privilegiado, sublime, con derecho á la veneración de toda la humanidad. Sus leyes castigan el blasfemo contra María con el último suplicio. Invócasela en todas las necesidades, en todos los peligros de la vida, con mas confianza que la que manifiestan en Mahoma mismo. Muchas veces se encuentran imágenes de ella en las casas particulares y en los buques mercantes, pegadas al mástil de la embarcación. Los periódicos de noviembre último dicen que el virey de Egipto, dando á las hermanas de la Caridad inmensos materiales para construir su capilla y su casa, no les ha puesto mas que esta condición: «Rogad por mí á la gran Virgen, Madre de Jesús.»

Y sabido es que, nacido del arrianismo, el islamismo ha conservado en el Corán muchos restos de creencias cristianas mezcladas con

los dogmas mas groseros, mas súcios y mas absurdos. Así, pues, solo en las antiguas tradiciones del Oriente es donde los sectarios de Mahoma han tomado sus creencias y sus sentimientos relativos á la dignidad y á las grandezas de María, y los homenajes que á la misma son debidos. Hé ahí, pues, un nuevo testimonio de los enemigos mas grandes del nombre cristiano, en favor de la verdad de que el culto de María es tan antiguo y tan universal como el Cristianismo.

Finalmente, hasta los pueblos paganos, que en las Indias, en la China y en el Japon han rechazado la Buena Nueva que les habia sido anunciada, para caer de nuevo en las tinieblas de la idolatría, conservan sentimientos de respeto y de confianza hácia la Virgen María, aun despues de haber abjurado la religion del Hijo.

Esto es el cumplimiento de la antigua profecía que María misma hizo de sus propias grandezas y de sus propias glorias, cuando llena del Espíritu Santo, exclamó: «El Señor ha atendido á la humildad de su sierva, por cuya razon

todas las generaciones me llamarán bendita, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, y su nombre es santo : *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes; quia fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¿Qué debemos, pues, pensar de los herejes, que se dicen cristianos, y que se ensañan contra esta noble y sublime criatura que el mahometano y el pagano mismos reverencian? Qué debemos pensar de esos falsos filósofos, que se atreven con sus blasfemias á turbar el concierto de alabanzas unánimes y animosas que durante diez y ocho siglos se elevan de todos los instantes del tiempo y de todos los puntos del espacio, para glorificar á María? Qué debemos pensar de esos hombres, cuyo lenguaje, en lo tocante al culto de María, no tiene semejanza alguna con ningun lenguaje de la tierra, ni eco mas que en el infierno; de esos hombres que, verdaderos apóstatas de la fe cristiana, lo son tambien de los sentimientos mas comunes á la humanidad?

CAPITULO QUINTO.

Del culto de María considerado como la confesion solemne del dogma cristiano.

Las tres grandes devociones de los pueblos católicos: la devoción del Santísimo Sacramento, la devoción á las almas del Purgatorio y la devoción á la Santa Virgen, las cuales, reasumiendo por sí solas el culto, la moral y el dogma, explican todo el Cristianismo.—Estas devociones son resultado de la inspiracion divina, como la oposicion á las mismas es el resultado de la inspiracion diabólica.—Las oraciones que la Iglesia dirige á María contienen el simbolo cristiano completo.—La verdadera fe consiste en creer que Jesucristo es Dios y hombre.—El culto de María es la confesion de esta fe.—Con este culto se rinde á Dios homenaje de la verdadera fe.

La religion no es otra cosa que *dogma, culto y moral*. Y en el Cristianismo estas tres partes de la religion se encuentran reasumidas y solemnemente explicadas en estas tres prácticas, tan antiguas, tan universales y tan constantes en todos los pueblos cristianos, á saber: en la asistencia á la misa, en la adoracion al Santísimo Sacramento y la comunión frecuente, en las oraciones por los muertos y en la devoción á la Santa Virgen.

todas las generaciones me llamarán bendita, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, y su nombre es santo : *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes; quia fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¿Qué debemos, pues, pensar de los herejes, que se dicen cristianos, y que se ensañan contra esta noble y sublime criatura que el mahometano y el pagano mismos reverencian? ¿Qué debemos pensar de esos falsos filósofos, que se atreven con sus blasfemias á turbar el concierto de alabanzas unánimes y animosas que durante diez y ocho siglos se elevan de todos los instantes del tiempo y de todos los puntos del espacio, para glorificar á María? ¿Qué debemos pensar de esos hombres, cuyo lenguaje, en lo tocante al culto de María, no tiene semejanza alguna con ningun lenguaje de la tierra, ni eco mas que en el infierno; de esos hombres que, verdaderos apóstatas de la fe cristiana, lo son tambien de los sentimientos mas comunes á la humanidad?

CAPITULO QUINTO.

Del culto de María considerado como la confesion solemne del dogma cristiano.

Las tres grandes devociones de los pueblos católicos: la devocion del Santísimo Sacramento, la devocion á las almas del Purgatorio y la devocion á la Santa Virgen, las cuales, reasumiendo por sí solas el culto, la moral y el dogma, explican todo el Cristianismo.—Estas devociones son resultado de la inspiracion divina, como la oposicion á las mismas es el resultado de la inspiracion diabólica.—Las oraciones que la Iglesia dirige á María contienen el simbolo cristiano completo.—La verdadera fe consiste en creer que Jesucristo es Dios y hombre.—El culto de María es la confesion de esta fe.—Con este culto se rinde á Dios homenaje de la verdadera fe.

La religion no es otra cosa que *dogma, culto y moral*. Y en el Cristianismo estas tres partes de la religion se encuentran reasumidas y solemnemente explicadas en estas tres prácticas, tan antiguas, tan universales y tan constantes en todos los pueblos cristianos, á saber: en la asistencia á la misa, en la adoracion al Santísimo Sacramento y la comunion frecuente, en las oraciones por los muertos y en la devocion á la Santa Virgen.

Y es que, principiando y terminando toda la liturgia en la Eucaristía, este misterio reasume por sí solo todo el *culto cristiano*.

Las diferentes maneras de aliviar las almas de los fieles difuntos en el Señor nos recuerdan los medios severos con que son castigadas en otro mundo las faltas mas pequeñas, y borradas las manchas mas leves; por cuya causa son un brillante testimonio dado á la santidad y la perfeccion de la *moral cristiana*.

Finalmente, los títulos de dignidad y de grandeza con que se venera á la Santa Virgen, contienen los principales misterios del Cristianismo, que les sirve de razon y de base. Dichos títulos son una fórmula nueva de estos misterios, y anuncian la verdad de ellos con una gracia particular. Son una especie de símbolo práctico, y por lo mismo la confesion solemne del *dogma cristiano*.

Así, pues, estas grandes devociones, á las que todas las poblaciones católicas se hallan tan profundamente ligadas por un lazo misterioso, pero real, participan esencialmente del espíritu del Cristianismo verdadero. Son obras

del instinto católico, del sentimiento de la verdadera fe y del Espíritu de Dios, que anima, que inspira, y que hace obrar á la Iglesia y todos los miembros que la componen. Por la razon contraria, es imposible no percibir, en el odio y en el desprecio de la herejia y de la incredulidad respecto de estas grandes manifestaciones del sentimiento cristiano, la obra del instinto del espíritu del error, del espíritu de Satanás, al que todo hereje y todo incrédulo obedecen y sirven de instrumento sin sospecharlo, y que, con la destruccion de estas prácticas, mediante las cuales se realizan y se revelan el dogma, la moral y el culto de la religion del Evangelio, se lisonjean de llegar á la destruccion completa del Cristianismo.

Véanse, en efecto, para no salir del objeto que nos ocupa, las relaciones íntimas de la devocion de los verdaderos fieles hácia Maria con la confesion de los dogmas de la verdadera fe. Cuando saludamos ó rogamos á Maria que se digne *interceder* por nosotros, la llamamos *Madre de Dios! Madre del Criador! Madre del Salvador! Madre intacta! Madre*

Virgen! Virgen llena de gracia! Virgen que ha concebido del Espíritu Santo! Reina concebida sin la mancha original! Refugio de los pecadores! Socorro nuestro para ayudarnos á levantar, por la penitencia, del abismo de nuestros pecados! etc. Y al dirigir á María estas saluciones y estas súplicas, ¿qué hacemos sino declarar y creer altamente que no hay mas que un solo Dios, Criador del cielo y de la tierra, en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; que el hombre, habiendo caído, manchó á toda su raza con el pecado original; que el mismo Hijo de Dios, queriendo salvarle de la muerte eterna, se hizo hombre, y tomó su humanidad en el seno de María por la virtud del Espíritu Santo; que en el Hijo de María la humanidad se halla tan sustancialmente unida á la divinidad, y que el mismo individuo es al propio tiempo verdadero Dios y verdadero hombre? Porque en virtud de la creencia en la union hipostática del Verbo de Dios con el hombre, es por lo que decimos que María, no habiéndole suministrado mas que la humanidad, es, sin embargo, Madre de

Dios, atendiendo á que la madre de un hombre, que es personalmente Dios, es llamada con toda verdad «Madre de Dios», como en cierto modo, la madre de un hombre que es rey, es llamada con toda verdad la madre del rey. Finalmente, al saludar y orar á María, como lo hacemos, confesamos de una manera bastante explícita que el hombre, muerto por el pecado, no puede resucitar mas que por la gracia del Dios Redentor, contenida en los sacramentos; y que esta gracia, no siendo jamás rehusada á los méritos de la oracion pura y ferviente, es natural y justo que para obtenerla mas fácilmente de la bondad del Hijo, nos dirijamos á la caridad de su Madre.

Pero ¿no está comprendida aquí toda la religion cristiana? Es, pues, evidente que con el culto que tributamos á María no hacemos otra cosa que una série de actos de fe de todos los misterios del Dios Criador, del Dios Redentor y del Dios Santificador, y que repetimos siempre (con palabras y bajo una forma diferente) el símbolo cristiano.

Hay mas. Así como la verdadera filosofía se

reasume en la doctrina de que el hombre no es otra cosa que un alma intelectual, unida sustancialmente á un cuerpo en la unidad del ser; así tambien la verdadera teología se reduce al dogma de que Jesucristo no es mas que Dios, unido sustancialmente al hombre en la unidad de la persona. Y así como todos los errores de los falsos filósofos se reducen al idealismo ó al materialismo, esto es, á la negacion del alma ó del cuerpo del hombre; así tambien todas las herejías de los falsos teólogos conducen al marcionismo ó al arrianismo, es decir, á la negacion de la humanidad ó de la divinidad de Jesucristo.

Si Jesucristo no era verdadero hombre, no podia ni sufrir ni morir por el hombre; si no era verdadero Dios, no podia dar á sus sufrimientos y á su muerte el valor infinito que debian tener para satisfacer á la justicia de Dios; y en uno ó en otro caso, no nos hubiese redimido, ni hubiera habido caída original, ni redencion, ni Cristianismo, ni habria religion.

La verdadera fe consiste, pues, en creer y en confesar que Nuestro Señor Jesucristo,

Hijo de Dios, es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre: *Est ergo fides recta ut credamus et confiteamur quia Dominus noster Jesus Christus, Dei filius, Deus et homo est.* (Symbol. S. Athanas.)

Y la prueba de que Jesucristo es Dios, es que es el Hijo consustancial de Dios, porque Dios no podria tener un Hijo consustancial á él, sin que este Hijo fuese Dios tambien. La prueba de que es hombre, es que es el Hijo consustancial de María, porque ninguna mujer de la humanidad podria tener un hijo consustancial á ella, sin que este hijo fuese hombre tambien. Jesucristo no es, pues, Dios, sino porque ha sido engendrado de la sustancia del Padre antes de todos los siglos; y no es hombre, sino porque ha nacido, en el siglo, de la sustancia de su Madre. *Deus est ex substantia Patris, ante sæcula genitus; et homo est ex substantia Matris in sæculo natus.* (Ibid.) Por consiguiente, no siendo Dios mas que por la filiacion divina, y no siendo hombre mas que por su filiacion humana, así como adorando al Padre eterno como verdadero Padre

de Jesucristo, confesamos que Jesucristo es Hombre-Dios; así tambien invocando á María como verdadera Madre de Jesucristo, confesamos que Jesucristo es Dios-Hombre; esto es, confesamos, encerrados en dos palabras, todo el Cristianismo, toda la religion.

Por último, la manera de orar expresa exactamente lo que se cree: *Lex orandi, lex credendi*. Así, pues, hablando á María en el lenguaje de la Iglesia, declaramos altamente nuestra fe, nos afirmamos cada vez mas en nuestra fe, amamos y anteponemos á todo nuestra fe, y, al par que progresamos en la estabilidad y en el fervor de la fe, rendimos á Dios el gran homenaje de la fe.

CAPITULO SEXTO.

Del culto y de la devocion de Maria como signos ciertos de la verdadera fe y de la verdadera piedad.

Explicacion de la profecia del santo anciano Simeon.— No debe separarse la fe en Jesucristo crucificado de la fe en María al pié de la cruz.— Pruebas históricas de que la devocion de María es el signo de la verdadera fe.— En este signo se distinguen los católicos de los protestantes, y los países y las casas religiosas de los países y de las casas que no lo son.— La proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion ha servido para dar á conocer los fieles y los eclesiásticos cuya fe es segura, y los fieles y los eclesiásticos cuya fe es sospechosa.— Todos los grandes santos que Dios ha hecho surgir en el siglo xvi han sido muy amantes de María.— Los nuevos ministros anglicanos, convertidos al catolicismo, son celosísimos por el culto de María.— Este culto es la aspiracion del alma cristiana.— No se puede amar á Jesucristo sin amar y reverenciar á su Madre.

El santo anciano Simeon, recibiendo en sus brazos á Jesucristo niño aun, dirigió á su divina Madre estas grandes y misteriosas palabras: «Hé aquí el que viene para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y para ser un signo que será atacado; y su espada traspasará vues-

de Jesucristo, confesamos que Jesucristo es Hombre-Dios; así tambien invocando á María como verdadera Madre de Jesucristo, confesamos que Jesucristo es Dios-Hombre; esto es, confesamos, encerrados en dos palabras, todo el Cristianismo, toda la religion.

Por último, la manera de orar expresa exactamente lo que se cree: *Lex orandi, lex credendi*. Así, pues, hablando á María en el lenguaje de la Iglesia, declaramos altamente nuestra fe, nos afirmamos cada vez mas en nuestra fe, amamos y anteponemos á todo nuestra fe, y, al par que progresamos en la estabilidad y en el fervor de la fe, rendimos á Dios el gran homenaje de la fe.

CAPITULO SEXTO.

Del culto y de la devocion de Maria como signos ciertos de la verdadera fe y de la verdadera piedad.

Explicacion de la profecia del santo anciano Simeon.— No debe separarse la fe en Jesucristo crucificado de la fe en María al pié de la cruz.— Pruebas históricas de que la devocion de María es el signo de la verdadera fe.— En este signo se distinguen los católicos de los protestantes, y los países y las casas religiosas de los países y de las casas que no lo son.— La proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion ha servido para dar á conocer los fieles y los eclesiásticos cuya fe es segura, y los fieles y los eclesiásticos cuya fe es sospechosa.— Todos los grandes santos que Dios ha hecho surgir en el siglo xvi han sido muy amantes de María.— Los nuevos ministros anglicanos, convertidos al catolicismo, son celosísimos por el culto de María.— Este culto es la aspiracion del alma cristiana.— No se puede amar á Jesucristo sin amar y reverenciar á su Madre.

El santo anciano Simeon, recibiendo en sus brazos á Jesucristo niño aun, dirigió á su divina Madre estas grandes y misteriosas palabras: «Hé aquí el que viene para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y para ser un signo que será atacado; y su espada traspasará vues-

tra alma, á fin de que los pensamientos de muchos corazones sean revelados : *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel; et in signum, cui contradicetur: et tuam ipsius animam pertransibit gladius ut reveleantur ex multis cordibus cogitationes* (Luc., 11.) En estas pocas palabras, el gran sacerdote profeta ha reasumido la historia de los años que el Señor pasó en aquella tierra, como tambien la historia de su Iglesia y de su religion en los siglos futuros. En efecto, lo que sucedió al Dios hecho hombre durante su vida en Israel, se repitió exactamente despues de su muerte en todo el mundo, y se reproducirá siempre hasta el fin del mundo. Ningun hombre encuentra su ruina eterna mas que rehusando creer en los misterios de Jesucristo y violando sus leyes; y ningun hombre resucita para la vida eterna sino por su fe en los dogmas y por su fidelidad en el cumplimiento de los preceptos del Cristianismo : *Positus est in ruinam et in resurrectionem multorum*. Y en su ocasion y segun la naturaleza de las relaciones en que el hombre está respecto de él, el hom-

bre se revela al exterior, manifestándose tal cual es. *Ut reveleantur ex multis cordibus cogitationes*. Pero segun la profecía, este juicio anticipado, esta revelacion del secreto de los corazones, no se verifican principalmente mas que con motivo del misterio de la Cruz, por el cual la espada de la caridad de Dios por el hombre inmoló la vida del Hijo y traspasó el corazon de la Madre : *Tuam ipsius animam pertransibit gladius, ut reveleantur cogitationes*.

Así pues, el verdadero cristiano se anuncia y logra su salvacion en sus relaciones con el misterio en que el heroismo de la Madre se asoció al sacrificio del Hijo en la obra de la salvacion del mundo.

A cuyo propósito dice san Pablo, que el misterio de la Cruz, objeto de escándalo para los judíos y de desprecio para los gentiles, es solo para los verdaderos cristianos que marchan por las vias de la salvacion, la obra maestra del poder y de la sabiduria de Dios : *Judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam iis qui salvi fiunt, Dei virtus et Dei sapientia.*

Resulta evidentemente de esta doctrina que nunca debe separarse la fe en María al pié de la cruz, de la fe en Jesucristo clavado en la cruz; que no puede tenerse una fe entera y perfecta en este misterio, si no se tiene tambien en aquella ante cuyos ojos se verificó el misterio. En una palabra, que el recuerdo piadoso, ó el culto y la devocion de María, son un signo cierto de la fe completa, de la verdadera fe en Jesucristo.

Los hechos vienen en apoyo de la verdad de estas observaciones. Desde los primeros dias en que la supuesta reforma del Cristianismo, proclamada por Lutero y Calvino, atacó la pureza y la integridad del dogma cristiano, el medio mas comun por el cual los cristianos que se conservaron fieles á las creencias católicas protestaron á su vez contra esta rebelion infernal de los protestantes contra la Iglesia, fué el de suspender y llevar públicamente al cuello el rosario de la Santa Virgen. Con este signo gustaban los católicos de distinguirse de los protestantes.

Por otra parte, como el protestantismo habia

principiado con la mutilacion ó la destruccion sacrilega de las estátuas y de las imágenes de la Madre de Dios, el catolicismo se apresuró á señalar su celo restaurando y defendiendo, hasta con las armas, estos piadosos monumentos de la verdadera fe, aumentando su número, y tributándoles con mayor solemnidad el culto que merecian. Hé ahí por qué, atravesando la Suiza y la Alemania, no se conocen, aun en nuestros dias, las aldeas y las ciudades que han permanecido fieles á la verdadera Iglesia mas que en las imágenes de María que se encuentran allí en las calles y en las plazas públicas. Solo viendo este signo tiene uno la seguridad de que pisa un suelo católico.

Lo mismo sucede en Francia. En los pueblos en donde se encuentran á cada paso cruces y estátuas de la Virgen, hay certeza de hallar la antigua fe en todo su fervor: al contrario, en aquellos otros en donde estos signos tiernos de la piedad católica han desaparecido completamente de la superficie del suelo, hay la seguridad de tener que deplorar que la fe ha desertado de los corazones: estos son los parajes

en que el espíritu de impiedad ha causado los mas lamentables estragos.

Igual fenómeno se observa en los restantes países católicos. En Italia, en España, en Baviera y en Polonia, que son los países en donde se encuentran en mayor número cruces y estatuas de la divina Madre expuestas á la pública veneracion, son tambien los países cuyos pueblos tienen mas fe, mas piedad, y por una consecuencia dichosa, en que el crimen es mas raro, las costumbres mas puras, y la tranquilidad mas completa.

Entrad en las casas, y solo en aquellas que se ven adornadas con las imágenes de María y de los Santos, y donde se oye durante el trabajo y á ciertas horas del dia cantar las alabanzas de María é invocar su auxilio, es donde hay seguridad de encontrar la fe sencilla y sólida del verdadero cristiano, la piedad sincera, costumbres intachables, la hospitalidad generosa, todos los sentimientos y las obras de la abnegacion y de la caridad. De suerte que la verdadera devocion de María es al mismo tiempo un rocío precioso que hace germinar

todas las virtudes, la sombra celeste que las cubre, el adorno que las embellece, el encanto que las hace amables, y el signo característico que las atestigua y las da á conocer.

Véase lo que acaba de suceder con motivo de la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion. ¿Quiénes son los que la han recibido con alegría, los que la han aplaudido con el mayor entusiasmo, dando gracias á Dios por ello y tambien á la Iglesia? Los católicos sinceros y fervientes de todos los países del mundo. Todo lo que la fe tiene de mas sólido, de mas elevado, la piedad de mas delicado, y la virtud de mas puro. Entre el clero mismo, son los sacerdotes mas distinguidos por sus conocimientos teológicos, por su celo por la salvacion de las almas y por los prodigios de su abnegacion. Son esos veteranos del ministerio, esas glorias del sacerdocio católico, esos religiosos de los dos sexos, que han encanecido *llevando el peso del dia y del calor*, verdaderos apóstoles de la fe y verdaderos mártires de la caridad. Son esas almas nobles y generosas, de que el mundo no es digno, y

que son, sin embargo, lo mejor que hay en este mundo. Hé ahí los hombres que han rivalizado en celo y entusiasmo en las manifestaciones de su sumision á la Iglesia y de su gozo con motivo de la proclamacion indicada.

Al contrario, este acto solemne de la sabiduría de la Iglesia y de su celo por la gloria del Salvador y de su divina Madre, no ha encontrado, como acabamos de observar, odio, oposicion, crítica ó indiferencia mas que entre los falsos filósofos, entre los falsos cristianos, entre los falsos católicos, esto es, entre todos los incrédulos, entre todos los herejes y entre esos católicos tan miserables por la ignorancia de su religion y ligereza de su espíritu, como por la debilidad ó la incertidumbre de su fe, por la carencia de piedad, por su vida mundana y por su olvido de toda práctica religiosa. De lamentar es que algunos, aunque muy raros eclesiásticos, se hayan olvidado en esta ocasion hasta el punto de censurar lo que ha hecho la Iglesia (1) y de oponer su crítica, des-

(1) Verdad es que solo unos cien obispos se hallaron presentes en el momento de esta declaracion, el acontecimiento mas

provista de toda especie de autoridad, al imponente testimonio de todo el episcopado y de todos los pueblos católicos.

Pero repito que, entre esas individualidades temerarias, cuyos extraños propósitos han sido un objeto de escándalo para los verdaderos cristianos, y de asombro, de sarcasmo y de desprecio para los que no lo son, no podria

grande de la historia eclesiástica del presente siglo. Pero no es menos cierto que el Soberano Pontifice solo procedió á esta declaracion dogmática despues de haber interrogado á todos los obispos del mundo católico, y de haber recibido sus testimonios relativamente á la fe de sus diócesis en la Inmaculada Concepcion. Estos testimonios, reunidos en muchos volúmenes, han sido publicados en Roma. Solo tres de ellos constituyen la excepcion de la milagrosa unanimidad del resto. Se ha observado que á sus autores les arrebató la muerte en los dos años siguientes. Esto nada quizá tenga de extraordinario; pero de todas maneras es una coincidencia muy singular. Por otra parte, el número imperceptible de votos excepcionales, si para algo ha servido, ha sido para probar la libertad del sufragio y hacer mas solemne el acuerdo maravilloso de las afirmaciones. De suerte que, á excepcion de la presencia física, todo el episcopado ha tomado parte en esta gran decision, que puede, en todo el rigor de la letra, ser considerada como efecto de un concilio ecuménico el mas completo de cuantos hasta ahora se han celebrado en la Iglesia. He ahí, pues, lo hastante para ciertos teólogos que, en las materias doctrinales, no quieren al Papa sino con el concilio. Si ahora no están satisfechos, dificiles son de contentar.

indicarse una sola recomendable por su ciencia teológica, por su piedad y por sus virtudes evangélicas. De manera que esta manifestacion oficial de la fe antigua y universal de la Iglesia en la Concepcion Inmaculada, ha servido para hacer distinguir en la Iglesia y fuera de la Iglesia, en términos que no haya lugar á engaño, el bien del mal, la cizaña del trigo, al que cree del que no cree, la ciencia sólida del oropel del saber, los caracteres juiciosos de los espíritus ligeros, los guías seguros de los doctores sospechosos, la sabiduría de la fatuidad. Y al presente los verdaderos hijos de la Iglesia saben perfectamente, gracias á este signo, á quién deben conceder su estimacion y su confianza, y á quién entregar sus almas para ser discípulos por las vias de la salvacion.

Recorred la historia eclesiástica: ¿qué veis en ella? Que así como no se encuentran los enemigos de los privilegios y del culto de María mas que entre los hombres de fe incierta y de moral sospechosa, así tambien no se puede citar un solo santo, que no haya sido, con el espíritu y con el corazon, profundamente

adicto á María. Ved esa noble falanxe de verdaderos héroes y de verdaderos reformadores de las costumbres cristianas, que Dios hizo surgir de una manera providencial en el siglo xvi para oponerse á la diabólica cohorte de los fieros reformadores del Cristianismo. Citarémos entre otros á un S. Cayetano, á un S. Ignacio de Loyola, á un S. Andrés Avelino, á un S. Francisco Javier, á un S. Francisco de Borja, á un S. Luis de Gonzaga, á un S. Estanislao Kostka, á un S. Carlos Borromeo, á un S. Felipe de Neri, á una santa Teresa de Jesus, á un S. Juan de la Cruz, á un S. Camilo de Lellis, á un S. Francisco Caracciolo, á un S. José de Calasanz. Y todos estos grandes santos se distinguieron particularmente por los sentimientos mas respetuosos y mas tiernos, por las prácticas mas constantes y mas variadas de devocion hácia María, y mientras que con el heroismo de todas las virtudes del Evangelio demostraron que el espíritu de santidad nunca ha abandonado á la Iglesia con los arrebatos de su celo filial por el honor de María, han suministrado una prueba mas de que el culto

de María es inseparable del culto de Jesucristo, y de que la devoción de María es uno de los signos mas ciertos de la verdadera religion, del verdadero amor de Dios y de la verdadera piedad.

En este supuesto presenciamos un espectáculo bellissimo y edificante. Todo lo mas puro, todo lo mas sábio y lo mas elevado de la Iglesia anglicana, bajo el punto de la inteligencia y del corazón, viene á nosotros. Se cuentan ya MIL DOSCIENTOS ministros y doctores de la célebre universidad de Oxford que acuden á abrazar el catolicismo. Hombres dotados de todos los talentos y de todas las virtudes, y conducidos al seno de la Iglesia á consecuencia de estudios profundos y por el exámen concienzudo de sus dogmas y de sus instituciones, no pueden ser considerados como hombres que ceden por falta de luces ó por fanatismo, porque el dia en que se declaran francamente católicos, pierden sus ricas prebendas y sus rentas, y se encuentran ellos y sus familias en el mas completo desamparo. El interés material no influye, pues, nada en

una resolución que los hace pobres, y aun podría decirse, que casi mártires de la cruz.

Ahora bien, ¡cosa singular! haciéndose verdaderos discípulos, discípulos amados de Jesucristo, se hacen los hijos mas amantes de María. Diríase que son antiguos católicos; tan grande es el celo que despliegan para tributar homenaje á María; tan tierna, tan ardorosa es su devoción á María! Este es el eco poderoso de estas divinas palabras: «Discípulo amado, he ahí á tu madre! *Ecce Mater tua!*» El Hijo y la Madre se envían uno á otro todo lo que les pertenece. María envía á Jesucristo todo el que acude á ella y tiene un sentimiento de ternura filial hácia ella, y Jesucristo por su parte envía á su Madre todo el que cree en él y le ama como á su Señor.

Así, pues, todo Hijo fiel á María es al mismo tiempo discípulo amado de Jesucristo, y todo verdadero discípulo amado de Jesucristo es hijo fiel á María. ¿Queréis saber si un cristiano es verdadero discípulo de Jesucristo? Ved si tiene un corazón filial para María. ¿Quereis saber si un cristiano es verdadero hijo de María?

Ved si tiene un corazon filial para con Jesucristo.

Así como la verdadera fe en Jesucristo no puede ser separada del culto de María, así el culto de María no puede ser separado de la verdadera fe en Jesucristo. Estas dos cosas se mezclan y se prueban la una por la otra. La respiracion no es la vida, pero es el signo de la vida; de la misma manera el culto de María no es toda la verdadera fe, pero es el signo de la verdadera fe. No se necesita mas, por consiguiente, para concluir que los detractores de los privilegios y de las glorias de María, los críticos de los homenajes que se la tributan, y con mayor motivo los blasfemadores de sus virtudes, no son discípulos amados de Jesucristo. No se puede amar á un hijo y ser amado por él, cuando no se ama ni se venera á su madre.

CAPITULO SÉTIMO.

Del dogma de la Inmaculada Concepcion como una prueba mas y un indicio cierto de la verdadera fe.

Por respeto al primero de sus atributos, que es la santidad, Dios no ha permitido que la Madre de su Verbo fuese concebida en el pecado.—La Inmaculada Concepcion es menos un privilegio para María, que un prodigio con el cual Dios ha querido escudar su dignidad.—Este misterio es la principal victoria del Dios Redentor sobre Satanás y una prueba de su divinidad.—Reconocer á María exenta de la mancha original es confesar que Jesucristo es Dios.—Designio admirable de la Providencia de haber dispuesto que la declaracion dogmática de este misterio se verificase en nuestros dias.—Cuánto aplauso ha merecido de la religion y de la Iglesia por este acto el Soberano Pontífice Pio IX.

Las doctrinas que acabamos de exponer en los dos últimos capítulos se aplican de una manera particular al dogma de la Inmaculada Concepcion, cuya reciente proclamacion ha sido, como se acaba de ver, acogida con tanta alegría por los verdaderos hijos de la Iglesia, y ha excitado tanta furia en todo lo que está

Ved si tiene un corazon filial para con Jesucristo.

Así como la verdadera fe en Jesucristo no puede ser separada del culto de María, así el culto de María no puede ser separado de la verdadera fe en Jesucristo. Estas dos cosas se mezclan y se prueban la una por la otra. La respiracion no es la vida, pero es el signo de la vida; de la misma manera el culto de María no es toda la verdadera fe, pero es el signo de la verdadera fe. No se necesita mas, por consiguiente, para concluir que los detractores de los privilegios y de las glorias de María, los críticos de los homenajes que se la tributan, y con mayor motivo los blasfemadores de sus virtudes, no son discípulos amados de Jesucristo. No se puede amar á un hijo y ser amado por él, cuando no se ama ni se venera á su madre.

CAPITULO SÉTIMO.

Del dogma de la Inmaculada Concepcion como una prueba mas y un indicio cierto de la verdadera fe.

Por respeto al primero de sus atributos, que es la santidad, Dios no ha permitido que la Madre de su Verbo fuese concebida en el pecado.—La Inmaculada Concepcion es menos un privilegio para María, que un prodigio con el cual Dios ha querido escudar su dignidad.—Este misterio es la principal victoria del Dios Redentor sobre Satanás y una prueba de su divinidad.—Reconocer á María exenta de la mancha original es confesar que Jesucristo es Dios.—Designio admirable de la Providencia de haber dispuesto que la declaracion dogmática de este misterio se verificase en nuestros dias.—Cuánto aplauso ha merecido de la religion y de la Iglesia por este acto el Soberano Pontífice Pio IX.

Las doctrinas que acabamos de exponer en los dos últimos capítulos se aplican de una manera particular al dogma de la Inmaculada Concepcion, cuya reciente proclamacion ha sido, como se acaba de ver, acogida con tanta alegría por los verdaderos hijos de la Iglesia, y ha excitado tanta furia en todo lo que está

fuera de la Iglesia y en todo lo que es contrario á la Iglesia.

Dios no es Dios, sino porque es santo; el cántico «Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos: *Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth;*» este cántico, con que incessantemente resuenan las bóvedas de la Jerusalen celeste, es la confesion del primer atributo de la divinidad. Resulta de aquí que, como dice la Escritura, el ornato propio de la casa de Dios no es el oro y el mármol, sino la santidad: *Domum tuam decet sanctitudo.* (Psal. xcii.) Es decir, que Dios no puede hallarse de una manera conforme á su dignidad mas que donde reina la santidad; ni puede unirse á la criatura, á menos que esta se halle adornada con el adorno misterioso de la santidad.

Hé ahí la razon por qué María, en el instante de su concepcion, fué exceptuada de la ley general del pecado original. Dios pudo consentir que aquella de quien él debia nacer fuese tan pobre, que Israel pareciese avergonzarse de contarla entre sus hijas. La falta de to-

dos los bienes de la tierra puede muy bien hacer á la criatura indigna de las consideraciones de los hombres; pero no podria hacerla indigna de las de Dios. Pero la Mujer que él queria que fuese su Madre, ó de cuya carne queria tomar él su humanidad, para habitar en ella en la plenitud de su divinidad; en una palabra, que María fuese, ni por un solo instante, la conquista de Satanás y la esclava del pecado; hé ahí lo que, segun la Sagrada Escritura, Dios no podia ni debia permitir, sin perjudicar á su propia grandeza y á su propia dignidad: *Non intrabit spiritus in malevolam animam, neque habitabit in corpore subdito peccatis.* (Sapient. i.) Y hé ahí lo que, segun la tradicion y la fe universal y constante de la Iglesia, basada en los oráculos de los libros santos, Dios no ha permitido; pero, por una excepcion única á la ley del pecado que alcanza á todo hombre que nace de una manera humana, Dios quiso que el pequeño cuerpo de María fuese formado sin el pecado, y que la Madre del Verbo se hallase adornada de todas las gracias de la santidad, no solo desde el

instante de su nacimiento, sino desde el instante de su concepcion (1).

Por consiguiente, el Dios que hace este prodigio es, segun la Escritura, el Altísimo, celoso de arreglar de una manera digna de él el tabernáculo vivo que debia habitar, ador-

(1) Un doctor protestante que, en el verano de 1857, se presentó á nosotros para pedirnos explicaciones con motivo de un discurso que habiamos pronunciado en Niederbrunn, nos dejó sorprendidos, tanto por su ignorancia cuanto por su temeridad en sus ataques contra la Iglesia. Segun él, el dogma de la Inmaculada Concepcion no era mas que «María concebida sin el concurso del hombre, con solo la sangre de su madre, por la virtud del Espíritu Santo.» De ahí nacian sus arrebatos, imposibles de describir, contra la Iglesia, tan ciega, á su juicio, que intentaba hacer partícipe á María de un privilegio propio únicamente de Jesucristo. No ignorábamos nosotros ciertamente que, en general, la herejía no conoce las verdades que nos censura como errores; pero no esperábamos ver una ignorancia tan crasa.

Para ser justos debemos añadir que otro doctor de la misma comunión, que presenciaba nuestra plática, quedó tan satisfecho con las explicaciones que oyó á propósito de la Inmaculada Concepcion, que exclamó: «Eso es justo! eso es cierto! eso es hermoso! eso hace bien á mi espíritu y á mi alma!»

Lo mas sensible es que hemos encontrado, aun entre los católicos, compositores de libros y de periódicos, cuyo conocimiento del catolicismo relativamente á la concepcion de María no era mayor que el del doctor de que acabamos de hablar; y de ahí su jactancia en vituperar el gran acto de Pio IX. Ocasión es esta de repetir: «blasfeman de lo que ignoran: *Quod ignorant blasphemant.*»

nándolo con todas las riquezas y todas las glorias de la santidad: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus (Psal. XLV)*; y, segun el lenguaje de la Iglesia, no es mas que Dios preparando, con la cooperacion del Espíritu Santo, el alma y el cuerpo de la gloriosa Virgen y Madre María, con el fin de que esta mereciera ser digna habitacion del Hijo de Dios, que debia encarnar en ella: *Deus qui gloriosæ Virginis et Matris Mariæ corpus et animam, ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur, Spiritu Sancto cooperante, præparasti.*

Nótese, pues, que en su pensamiento caritativo de hacerse hombre por salvar al hombre, el Verbo eterno no estaba obligado á elegir á María mas bien que otra mujer por Madre suya; y que recayendo su eleccion para tan alta dignidad en María, la prefirió á todas las demás mujeres, haciéndola la única mujer *bendita entre todas las mujeres*, y la concedió el privilegio mas espléndido que una criatura pura fuese capaz de recibir de la liberalidad del Criador; pero no sucede lo mismo con la

Concepcion Inmaculada de esta augusta Virgen. Si el Verbo divino hubiese elegido por Madre suya á otra mujer que á María, aquella, y no María, hubiera quedado exceptuada de la mancha original. Así, pues, la maternidad divina es un verdadero privilegio que la bondad de Dios concedió á María, al paso que su Concepcion Inmaculada ha sido un prodigio que Dios hizo para proteger su dignidad. El Dios que *se digna atender á la humildad de su sierva María, obligando de este modo á todas las naciones á llamarla bendita*, es el Dios que prefiere á María á las demás mujeres, que manifiesta su predileccion por María, y que obra en cierto modo en interés de la grandeza y de la gloria de María. Pero el Dios que preserva á María del contagio universal del pecado, porque ha de ser su Madre, y que haria lo mismo por cualquiera otra mujer que él hubiese elevado á la maternidad divina, es el Dios que obra exclusivamente en beneficio de su propia grandeza y de su propia gloria; es el Dios celoso de las altas conveniencias, de las atenciones que á sí mismo se debe.

María, Madre de Dios, no porque siempre hubiera sido extraña al pecado, sino porque estaba predestinada de toda eternidad á ser la Madre de Dios, porque nunca habia pecado, y porque desde el instante mismo de su concepcion aplastó la cabeza de la serpiente, en vez de ser esclava de ella. Así, pues, la prueba mas sencilla, mas clara y mas notable de que María fué verdaderamente concebida sin pecado, es que ha sido la Madre de Dios, y que era conveniente en sumo grado, y aun diria que de toda necesidad, que la Madre de Dios no tuviera que ruborizarse de haber sido, ni un solo instante siquiera, enemiga de Dios.

Hé ahí cómo estos dos misterios se aclaran, se explican, se demuestran y se atestiguan mutuamente.

Este es el misterio en virtud del cual, segun la gran profecía que el mismo Dios hizo desde el origen del mundo, María, «la mujer sin nombre propio, la mujer en el sentido absoluto, la mujer por excelencia, la mujer perfecta, aplastó la cabeza de la serpiente y la de-

claró impotente para hacer otra cosa mas que tender vanas asechanzas á sus talones: *Inimicitias ponam inter te et Mulierem... et tu insidiaberis calcareo ejus* (Genes., III).» Pero como María no logró semejante victoria sobre el espíritu del mal, sino por medio de Jesucristo, que le aplicó de antemano los primeros efectos de su redencion, esta victoria de la Madre no es en el fondo mas que la victoria del Hijo, la primera hazaña con que el Hijo divino «despojó, segun la bella expresion de S. Pablo, á los principados y á las potestades, alcanzando en sí mismo un brillante triunfo: *Expolians principatus et potestates, palam triumphans illos in semetipso* (Coloss., II),» no es mas que el primer efecto de la virtud de su cruz, con el cual sustrajo la primera criatura humana al imperio de Satanás, é hizo en ella la primera conquista de su rescate; no es mas que el primer fruto que germinó de su sangre divina, y por lo tanto, la primera prueba de su divinidad.

Un Hijo-Dios no podia ni debia tener otra Madre que una mujer concebida sin pecado, y

una mujer concebida sin pecado no podia tener otro Hijo que Dios. Así como la divinidad de Jesucristo es la razon y la prueba de la Inmaculada Concepcion de María, así tambien la Concepcion Inmaculada de María es un nuevo testimonio de la divinidad de Jesucristo.

Así como saludar á María con el título de SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS, *Sancta Maria, Mater Dei*, es afirmar que fué concebida sin pecado; así tambien decir á María que es la REINA CONCEBIDA SIN LA MANCHA ORIGINAL, *Regina sine labe originale concepta*, es confesar que es Madre de Dios, y que Jesucristo es Dios. Porque, así como solo la Madre de Dios podia ser concebida sin pecado, así tambien solo el Hijo de una Mujer concebida sin pecado es Dios. Admitiendo que María ha sido siempre santa, y nada mas que santa siempre, hay que concluir que el Hijo que ella engendre será santo, el SANTO por excelencia, y aun la santidad personificada, *quod nascetur ex te sanctum*; y el SANTO por excelencia y la santidad personificada no es mas que Dios. Por

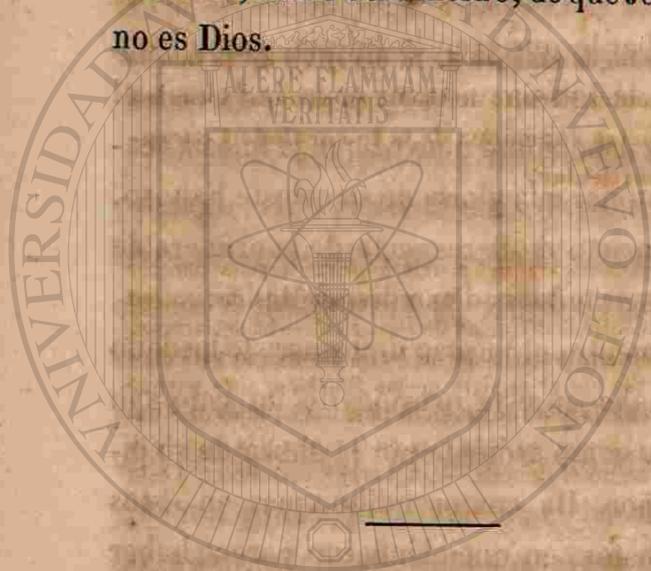
eso el misterio de la Inmaculada Concepcion, ó el misterio de la santificacion del primer instante de María, es al mismo tiempo el misterio de la magnificencia de Jesucristo; esto es, la confesion y el testimonio de su divinidad. *Sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus. (Psal. xcvi.)*

Así pues, solo por una inspiracion del cielo y por un rasgo especial de la Providencia de Dios, el augusto Pontifice Pio IX acaba de proclamar Dogma de la fe de la Iglesia la Concepcion Inmaculada de María. Con este gran acto, por el cual se transmitirá á la posteridad su nombre inmortal rodeado de un resplandor y de una gracia particulares, él ha confundido, en primer lugar, para siempre la doctrina, medio protestante, que disputa el alto privilegio de la infalibilidad doctrinal al Jefe de la Iglesia; y ejerciéndolo en grande escala ha hecho valer y afirmado la grandeza y la autoridad de la misma. Pero, segun acabamos de ver, el Doctor de los doctores no ha procedido á esta declaracion solemne, que tendrá un eco inmenso en los siglos venideros, sino despues de ha-

ber consultado á la Iglesia, y de haberse asegurado, por la voz de los testigos naturales de las creencias de los pueblos cristianos, de que tal era la fe constante y universal de la Iglesia; no ha hecho, en segundo lugar, otra cosa que comprobar lo que cree la Iglesia, cumplir un voto de la Iglesia; asociar toda la Iglesia al canto de este himno nuevo, que la Iglesia acaba de entonar á la gloria de su celeste Esposo, haciendo acto de fe respecto de la primera de todas las grandezas de su divina Madre.

Finalmente, el Vicario de Jesucristo ha dado una prueba en esta ocasion de un celo tan ilustrado como ardiente por la gloria de su divino Señor. Ha comprendido que, en estos dias nefastos, en que el infierno parece haber tramado una nueva conspiracion contra la divinidad del Salvador, y en que todo lo que no es cristiano ha adoptado esta palabra de orden: «Guerra abierta y á muerte contra el dogma fundamental de la religion,» nada mejor podia hacerse que aumentar las pruebas y testimonio de él, y empeñar á todo el que es católico á declarar altamente que María fué

concebida sin pecado, porque es la Madre de Dios, á fin de que con esta nueva confesion de que Jesucristo es Dios, todos los hijos de la Iglesia puedan ahogar y confundir el grito blasfemo, salido del infierno, de que Jesucristo no es Dios.



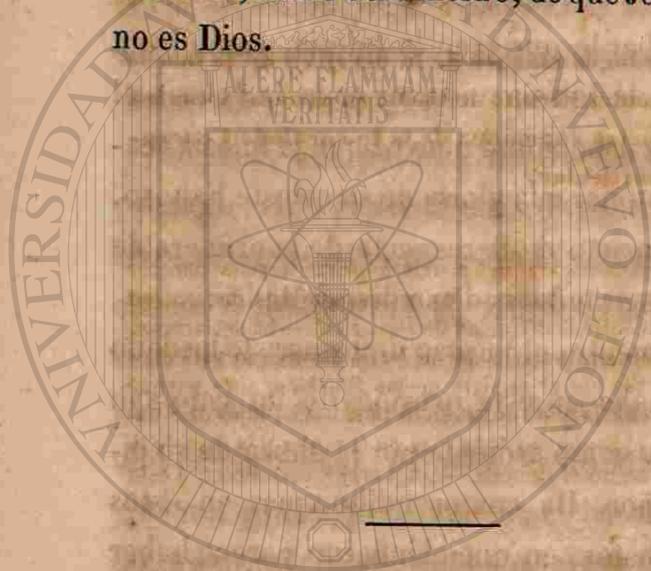
CAPITULO OCTAVO.

De los sacrilegos ataques de la herejia y de la incredulidad contra el culto de Maria en general y contra la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion en particular.

El fenómeno de estos ataques podria á primera vista parecer inexplicable. — Toda herejia no es mas que una inspiracion de Satanás contra la divinidad de Jesucristo. — La declaracion de la Concepcion Inmaculada de Maria no es tan violentamente atacada por el espiritu de las tinieblas, sino porque es una prueba de que Jesucristo es Dios. — Los hijos de Satanás, segun el Evangelio. — La raza de la mujer y la raza de la serpiente, segun el Génesis. — Los herejes pertenecen á esta última raza.

Todo esto explica perfectamente lo que á primera vista pareceria inexplicable; es decir, los arrebatos, la rabia sin limites que ha experimentado la herejia de toda denominacion y la incredulidad de todos los grados, con motivo de la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion de Maria. Nunca, ni contra ningun dogma católico, el espíritu de terror

concebida sin pecado, porque es la Madre de Dios, á fin de que con esta nueva confesion de que Jesucristo es Dios, todos los hijos de la Iglesia puedan ahogar y confundir el grito blasfemo, salido del infierno, de que Jesucristo no es Dios.



CAPITULO OCTAVO.

De los sacrilegos ataques de la herejia y de la incredulidad contra el culto de Maria en general y contra la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion en particular.

El fenómeno de estos ataques podria á primera vista parecer inexplicable. — Toda herejia no es mas que una inspiracion de Satanás contra la divinidad de Jesucristo. — La declaracion de la Concepcion Inmaculada de Maria no es tan violentamente atacada por el espiritu de las tinieblas, sino porque es una prueba de que Jesucristo es Dios. — Los hijos de Satanás, segun el Evangelio. — La raza de la mujer y la raza de la serpiente, segun el Génesis. — Los herejes pertenecen á esta última raza.

Todo esto explica perfectamente lo que á primera vista pareceria inexplicable; es decir, los arrebatos, la rabia sin límites que ha experimentado la herejia de toda denominacion y la incredulidad de todos los grados, con motivo de la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion de María. Nunca, ni contra ningun dogma católico, el espíritu de terror

habia estallado con tanta insolencia y ceguedad; nunca, ni contra ningun dogma católico, habia sido mas fecundo en groseras injurias, en calumnias sangrientas; nunca, ni contra ningun dogma católico, habia blasfemado con tanta furia, que ha avergonzado hasta al infierno mismo. Sin embargo, para hombres que no creen en el pecado original, debia ser indiferente de todo punto que los católicos crean á Maria exenta de él; para hombres que se han colocado fuera de la Iglesia, debia ser mas indiferente aun ver al catolicismo hacer acto de sumision á la autoridad de la Iglesia que ellos no reconocen, y que por lo tanto no podria modificar en nada la licencia de sus opiniones religiosas. Finalmente el dogma de la Inmaculada Concepcion es una creencia especulativa que no empeña á nada práctico, ni impone ningun nuevo deber á los que la aceptan. La encarnizada opinion que presenciarnos tampoco podria explicarse por el arrebató con que las pasiones del hombre caido le rebelan contra lo que las contraría ó las huella. Y por otra parte, el hombre de la caida, entregado á sí

mismo, por grande que sea su perversidad, no podria descender solo hasta el odio de una criatura inofensiva, prodigio de pureza, de gracia y de amor. Y hé aquí cómo, teniendo presente lo que acaba de leerse en el capítulo anterior, se puede explicar este infernal enigma.

De todos los dogmas de la religion, el que mas aborrece Satanás es el dogma de que Jesucristo es Dios, porque es el dogma que la comprende toda entera y la realiza. Hé ahí por qué toda herejía, no siendo mas que un sombrío relámpago del Espiritu de Satanás, como toda verdad es la irradiacion del Espiritu de Dios, no es en el fondo otra cosa que la negacion mas ó menos directa, mas ó menos explícita, de la divinidad de Jesucristo. El nestorianismo, por ejemplo, que se escandaliza de que se llame á Maria la MADRE DE DIOS, es la negacion disfrazada de la divinidad del Salvador; porque no se puede rehusar á una madre verdadera los títulos de su hijo, sin negárselos al hijo mismo: por consiguiente, así como disputar á la madre de un hombre-rey el título de «Madre del rey» es disputar al hijo su reino,

asi tambien disputar á la Madre del Hombre-Dios el título de Madre de Dios, es disputar á Jesucristo su divinidad. Lo mismo sucede con la doctrina de los iconoclastas, que condena el culto de las imágenes sagradas. Vituperar toda señal de respeto á los retratos de un rey, es negar que este sea rey; de igual modo, vituperar todo homenaje religioso á las imágenes de Jesucristo, de María y de los santos, es negar implícitamente que Jesucristo es Dios, que María es Madre de Dios, y que los santos son siervos de Dios. Finalmente, Jesucristo instituyó los sacramentos y fundó la Iglesia en virtud del poder y de la autoridad que le pertenecen como verdadero Hijo de Dios. El protestantismo, desconociendo pues los sacramentos y la Iglesia, esto es, las obras mas grandes de Jesucristo como Dios, le disputa indirectamente el poder de Dios, y en su consecuencia el ser de Dios.

Y siendo tambien el dogma de la Inmaculada Concepcion una prueba mas, una confirmacion y un testimonio brillante de la divinidad de Jesucristo, no era menester mas para que

la declaracion de este dogma excitase en grado sumo la rabia y el furor de Satanás.

Pero, así como Jesucristo no ejerce su accion santificadora mas que por conducto de los hombres de la Iglesia, así tambien Satanás (dice S. Juan Crisóstomo) busca entre enemigos de la Iglesia los órganos de la accion por cuyo medio pervierte las almas: *Dæmones organa quærunr per quæ operentur*. El mismo Jesucristo ha dicho á los judíos: «Vosotros sois los hijos de Satanás, y en todo lo que osais contra mí no haceis otra cosa que cumplir sus deseos: *Vos ex patre diabolo estis, desideria ejus vultis perficere.*» Y adviértase que el divino Salvador no calificó de una manera tan horrible á sus enemigos, sino porque se obstinaban en disputarle la verdad de su filiacion divina. Es, pues, evidente, segun este oráculo temible del Hijo de Dios hecho hombre, que todo hombre que hace la guerra á su divinidad, y que intenta debilitar las pruebas de ella y oscurecer sus testimonios, obra por inspiracion de Satanás, en su calidad de hijo de Satanás; que es el ministro de Satanás y el dispensador de

los misterios del dios del infierno; así como los apóstoles, los evangelistas, los defensores de la divinidad del Salvador obran por inspiracion de este, y son, segun S. Pablo, ministros de Jesucristo y dispensadores de los misterios del Dios del Cielo: *Sic nos existimet homo, ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei.*

Esto sentado, nada mas fácil de comprender que la recrudescencia de odios, de maldiciones y de blasfemias por parte de la herejía y de la incredulidad contra María concebida sin pecado, contra la Iglesia que acaba de asegurarlo, y contra todos los verdaderos cristianos que le reconocen como artículo de fe una prerogativa tan bella para el honor del Hijo mas que de la Madre. No son otra cosa que hijos de Satanás que se entregan, sin sospecharlo, á los sentimientos que Satanás excita en sus corazones, repitiendo ciegamente fórmulas de blasfemia que Satanás pone en sus labios. Son satélites de Satanás que trabajan, sin intencion tal vez, en su obra infernal, que es la propagacion y el sólido establecimiento de su im-

perio entre los hombres. Con razon, pues, nos affligimos y nos asustamos viendo la guerra infernal que se hace al Hijo de Dios en la persona de su augusta Madre; pero no tenemos derecho para admirarnos de esto.

Así como los prodigios de la virtud de los santos se explican perfectamente por una comunicacion extraordinaria del espíritu de Dios y por su íntima union con Dios; así tambien los prodigios del crimen de los malvados y de los ímpios se explican satisfactoriamente por una comunicacion extraordinaria del espíritu del demonio, por la union íntima con el demonio, y solo por esto.

En vano, pues, los rabinos contra el dogma de la Inmaculada Concepcion se presentarán como cristianos celosos de la pureza de la fe, ó como filósofos vengadores de la dignidad y de los derechos de la razon; con su lenguaje y con sus obras prueban que la razon está en ellos tan enferma y tan ciega como la fe. No es esta *la fe de Dios*, la fe que ama y espera, sino la fe de Satanás, que odia y tiembla (*Dæmones credunt et contremiscunt. Jab.*); no es

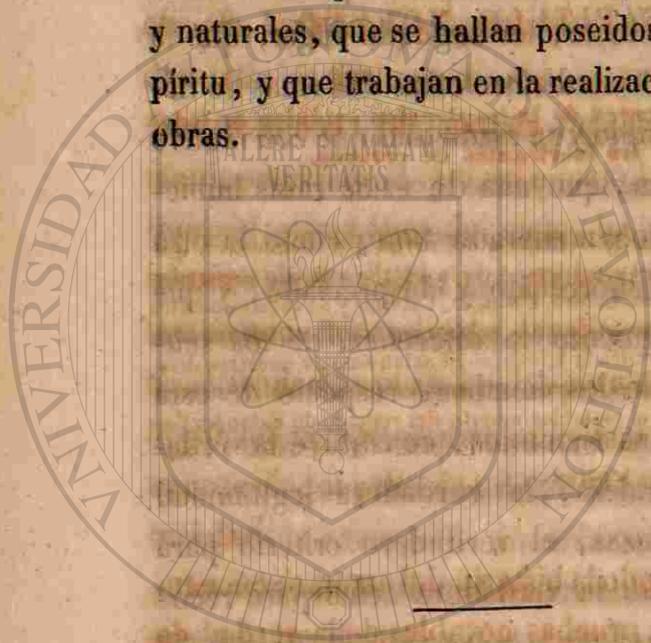
esta la razon de arriba , la razon que discurre; sino la razon de abajo, la razon que delira. En vano nos elogian ellos la libertad de su espíritu y la independenciam de su carácter; basta mirarlos de cerca para convencerse de que se hallan bajo el dominio de un espíritu extraño, de que son juguete y esclavos suyos, y de que, enemigos de Jesucristo, no son al mismo tiempo otra cosa que los hijos, los ministros y los sacerdotes del demonio : *Vos ex patre diabolo estis, desideria ejus vultis perficere.*

Una observacion mas sobre la profecía con que desde los primeros dias del mundo el mismo Dios le encargó de anunciar al mundo las grandezas de María. «Estableceré, dijo entonces á la serpiente, enemistades entre tí y la mujer, entre tu raza y la suya. La mujer quebrantará tu cabeza : *Inimicitias ponam inter te et mulierem, inter semen tuum et semen illius. Ipsa conteret caput tuum* (Génes., III). Y es evidente, segun estas grandes palabras, en primer lugar, que, bajo el punto de vista religioso y moral, la humanidad entera se halla dividida en dos razas : la raza de la serpiente,

ó la raza de los impíos, y la raza de la *mujer que aplasta la cabeza de la serpiente*, esto es, la raza del Hijo de María, ó del pueblo cristiano. Es evidente, en segundo lugar, que la eterna enemistad entre estas dos razas no tiene su principio y su razon mas que con motivo de la MUJER; que una de estas razas hubiera aceptado y venerado tanto como la otra la hubiera aborrecido y despreciado, y que por consiguiente la diferencia de los sentimientos de los hombres respecto de esta MUJER DE LOS PRODIGIOS, constituye la verdadera naturaleza, la verdadera legitimidad de estas razas, el verdadero criterio para distinguirlas, la verdadera señal para reconocerlas.

Sensible nos es decirlo, mas no por eso deja de ser una consecuencia natural, necesaria, del gran oráculo de Dios que acabamos de recordar. Todos los que se declaran contra el dogma de la Inmaculada Concepcion, que es el dogma de la *Mujer que aplasta la cabeza de la serpiente*; todos los que, por esta razon, se ponen en estado de *enemistad* flagrante

contra esta Mujer misteriosa, se revelan, se afirman y se anuncian como pertenecientes á la raza de serpientes, como sus hijos legítimos y naturales, que se hallan poseidos de su espíritu, y que trabajan en la realizacion de sus obras.



CAPITULO NOVENO.

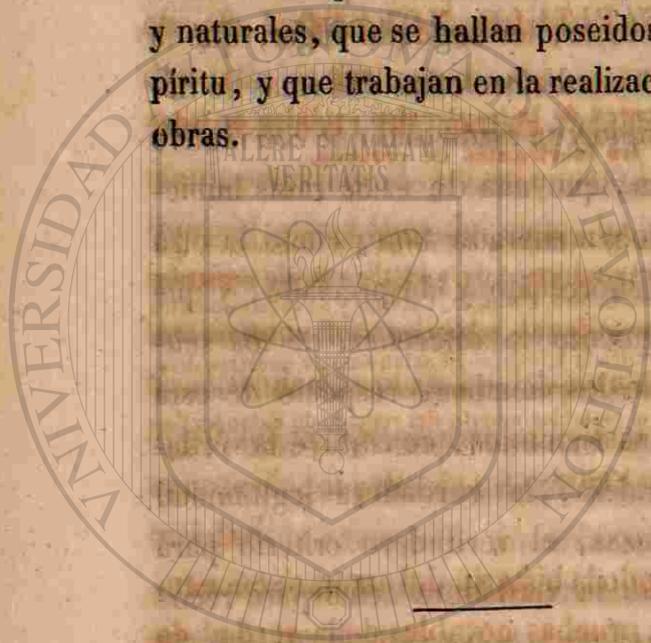
Digresion acerca de la inspiracion satánica de todos los fabricantes de errores.

Pruebas sacadas de la historia del error, que demuestran que los autores del paganismo y de la herejía han sido inspirados por el demonio. Lutero, Zwingli, Calvino y sus descendientes han aprendido de Satanás solamente sus blasfemias contra la Virgen y contra la Iglesia. — El satanismo de nuestros días: el grito de *viva el infierno*. — Horribles votos de MM. Proudhon y Renan por el restablecimiento del reinado de Satanás. Estos votos son los de todos los impíos. — Advertencia á nuestros hermanos separados.

Consultando la historia del error, se encuentran en ella pruebas notables de la verdad de esta conclusion.

El historiador Eusebio, segun Clemente de Alejandría, afirma que los demonios inspiraban á los teólogos y á los doctores del paganismo, y que en la escuela de Satanás aprendian todo lo relativo al culto de los ídolos; las fórmulas con que se les debia invocar; los sacrificios que se les debian ofrecer; los luga-

contra esta Mujer misteriosa, se revelan, se afirman y se anuncian como pertenecientes á la raza de serpientes, como sus hijos legítimos y naturales, que se hallan poseidos de su espíritu, y que trabajan en la realizacion de sus obras.



CAPITULO NOVENO.

Digresion acerca de la inspiracion satánica de todos los fabricantes de errores.

Pruebas sacadas de la historia del error, que demuestran que los autores del paganismo y de la herejía han sido inspirados por el demonio. Lutero, Zwingle, Calvino y sus descendientes han aprendido de Satanás solamente sus blasfemias contra la Virgen y contra la Iglesia. — El satanismo de nuestros días: el grito de *viva el infierno*. — Horribles votos de MM. Proudhon y Renan por el restablecimiento del reinado de Satanás. Estos votos son los de todos los impíos. — Advertencia á nuestros hermanos separados.

Consultando la historia del error, se encuentran en ella pruebas notables de la verdad de esta conclusion.

El historiador Eusebio, segun Clemente de Alejandría, afirma que los demonios inspiraban á los teólogos y á los doctores del paganismo, y que en la escuela de Satanás aprendian todo lo relativo al culto de los ídolos; las fórmulas con que se les debia invocar; los sacrificios que se les debian ofrecer; los luga-

res en que especialmente debia tributárseles homenaje, y hasta los mas pequeños detalles de la liturgia con que se les debia reverenciar (1). La Sagrada Escritura nos dice que los dioses de las naciones no eran en realidad mas que demonios : *Dii gentium dæmonia*. Es, por tanto, muy natural que así como el verdadero Dios, el mismo Dios del cielo, ha instruido al hombre en el culto santo que le es debido, así tambien los falsos dioses, los dioses del infierno, hayan indicado á los hombres, á quienes los vicios mas abominables habian sujetado á su imperio, el culto sacrilego que se les debia tributar.

Lo mismo nos dice la historia de los teólogos y de los doctores de la herejía. Y limitán-

(1) «Jam vero non alios ab initio maleficiæ artis magistros quam ipsamet egregia numina, constat. Qui enim isthæc homines aliter nosse potuissent, nisi dæmones iis res ipsi suas aperuissent, et quibus quique vinculis constringantur, indicassent. Neque tantum proprias instituti sui rationes aut cætera quæ à nobis commemorata sunt, verum quibus ipsi rebus aut delectentur aut vinciantur, imo quibus etiam cogantur, indicarunt. Quibus item hostiis rem sacram fieri, quos dies caveri, quam in formam ac speciem simulacra configurari oporteat, quoniam ipsi ore appareant, quibus in locis assidui sint.» (*Eusebius, opud Balthum, tom. 1, pág. 124.*)

donos á citar los modernos, Lutero nos da á conocer sus frecuentes pláticas con Satanás, y en particular la instruccion que recibió del príncipe de las tinieblas para abolir el santo sacrificio de la misa (*Audin, Vida de Lutero, tomo 1, p. 558*). El mismo Lutero nos manifiesta igualmente que dormia con Satanás, que estudiaba con él, y que veia todo con ayuda de su asistencia y de su supuesta luz. El mismo, en fin, nos ha probado que en todas las cosas se acordaba de Satanás, y que siempre tenia su nombre en la boca. En su pequeño escrito contra el duque de Brunswick nombra al diablo ciento cuarenta y seis veces, y en su obra sobre los concilios, en algunas líneas, figura quince veces el nombre de Satanás, su señor. Esto nos recuerda que S. Pablo nombra mas de doscientas veces á Jesucristo en sus epístolas, circunstancia que por sí sola dice mas que todo razonamiento sobre el espíritu que inspiraba á estos dos hombres, sobre la naturaleza y el fin de sus trabajos, y sobre el objeto de su amor.

En cuanto Zwingle, el digno auxiliar de Lu-

tero en la guerra sacrílega contra la Iglesia, no es un secreto para nadie (porque él mismo lo ha confesado) que el demonio le suministró sus argumentos contra el dogma de la Presencia Real, y que tenia relaciones familiares con el ángel de las tinieblas (Bossuet, *Histoire des variations*, lib. II).

Otro tanto puede afirmarse sin el menor escrúpulo de Calvino, cuyo odio contra la divinidad de Jesucristo traspira en todos los puntos de sus obras, no obstante los artificios que emplea para disimularlo. Carlstadt, Muntzer y los principales discípulos de estos heresiarcas hablan muy formalmente de sus relaciones íntimas con Satanás y de las frecuentes apariciones con que les gratificaba. No hay mas que consultar á Doellinger (*la Reforme*, tom. II, página 400) para convencerse de la *panurgia*, ó de la *accion universal* del demonio en las doctrinas y el establecimiento del protestantismo (1).

(1) Véase también la pequeña, pero interesante obra, que acaba de aparecer en el establecimiento de Plon, calle de Garancière, 8, con este título: DE L'INSPIRATION DES CAMISARDS,

El verdadero autor de toda herejía y de toda idolatría no es, pues, otro que Satanás; él es quien ha dictado todas las blasfemias que los modernos herejes han lanzado contra la Iglesia católica, contra todas sus doctrinas en general y contra el culto de la Santa Virgen en particular. Y como estas ni mas ni menos son las blasfemias que repiten con la misma rabia contra la augusta María los herejes y los incrédulos de nuestros días, es evidente que en este punto no hacen otra cosa también ellos

nuevas investigaciones sobre los fenómenos extraordinarios observados en los protestantes de las Cevennes á fines del siglo XVII y á principios del XVIII, para servir á la inteligencia de ciertas manifestaciones modernas. Su joven y valeroso autor, M. Hipólito Blanc, pertenece á esa nueva cruzada de seglares que nunca nos cansaremos de alentar, y en la que bellos talentos y nobles caracteres se consagran á la defensa de la verdadera religion, y procuran destruir la conspiracion infernal de otros seglares que la combaten con una insolencia y un cinismo desconocidos aun en el siglo XVIII. Este opúsculo, lleno de interés de actualidad, aunque parece no se propone ilustrar mas que acontecimientos pasados, ofrece las pruebas mas incontestables de la verdad histórica de que los fanáticos de Cevennes no cometieron tantos horrores sino bajo la *inspiracion del demonio*, con lo cual da á entender que todas las sectas que, perdonándose mutuamente sus propios errores, no se encarnizan en este momento solo contra la Iglesia católica, obedecen á la misma inspiracion.

que hablar el lenguaje de Satanás y confirmar la obra del infierno. Así, pues, paganismo, protestantismo y filosofismo no son en el fondo mas que una sola y misma cosa..... ¡SATANISMO!

Verdaderamente asistimos á un concierto infernal de blasfemias contra la Santa Virgen. Presenciamos una reproduccion de odio y de furor, desconocidos en los pasados siglos, contra la Iglesia católica; pero todo esto coincide en los momentos presentes con horribles manifestaciones de simpatías por Satanás, con votos espantosos que nunca habian formulado hasta ahora de una manera tan cínica, por su rehabilitacion y por la sustitucion de su culto al culto de Dios.

Sabido es que al grito de ¡*Viva el infierno!* se degollaba en 1793 á los sacerdotes, se demolian las iglesias, se profanaban los santuarios, sustituyendo, con el emblema de la impudicia, la diosa de la Razon, las santas imágenes de María, tipo de la virginidad y del santo pudor. Sabido es que este grito salvaje resonó en las calles de Paris despues del asesinato

del duque de Berri, y que se repitió en 1848 al estallar la revolucion socialista. Sabido es, en fin, que tambien últimamente en Suiza se ha proferido como señal de una nueva cruzada contra los católicos. ¡Y qué quiere decir el grito de ¡*Viva el infierno!* sino *viva el diablo y su imperio?* Sin embargo, actualmente, para que nadie se engañe en el particular, la blasfemia es mas explícita, y acaba de alcanzar al último límite de *su progreso*.

En la Bélgica, tan católica en otro tiempo, el diario de Lieja, órgano el mas furibundo de la revolucion, ha hecho recientemente la apología de la *Serpiente del Génesis*, esforzándose en vengarla, segun su expresion, *de las calumnias de la Biblia*. Segun el redactor en jefe de dicho periódico, la serpiente seductora es el ideal del progreso, y la consagra su lira y sus versos.

En Francia M. Proudhon, que es por sí solo todo un sistema y un misterio del infierno, ha escrito poco há estas líneas, que ninguna mano de hombre bautizado habia trazado hasta ahora: «Ven, Satanás, ven, calumniado de los

sacerdotes y de los reyes; ven, que te abrace yo, que te estreche contra mi pecho! *Hace mucho tiempo que te conozco y que tú me conoces también.* Tus obras; oh bendito de mi corazón! no siempre son bellas ni buenas; pero dan por sí solas un sentido al universo y le impide ser absurdo... Tú solo amas y fecundas el trabajo; tú ennobleces la riqueza; tú sirves de esencia á la autoridad, *tú pones el sello á la virtud...* Yo no tengo para servirte mas que una pluma; pero ella vale por millones de boletines, y juro no soltarla hasta que hayan llegado los dias cantados por el poeta. Vuélveme los dias de mi infancia, diosa de la libertad.»

Menos entusiasta en sus afecciones satánicas M. Renan, ha hecho, sin embargo, el mismo voto por el restablecimiento del reinado de Satanás. Este filósofo, tan mal lógico como hábil escritor, tan incapaz de comprender nada como osado para decirlo todo, y cuya ciencia toda es *negacion* y toda la moral *desesperacion* (1), se ha expresado así respecto del prin-

(1) Véase la grave é importante obra: *M. Renan, l'Allemagne et l'Athéisme au XIX siècle*; par ERNEST HELLO. Paris, 1859. Charles

cipe de las tinieblas: «De todos los séres, en otro tiempo malditos, á quienes la tolerancia de nuestro siglo ha levantado el anatema que sobre él pesaba, Satanás es sin disputa el que mas ha ganado con el progreso de las luces y de la universal civilizacion. La edad media, que no entendia nada de tolerancia, lo hizo á su capricho malvado, lo torturó, y para colmo de desgracia, lo ridiculizó. Milton comprendió por fin á *este pobre calumniado*, y principió la metamorfosis que la alta imparcialidad de nuestro tiempo debia concluir. Él (Satanás de Scheffer) ha perdido sus cuernos y sus garras, no ha conservado mas que las alas, apéndices que por sí solos le colocan aun en el orden sobrenatural. Permitido le fué á la edad media profesarle el odio implacable que se revelaba en el arte por una sombría energia... Nosotros, que respetamos la centella divina donde quiera que se encuentre, vacilamos en pronunciar

Doumiol, rue de Tournon, 29. En esta obra, tan notable por la energia del pensamiento y la elevacion del estilo, y que acaba de revelar á la Francia la existencia de un nuevo genio entre sus hijos, el autor ha refutado brillantemente la filosofia de M. Renan y de su triste escuela.

fallos exclusivos, por temor de envolver en nuestra condenacion algun átomo de belleza.»

Y á través de estas frases tan violentas, tan *retorcidas*, se ve todo el pensamiento del autor. Para él, como para M. Proudhon, Satanás es el derecho, es la justicia, es la belleza, es Dios, y uno de los méritos mas grandes de *nuestro tiempo* es haber rehabilitado la persona y el culto de Satanás. De manera que puede decirse de nuestro tiempo con tanta razon como en el tiempo de S. Pablo : Satanás es el dios de este siglo, y ha cegado el espíritu de hombres que se han hecho infieles: *Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium* (II Corinthios, IV).

Sabido es (porque ellos lo han demostrado con sus propios escritos) que M. Proudhon ha tomado por punto de partida á Lutero, y Monsieur Renan á Descartes. El uno es, pues, la última expresion de *la herejía*, y el otro del racionalismo moderno. El uno es todo protestantismo, y el otro es todo incredulidad. Porque todo incrédulo es mas ó menos protestante, como todo protestante es mas ó menos in-

crédulo. Así, pues, estos dos hombres se han formado en la misma escuela, y aun podria decirse que son casi la consecuencia de un mismo principio. Esto explica cómo, habiendo marchado por vias diferentes, los dos vienen á encontrarse en el mismo punto, á saber : la negacion de Dios y la deificacion de Satanás. Porque, segun Proudhon, *Dios es el mal*; y el deismo de M. Renan se reduce á esto : *Yo creo en Dios y le adoro; pero no existe* (1). El verdadero único Dios de entrambos no es otro que Satanás; y negando toda verdad, admiten, confiesan el poder de Satanás.

Es, pues, imposible no reconocerlos como pertenecientes á la misma familia de que Satanás es padre, y como hermanos legítimos de aquellos judíos á quienes el Salvador del mundo decia : « Vosotros sois hijos del diablo, y quereis cumplir sus deseos. *Vos ex patre diabolo estis, desideria ejus vultis perficere.* »

Desgraciadamente estos dos hombres no expresan opiniones particulares, deseos pro-

(1) Véase la obra anteriormente citada, primera parte, capítulo I. LA NEGACION DE LA RELIGION, pág. 7 y sig.

pios de ellos solamente : sus escritos son el programa de la impiedad moderna, que tienden nada menos que á derrocar á Dios, á poner á Satanás en sus altares, á sumir nuevamente la Europa en las tinieblas y en la barbarie de la idolatría, que en el fondo no es otra cosa que el culto de Satanás : *Dii gentium dæmonia*. No son tan explícitos en este momento todos esos incrédulos que horrorizan al mundo con el cinismo de su impiedad; pero se hallan animados por el mismo espíritu, y trabajan por la misma causa.

Sepan, pues, nuestros hermanos separados que, á pesar del protestantismo que les ha arrebatado á la Iglesia, perdiendo la fe romana, no han perdido toda la fe cristiana; sepan, decimos, que repitiendo las cobardes blasfemias de la incredulidad contra la augusta madre del Dios hecho hombre, no harían otra cosa que asociarse á los hijos de Satanás, hablar su lenguaje, y cooperar al restablecimiento de su imperio, en vez del imperio de Jesucristo.

SEGUNDA PARTE.

PRECIOSOS FRUTOS

DEL

CULTO DE LA SANTA VÍRGEN.

CAPITULO DÉCIMO.

De la eficacia del culto de Maria para inspirar fe y para conservarla.

El culto que se tributa á María, como el culto que se tributa á Dios, redundará en provecho de los que lo ejercen. — Este es en primer lugar uno de los medios mas eficaces de inspirar y de conservar la fe. — María es un libro incomprendible, en el cual, sin embargo, se pueden leer todos los misterios de Jesucristo. — Influencia que el culto de María ha ejercido en la conversion de los pueblos á la verdadera religion. — La verdadera fe no se encuentra mas que en los pueblos que se conservan fieles al culto de Maria. — A consecuencia de la abolicion de este culto casi se ha extinguido enteramente entre los doctores protestantes la fe en la divinidad de Jesucristo. — Explicacion de estos hechos. — Bello pensamiento de los puseistas de Inglaterra de haber principiado su lucha contra el protestantismo restableciendo el culto de Maria.

La palabra *culto* (*cultus*) se deriva de la palabra *cultivar* (*colere*), y en cuanto á su origen etimológico, es sinónimo de la palabra *cultivo*. Pero en el sentido moral y religioso tiene una

pios de ellos solamente : sus escritos son el programa de la impiedad moderna, que tienden nada menos que á derrocar á Dios, á poner á Satanás en sus altares, á sumir nuevamente la Europa en las tinieblas y en la barbarie de la idolatría, que en el fondo no es otra cosa que el culto de Satanás : *Dii gentium dæmonia*. No son tan explícitos en este momento todos esos incrédulos que horrorizan al mundo con el cinismo de su impiedad; pero se hallan animados por el mismo espíritu, y trabajan por la misma causa.

Sepan, pues, nuestros hermanos separados que, á pesar del protestantismo que les ha arrebatado á la Iglesia, perdiendo la fe romana, no han perdido toda la fe cristiana; sepan, decimos, que repitiendo las cobardes blasfemias de la incredulidad contra la augusta madre del Dios hecho hombre, no harían otra cosa que asociarse á los hijos de Satanás, hablar su lenguaje, y cooperar al restablecimiento de su imperio, en vez del imperio de Jesucristo.

SEGUNDA PARTE.

PRECIOSOS FRUTOS

DEL

CULTO DE LA SANTA VÍRGEN.

CAPITULO DÉCIMO.

De la eficacia del culto de Maria para inspirar fe y para conservarla.

El culto que se tributa á María, como el culto que se tributa á Dios, redundará en provecho de los que lo ejercen. — Este es en primer lugar uno de los medios mas eficaces de inspirar y de conservar la fe. — María es un libro incomprendible, en el cual, sin embargo, se pueden leer todos los misterios de Jesucristo. — Influencia que el culto de María ha ejercido en la conversion de los pueblos á la verdadera religion. — La verdadera fe no se encuentra mas que en los pueblos que se conservan fieles al culto de Maria. — A consecuencia de la abolicion de este culto casi se ha extinguido enteramente entre los doctores protestantes la fe en la divinidad de Jesucristo. — Explicacion de estos hechos. — Bello pensamiento de los puseistas de Inglaterra de haber principiado su lucha contra el protestantismo restableciendo el culto de Maria.

La palabra *culto* (*cultus*) se deriva de la palabra *cultivar* (*colere*), y en cuanto á su origen etimológico, es sinónimo de la palabra *cultivo*. Pero en el sentido moral y religioso tiene una

significacion mucho mas extensa que la palabra *cultivo* en el sentido material y fisico. Cultivo, en este último sentido, significa los trabajos que se ejecutan para aumentar la fertilidad de la tierra y mejorar sus producciones; pero la accion de cultivar el suelo no recae sobre la persona que se dedica á ella, al paso que el culto que se tributa á Dios redunda en provecho del que lo ejerce. Por el culto, dice san Agustín, Dios nos cultiva al mismo tiempo que nosotros cultivamos á Dios. Nosotros cultivamos á Dios con la oracion y con el sacrificio, que hacen nacer en su divino corazon designios de misericordia respecto de nosotros. Y Dios nos cultiva derramando en nuestro corazon sus gracias, que hacen germinar en él todas las virtudes: *Colimus Deum precando, colit nos Deus miserando.*

Así, pues, los homenajes de adoracion, de alabanzas y de oraciones que tributamos á Dios por las obras del culto ó de la religion, no son estériles, no quedan encerrados en el corazon del Dios de bondad; sino que caen en nosotros como un rocío celeste, bajo la

forma de la gracia y de la misericordia, que producen en nosotros los frutos de la vida eterna.

Este comercio misterioso entre el hombre y Dios, propio del culto de *latría*, que tributamos á Dios, existe tambien en el culto de *hiperdulía*, que tributamos á María. No es ejecutar vanas prácticas el recordar sus grandezas, cantar sus alabanzas, imponernos mortificaciones en honor suyo, é invocar su auxilio y proteccion. Estos testimonios de nuestro amor filial á María se trasforman en ella en beneficios de un amor maternal respecto de nosotros; los actos mismos de nuestra devocion, los ejercicios de nuestro culto, se convierten en medios que aumentan nuestras virtudes, que nos afirman en el bien y que nos traen todo consuelo y toda ventura.

Penetrados de la importancia de la fe, á consecuencia de las instrucciones que el Divino Maestro les habia dado sobre este objeto, los apóstoles insistian muchas veces con el Señor para obtener de él el aumento de la fe: *Dixerunt Apostoli Domino: Adauge nobis fidem*

(*Luc.*, xvii). Con eso nos han enseñado el celo con que debemos nosotros también buscar y emplear todos los medios de progresar en la virtud de la fe y de afirmarnos en ella.

Y uno de estos medios, y aun de los más eficaces, es el culto de María. Sucede con este culto en cierto modo lo que con el culto de la Eucaristía. El dogma de la maternidad divina de María es, igualmente que el dogma de la presencia real, un gran misterio de fe, *mysterium fidei*, no solo porque ejercita de una manera particular nuestra fe, á causa del gran número de verdades que encierra, sino también porque aumenta admirablemente nuestra fe, en atención á que recordándonos estas mismas verdades, las mantiene presentes siempre en nuestro espíritu, nos proporciona la inteligencia práctica de ellas, y nos inspira amor á las mismas, porque la fe viva no es otra cosa que el amor creyente, así como el amor puro no es otra cosa que la fe amante.

Comentando estas palabras del divino Salvador: *Nadie viene á mí si mi Padre no le atrae*, S. Agustín ha dicho: «Jesucristo es sin

duda quien con los encantos de su misericordia y con la eficacia de su mediación atrae á él las almas. Pero esta misericordia y esta mediación no reciben principalmente su fuerza de atracción más que del misterio de su filiación divina. Nosotros creemos en él, vamos á él, principalmente porque se ofrece á nosotros en la sublime cualidad de su Redentor, cuyo Padre es Dios, y porque es igual á Dios, y Dios él mismo. Así es que somos llevados á Jesucristo, no solo por la bondad del Hijo, sino también y principalmente por la divinidad del Padre, común al Hijo, y el Padre es quien verdaderamente nos atrae á él: *Trahit Pater ad Filium eos qui propterea credunt in Filium, quia eum cogitant Patrem habere Deum. Deus enim Pater æqualem sibi genuit filium, et qui cogitat æqualem esse Patri eum in quem credit, trahit eum Pater ad Filium.*» (*Tract. xxvi, in Joh.*) Con las restricciones necesarias, otro tanto puede decirse de María. Así como la paternidad de Dios respecto de Jesucristo nos atrae á él como á Dios, así la maternidad de María nos atrae á él como al hombre. Nadie va

á Jesucristo como conviene ir á él, ó como al verdadero Redentor, si la creencia de que *este tiene á Dios por Padre* no le conduce á sus piés como á Dios, y si la creencia de que tiene á *María por Madre*, no le conduce á él como al hombre. Porque Jesucristo no es verdadero Dios sino porque es verdadero Hijo de Dios, y no es verdadero hombre, sino porque es verdadero Hijo de María. Es decir, que uno y otra, el Padre celeste y la Madre terrestre, nos atraen á Jesucristo, porque nos hacen creer, reunidas en él, las cualidades de verdadero Dios y de verdadero hombre, que le constituyen nuestro Salvador. Es decir, que así como el Padre eterno nos atrae á Jesucristo, no solo por su gracia, sino tambien por su paternidad divina, que revela á Jesucristo Dios, así tambien María nos atrae á él, no solo por sus súplicas, sino tambien por su maternidad humana, que le acredita de hombre.

San Epifanio llama á María «Libro misterioso vivo, cuyo autor es Dios, y en el cual el mundo entero ha podido leer fácilmente todos los misterios del Verbo de Dios hecho hombre;

Liber incomprehensus, qui Verbum Patris toti mundo legendum exhibuit.» S. Cirilo de Alejandria, reconociendo la misma cualidad en la Madre del Salvador, añade: «La Estrella milagrosa que condujo á los Magos al conocimiento y á la adoracion del Mesías en Bethleem, no fué otra cosa que la figura de María, porque ella es quien ha hecho resplandecer la luz del Hijo único de Dios en medio de las naciones sumergidas en las tinieblas y sentadas en las sombras de la muerte, y quien les guió del culto de los ídolos al conocimiento y á la adoracion del verdadero Dios de la Iglesia: *Per te omnis creatura, idolorum errore detenta, conversa est ad agnitionem veritatis. Per te unigenitus Dei filius, vera illa lux effulsit sedentibus in tenebris et in umbra mortis.*»

«Los pueblos, dice un autor moderno que no puede ser sospechoso, fueron deslumbrados por la imágen de la divina Madre, que reúne en su persona las ideas y los sentimientos mas dulces de la naturaleza: el pudor de la vírgen y el amor de la madre, emblema de dulzura, de resignacion y de todo lo mas su-

blime que hay en la virtud ; que llora con los desgraciados, que intercede por los culpables, y que no se muestra sino como la mensajera del perdon y del buen socorro. Así es que acogieron con entusiasmo este nuevo culto. Los paganos tampoco trataron de defender sus altares en presencia del culto de la Madre de Dios, abrieron á María sus templos, y se confesaron vencidos. (BEUGNOT, *Histoire de la destruction du paganisme en Occident.*)»

Por el culto de María, no solo se llega muchas veces á la fe de Jesucristo, sino que además se la conserva siempre viva y siempre activa.

Este es un hecho, lo repetimos, que no porque no sea generalmente notado deja de ser cierto, constante y universal. La fe pura y sencilla; la fe sincera y ferviente; la fe que llega á hacerse en cierto modo una segunda naturaleza; la fe que de nada duda, que habla, que se conduce como si viese lo que cree; la fe que, segun la Escritura, es el alma y la vida del hombre justo: *Justus meus ex fide vivit* (*Galat., iii*); la fe, en fin, que el Evangelio lla-

ma LA FE DE DIOS: *Habete fidem Dei* (Marc.); semejante fe, decimos, se encuentra generalmente solo entre las almas católicas, las mas sinceramente adictas al culto, á la devocion y al amor de María.

Al contrario, ¿qué es, aun en ciertos católicos, la fe que desdeña, como prácticas propias de los espíritus débiles, de las mujeres y de los niños, todo ejercicio de piedad y de ternura filiales respecto de María? ¡Ah! no es mas que una fe débil, vacilante, ciega; una fe que, aun cuando no dude de sí misma, es mucho mas de razon que de sentimiento; está mucho mas en el espíritu que en el corazon; una fe que no se revela por la conducta, y que se avergüenza de mostrarse tal cual es; una fe despojada de todo atractivo, y que, léjos de hacer la dicha y las delicias del alma, no es, en cierto modo, mas que un remordimiento que la atormenta y una carga pesada que la abruma; una fe extraña á las emociones delicadas de la piedad, y semejante á una planta parásita que el hielo ha despojado del adorno de su follaje y de su fruto; una fe, en fin, que si no está

muerta, conserva solo un leve soplo de vida, pronto á desvanecerse al mas ligero movimiento.

Acabamos de oír á S. Epifanio llamando á María «Libro incomprendible en que, sin embargo, todo el mundo puede fácilmente leer los misterios del Verbo de Dios hecho hombre». Este es el libro precioso que los hijos fieles de María, tributándola los homenajes de su veneracion y de su ternura, tienen siempre á la vista; y por consiguiente tienen siempre presentes en su espíritu, y mucho mas aun en su corazón, los misterios de Jesucristo. El libro de los Evangelios no es la verdad, pero contiene la verdad; igualmente María no es la verdad personificada, porque esta verdad no es sino Jesucristo: *Christus est veritas* (Joan.); pero lleva en sí misma esta verdad. Todos los misterios de su divino Hijo están trazados en ella con caracteres que todo el mundo puede leer. Así como ella no es la fuente de la gracia, sino, según las expresiones de los Padres, el acueducto de la gracia, *Aquæductus gratiarum*; así también no es la fuente de la verdad, sino en

cierto modo el Evangelio abreviado de todas las verdades del Cristianismo, que las inteligencias mas débiles, las almas mas sencillas, pueden fácilmente aprender, y con el cual pueden dar alimento á su espíritu y alegría á su corazón.

Jesucristo ha dicho: «Nadie conoce al Padre, excepto el Hijo, y aquellos á quienes el Hijo se digna revelar: *Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare.*» (Joan.) La Santa Virgen puede, en cierto modo, decir otro tanto con relacion á Jesucristo: «Nadie conoce á este Hijo divino mas que su Madre, y aquellos á quienes la Madre se lo da á conocer. Él no se encuentra mas que en sus brazos; en sus brazos lo hallaron sus primeros adoradores, en la gruta de Bethleem: *Invenrunt puerum cum Maria matre ejus.*» En sus brazos podrán encontrarlo siempre los herederos de su fe.

Veamos lo que sucede entre nuestros hermanos separados. Es un hecho lamentable, pero cierto también, que la fe se debilita cada vez mas en ellos, y que en la mayor parte

de los mismos ha desaparecido enteramente. Ni podia suceder otra cosa. Bajo el impulso del odio á María, que Satanás les habia inspirado, los modernos heresiarcas, que han engañado y extraviado á esos pobres pueblos, habian principiado por condenar, como supersticiosa y contraria al espíritu del Evangelio, toda práctica de devocion hácia María, y concluyeron por destruir su culto. Cerraron, pues, el libro misterioso en que Jesucristo, no solamente ha escrito, sino pintado bajo las mas graciosas formas y con los mas brillantes colores; borrarón este Evangelio de nueva especie en que los misterios cristianos se presentan como actualizados y vivos, y que por consiguiente habla de ellos de una manera mas elocuente y mas sensible á las almas que se complacen en fijar en él sus piadosas miradas. Desde entonces los misterios de Jesucristo se consideran allí como una cosa abstracta, general, vaga y lejana. Habiendo sido apartada de los ojos la pintura, el recuerdo de ella se ha borrado del corazon, porque el corazon llega al fin á perder todo interés por lo

que no tiene ya delante de los ojos : *Procul ab oculis, procul à corde*; y el corazon que se vuelve indiferente, engendra al fin la indiferencia del espíritu. ¡Ay! Comenzando por desterrar á la Madre, se ha concluido por olvidar al Hijo. En la economía del dogma cristiano, Jesucristo, considerado como hombre verdadero, igualmente que verdadero Dios, es, bajo cierto aspecto, casi tan inseparable de la Madre, de quien es hijo consustancial segun la humanidad, como inseparable del Padre, de quien es hijo consustancial segun la divinidad. Por consiguiente, así como desconociendo al Padre se llega á desconocer al Dios-Hombre, así tambien desconociendo á la Madre se llega á desconocer al Hombre-Dios. Jesucristo no se encuentra, pues, mas que en el seno de su Madre y en compañía de su Madre, que nos anuncia hombre de nuestra propia humanidad; así como no se encuentra mas que en compañía y en el seno del Padre : *Unigenitus qui est in sinu Patris* (Joan.), que nos le revela Dios de su propia divinidad. En su consecuencia, María nunca va sola; y así como ella

conduce siempre á su Hijo á los corazones que la invocan y la honran, así tambien lo lleva consigo léjos de los corazones que tienen la ceguedad y la audacia de desconocerla y rechazarla. Esta es la historia de los horribles progresos que ha hecho entre los protestantes la negacion de la divinidad de Jesucristo, es decir, de todo el Cristianismo (1).

(1) Es desgraciadamente innegable que la inmensa mayoría de los pastores protestantes no creen ya que Jesucristo es Dios. En apoyo de esta afirmacion podriamos citar gran número de esos escritores evangélicos que, en sus últimos escritos, han combatido con irritante cinismo este dogma fundamental del Evangelio. Nos limitaremos á citar uno solo que, por su elevada posicion de jefe de un consistorio protestante, puede ser considerado como la expresion fiel de la fe de sus subordinados. En su *Christologie*, despues de haber intentado ridiculizar, bajo el nombre de *Niezens*, á trescientos millones de cristianos que creen en la divinidad de Jesucristo, M. Coquerel acaba de combatir con igual jactancia los dogmas de la caida, del pecado original, de la redencion, de la eternidad de las penas, en una palabra, toda la religion cristiana de los antiguos reformadores, sus maestros, y ninguno que sepamos de sus venerables colegas ha protestado contra semejante *reforma*.

CAPITULO UNDÉCIMO.

De la virtud del culto de María para elevar los corazones á la esperanza y al amor de Dios.

El divino Salvador nos inspira confianza en su poder y en su misericordia, porque es Hijo de Dios é Hijo del hombre al mismo tiempo. — María es quien le rinde este testimonio, y quien, por consiguiente, nos induce á tratar con él como con un hermano. — Cómo el corazon, reverenciando á María, se abre á la esperanza en la misericordia de Dios. — La *Salve, Regina*, es la fiel expresion de este sentimiento. — María es tambien la madre del *amor hermoso*. — Amando á María es uno conducido á amar á Jesucristo.

No es menos eficaz el culto de María para inspirar la confianza mas dulce en la bondad de Jesucristo.

San Pablo ha dicho que Jesucristo tenia que hacerse en todo semejante á los hombres, sus hermanos, para mostrarse Dios de bondad y de misericordia hácia nosotros: *Debit per omnia fratribus, ut misericors fieret (Hebr., II).* Tertuliano añade que «el Verbo de Dios se hizo hombre porque el hombre aprendiese á tratar

conduce siempre á su Hijo á los corazones que la invocan y la honran, así tambien lo lleva consigo léjos de los corazones que tienen la ceguedad y la audacia de desconocerla y rechazarla. Esta es la historia de los horribles progresos que ha hecho entre los protestantes la negacion de la divinidad de Jesucristo, es decir, de todo el Cristianismo (1).

(1) Es desgraciadamente innegable que la inmensa mayoría de los pastores protestantes no creen ya que Jesucristo es Dios. En apoyo de esta afirmacion podriamos citar gran número de esos escritores evangélicos que, en sus últimos escritos, han combatido con irritante cinismo este dogma fundamental del Evangelio. Nos limitaremos á citar uno solo que, por su elevada posicion de jefe de un consistorio protestante, puede ser considerado como la expresion fiel de la fe de sus subordinados. En su *Christologie*, despues de haber intentado ridiculizar, bajo el nombre de *Niezens*, á trescientos millones de cristianos que creen en la divinidad de Jesucristo, M. Coquerel acaba de combatir con igual jactancia los dogmas de la caida, del pecado original, de la redencion, de la eternidad de las penas, en una palabra, toda la religion cristiana de los antiguos reformadores, sus maestros, y ninguno que sepamos de sus venerables colegas ha protestado contra semejante *reforma*.

CAPITULO UNDÉCIMO.

De la virtud del culto de María para elevar los corazones á la esperanza y al amor de Dios.

El divino Salvador nos inspira confianza en su poder y en su misericordia, porque es Hijo de Dios é Hijo del hombre al mismo tiempo. — María es quien le rinde este testimonio, y quien, por consiguiente, nos induce á tratar con él como con un hermano. — Cómo el corazon, reverenciando á María, se abre á la esperanza en la misericordia de Dios. — La *Salve, Regina*, es la fiel expresion de este sentimiento. — María es tambien la madre del *amor hermoso*. — Amando á María es uno conducido á amar á Jesucristo.

No es menos eficaz el culto de María para inspirar la confianza mas dulce en la bondad de Jesucristo.

San Pablo ha dicho que Jesucristo tenia que hacerse en todo semejante á los hombres, sus hermanos, para mostrarse Dios de bondad y de misericordia hácia nosotros: *Debit per omnia fratribus, ut misericors fieret (Hebr., II).* Tertuliano añade que «el Verbo de Dios se hizo hombre porque el hombre aprendiese á tratar

con Dios de igual á igual : *Ut homo ex æquo agere cum Deo posset.* »

Acabamos de ver que nosotros vamos á Jesucristo como debe irse á él, en tanto que el Padre nos atrae á él, como á un Dios Salvador, y que la Madre nos atrae también á él, como á un Salvador Dios y hombre. Consiste esto en que, sin el testimonio del Padre eterno que, indicándonos á Jesucristo como su verdadero y muy amado Hijo, *hic est filius meus dilectus*, nos atrae á él como á Dios, Jesucristo no sería para nosotros mas que un objeto de indiferencia; veríamos solo en él un hombre, impotente para rescatarnos, incapaz de salvarnos, y nos cuidariamos poco de él, no teniendo nada que esperar de él. De la misma manera, sin el testimonio de María que, presentándonos á Jesucristo como su verdadero Hijo primogénito, *peperit filium suum primogenitum*, nos atrae á él como al hombre, Jesucristo sería para nosotros solamente un objeto de temor; el Dios justo, el Dios santo, el Dios terrible, cuya cólera habríamos excitado, y cuyo juicio tendríamos que sufrir. No le ama-

riamos temiendo ser espantados, juzgados, rechazados y castigados por él. Pero acordándonos de que es el verdadero Hijo de María, y por consiguiente verdadero hombre, de nuestra misma humanidad, nuestros temores se disipan y la esperanza renace en nuestro corazón.

Así, pues, lo que nos conduce á adorar á Jesucristo y á recurrir á él como al Mediador que verdaderamente puede salvarnos, es el testimonio que le rinde su Padre de que es Hijo de Dios y Dios él mismo; así como también lo que nos lleva á buscar en Jesucristo el Mediador que quiere salvarnos, es el testimonio que le rinde su Madre de que es Hijo del hombre y verdadero hombre él también. Y así como el testimonio del Padre es el principio de nuestro culto por Jesucristo y de nuestra confianza en la eficacia de su mediación y en la plenitud de su poder, así también el testimonio que le rinde su Madre es particularmente el principio de nuestra familiaridad, y aun casi diría, según S. Pablo, de nuestra *domesticidad* (*domestici Dei*) con Jesucristo, de

nuestra tendencia hácia él como hácia nuestro hermano, y de nuestro completo abandono en el seno de su misericordia y de su bondad.

En efecto, el alma fiel á María, el alma que se considera feliz reverenciándola y tratándola como su Madre, explaya con mas libertad su corazón y su amor en sus pláticas con Jesucristo, le llama con los nombres mas dulces y mas afectuosos, le dice con un sentimiento de confianza incontrastable: «Hermano mio! Amigo mio! Tesoro mio! Amado mio! Corazón mio! Vida mia! Alma mia!» El culto de María, como Madre nuestra, nos eleva á un verdadero parentesco espiritual con su Hijo, y nos coloca respecto de él en las relaciones de la mas dulce igualdad y de la intimidad mas perfecta. De ahí proviene nuestra completa seguridad en su amor; de ahí los encantos y la solidez de la esperanza; porque la esperanza no es otra cosa que el amor que todo lo espera del amor.

Hé ahí cómo el culto de María es uno de los medios mas eficaces de la religion para elevar al hombre sobre el sentimiento de su indigni-

dad y de su bajeza, para inspirarle el valor de conversar con Dios en los términos de la igualdad, y para asegurarle, como si estuviese en posesion de ellos, de los bienes de Dios y del mismo Dios. Hé ahí cómo por la devocion de María es el hombre admitido á sentarse, segun las bellas expresiones de los Libros Santos, en las bellezas de la paz, en los tabernáculos de la confianza, en las riquezas del reposo: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, in tabernaculis fiducia, in requie opulenta.* Hé ahí, finalmente, cómo la fidelidad y el amor á la Santa Virgen aumentan en nosotros la esperanza, la mas dulce de todas las virtudes, el mas consolador de los sentimientos, el mas fuerte escudo contra las tribulaciones de la vida y los horrores de la muerte.

La misteriosa economía de estos sentimientos indelebles que María nos inspira, se halla trazada en estas dos estrofas que la Iglesia nos hace repetir en todas las pequeñas horas del Oficio de la Santa Virgen: «Oh Criador de todas las cosas! Acuérdate que naciendo de las entrañas sagradas de la Virgen, tomaste en

» otro tiempo la forma de nuestro cuerpo; y
» tú, ¡oh María! ¡dulce Madre de la gracia y de
» la clemencia! protégenos contra nuestro
» enemigo, y recíbenos en tu seno á la hora de
» nuestra muerte (1).» Vemos, pues, que solo
como Hijo de María, Jesucristo, siendo verda-
dero hombre, de nuestra propia humanidad,
nos inspira la santa audacia de tratarle, á él
Creador del universo, como á nuestro igual
y á nuestro hermano; y solo considerando
á María como el instrumento de una caridad
tan grande por parte de Dios para con los
hombres, es como ella es para nosotros una
reina bastante poderosa para protegernos
contra el enemigo de nuestra salvacion, una
madre bastante tierna para derramar sobre
nosotros los beneficios de su gracia, las dul-
zuras de su clemencia durante nuestra vida, y

(1) * Memento, rerum conditor,
Nostrum quod olim corporis
Sacratam ab alvo virginis
Nascendo formam sumpseris.
Maria, Mater gratiæ,
Dulcis parens clementiæ,
Tu nos ab hoste protege,
Et mortis hora suscipe.»

para recibirnos en su compañía despues de
nuestra muerte. Es imposible recitar seme-
jante plegaria sin sentir el alma penetrada de
la mas dulce confianza.

Los verdaderos fieles dirigen tambien mu-
chas veces á María esta oracion, que la Iglesia
pone en sus labios: «Dios te salve, Reina y
» Madre, Madre de misericordia, vida y dulzu-
» ra, esperanza nuestra, Dios te salve; á tí
» llamamos los desterrados hijos de Eva; á tí
» suspiramos, gimiendo y llorando en este va-
» lle de lágrimas. Ea, pues, Señora, Abogada
» nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos mi-
» sericordiosos, y despues de este destierro
» muéstranos á Jesus, fruto bendito de tus en-
» trañas. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh
» dulce siempre Virgen María! Santa y Madre
» de Dios, ruega, Señora, por nos para que
» seamos dignos de alcanzar y gozar las prome-
» sas de nuestro Señor Jesucristo. Amen (1).»

¡Qué encanto! Qué dulzura en esta plega-

(1) Salve, Regina, Mater misericordæ, vita, dulcedo, et spes
nostra, salve. Ad te clamamus, exules filii Evæ, ad te suspira-
mus, gementes et flentes in hac lacrymarum valle. Eja ergo,

ria! Es el dialecto del amor en la desgracia, para uso de la confianza. Es imposible pronunciarla sin que el corazon se abra á la esperanza.

Y esas imágenes de María, unas veces al pié de la cruz y ofreciendo tambien á su propio Hijo por precio de nuestro rescate y en expiacion de nuestros pecados; otras veces, mujer sin mancha, hollando la cabeza de la serpiente seductora, y haciéndonos partícipes del fruto de su victoria; y otras, en fin, teniendo al divino Niño en sus brazos, estrechándole contra su corazon, y dispuesta á depositarle en el nuestro. Esas imágenes, repito, en las que nada recuerda la cólera, la justicia y el castigo, sino en donde todo nos habla el lenguaje de la ternura, de la dulzura y de la bondad; esos elocuentes emblemas de la misericordia y del perdon, ¿no son medios poderosos para disipar todo temor, para excitar en nosotros las emociones mas dulces, y para consolar á toda alma triste y afligida?

advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos convertet.
Et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende: ¡O clemens! ¡o pia! ¡o dulcis Virgo Maria!

Entre las oraciones á Dios que la Iglesia pone en los labios de sus hijos, se encuentra esta: «Señor, concédenos el aumento de la fe, de la esperanza y de la caridad; y para que alcancemos las recompensas que nos has prometido, inspíranos el amor á lo que has mandado: *Da nobis fidei, spei et charitatis augmentum; et, ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod præcipis.*» Lo cual es recordarnos esta gran verdad del Evangelio: «Que los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo encierran toda la ley de los profetas; que la fidelidad que debemos á Dios es menos un negocio de espíritu que un negocio de corazon, y que toda la religion no es otra cosa que amor.» Hé ahí por qué todos los sacramentos, toda la liturgia, todas las instituciones y todas las prácticas de la Iglesia tienden principalmente y sobre todo á despertar en nosotros el sentimiento del amor, y á embellecer todos nuestros actos de virtud por el amor.

Y entre estas prácticas, cuya raíz y fruto es el amor divino, es preciso colocar el culto de la augusta Madre de Dios; pues, por boca de

los profetas, María se ha dado á sí misma el dulce título de «Madre de la santa esperanza y del amor hermoso: *Ego Mater pulchræ dilectionis et sanctæ spei.*» ¿Y dónde encontrar, en efecto, las almas que aman sinceramente á Jesucristo, sino entre los verdaderos siervos y los verdaderos hijos de María? Es un hecho de los mas comunes y de los mas constantes en los pueblos católicos, que las almas verdaderamente fieles á la observancia de la ley de Dios, que las conciencias delicadas, que los corazones penetrados del temor y del amor del Señor, son tambien los cristianos mas fieles á María; y que, al contrario, segun hemos observado anteriormente, sin la devocion á María no hay verdadera virtud ni verdadera piedad. No decimos, sin embargo, que una de estas dos cosas sea absolutamente imposible sin la otra; decimos simplemente que la una no existe separada de la otra.

Y es que así como no se puede amar sinceramente á un hijo sin amar á su madre, así tambien no se puede amar sinceramente á una madre sin amar tambien á su hijo. Por consi-

guiente, así como el verdadero amor á Jesucristo conduce el alma fiel al amor de María, así tambien el verdadero amor á María impele á su vez al alma devota al amor de Jesucristo. El verdadero cristiano es bastante consecuente consigo mismo para no atreverse á presentarse ante los altares de María para venerarla, con el corazon cargado de faltas y en estado de flagrante violacion de la ley de Jesucristo, sino para interesar á esta buena Madre á fin de que le reconcilie con el Señor. Pero esto es una prueba mas de que el amor de María, el deseo de agradar á María y de asegurarse el amor maternal de María, son impulsos poderosos al amor de Jesucristo, al deseo de complacer á Jesucristo, y de asegurarse los beneficios de su mediacion divina.

CAPITULO DUODÉCIMO.

De la eficacia del culto de Maria para inspirar amor á la caridad y celo para conservarla.

La Santa Virgen es custodia de la virginidad, porque ella fué la primera en profesarla.—El ejemplo de la virginidad de María ha sido una semilla preciosa de virginidad.—Profecias sobre este objeto que se han cumplido.—El culto de Maria y las oraciones que se la dirigen son un estímulo á la práctica de la castidad.—La virginidad voluntaria no existe en las comuniones separadas.—Aboliendo el culto de Maria el protestantismo ha atacado la pureza de las costumbres cristianas.

Por lo que respecta á la influencia del culto de María en el aumento de las virtudes morales, no mencionaremos mas que la castidad. Esta virtud, que con tanta razon se ha llamado *una de las tres virtudes reservadas del Evangelio*; esta virtud, fruto el mas hermoso de la gracia del Cristianismo; esta virtud, que espiritualiza el cuerpo, que *angeliza* al hombre, y hace de la criatura terrestre un ser celeste, un espejo de las perfecciones de Dios y objeto de su alegría y de su amor; esta virtud no ger-

mina mas que en el suelo de la Iglesia á la sombra de los lirios de María. María es quien primero comprendió la gran palabra de la virginidad, antes de haberla pronunciado Jesucristo; María, quien fué fiel á ella la primera, antes que el mundo conociera su precio y su sublimidad; María, quien procuró tener el mérito de ella antes que su divino Hijo hubiera propuesto la recompensa de tan hermosa virtud.

Así, pues, como María fué la primera que levantó la gloriosa bandera de la virginidad y abrió el camino de ella, ha merecido ser su protectora; hé ahí por qué la Iglesia ha proclamado *GLORIOSA CUSTODIA DE LAS VÍRGENES* á la intacta Madre de Dios, modelo de las vírgenes: *præclara custos virginum, intacta Mater Numinis*. De la manera que ella ha recibido una gracia particular, no solo para persuadir la virginidad con su ejemplo, sino tambien á fin de obtenerla para sus hijos con su intercesion.

San Ambrosio, en su admirable tratado *De las Vírgenes*, dedicado á las vírgenes, les dice:

«Tened siempre presente la imagen de la virginidad y de la vida de la bienaventurada María, en la cual resplandecen como en un espejo los encantos de la castidad y de la belleza de la virtud. En su vida debeis buscar los ejemplos de la vuestra; ese modelo acabado, esa enseñanza viva de toda santidad, os indicará lo que debeis corregir en vosotras, lo que debeis evitar y lo que debeis temer. La excelencia del maestro es la primera razon para estudiar con ardor; y ¿hay nada mas noble que la Madre de Dios? Hay nada mas resplandeciente que la que el Esplendor mismo ha elegido por Madre suya? Hay nada mas casto que la que ha engendrado un cuerpo sin la menor alteracion de su propio cuerpo (1)?»

Este bello pasaje del doctor-virgen, del

(1) «Sit vobis tanquam in imagine descripta virginitas, vitæque beatæ Mariæ, de qua, velut in speculo, refulget species castitatis et forma virtutis. Hinc sumatis licet exempla vivendi, ubi tanquam in exemplari magisterio expressa prohibitis, quid corrigere, quid effugere, quid tenere debeatis, ostendunt. Primus discendi ardor nobilitas est magistri. Quid nobilius Dei Matre? Quid splendidius ea, quam Splendor elegit? Quid castius ea, quæ corpus sine corporis contagione generavit?» (*De Virginitibus.*)

apóstol mas celoso, del mas elocuente evangelista de la virginidad, nos revela el misterio de la fecundidad de la Virgen-Madre y de la Madre-Virgen con relacion á las vírgenes que se encuentran en la Iglesia.

Con razon repite, pues, la Iglesia muchas veces estas palabras de la *Sabiduria*: ¡Oh, cuán bella es la generacion casta de María adornada con el esplendor de todas las virtudes! Su memoria está siempre viva, porque es tan grata á Dios como útil á los hombres! *O quàm pulchra est casta generatio cum claritate! Immortalis est enim memoria illius, quoniam apud Deum nota est, et apud homines* (*Sap., IV.*)»

Verdad es que la santa virginidad en la Iglesia no es otra cosa que el producto del trigo de los escogidos y del vino que hace germinar las Virgenes: *Fruentum electorum et vinum germinans Virgines*; esto es, del sacramento de la divina Eucaristía. Pero no es menos cierto que contemplando á la que ha atraído sobre sí las miradas del Altísimo, principalmente con los encantos de su virginidad; que teniendo presente el cuadro de su vida sin

mancha y el espejo de sus virtudes; que cediendo á los atractivos que la pureza de María ejerce en las almas, un número tan considerable de hombres y de mujeres se consagran á la Virgen; y por María es por quien la virginidad (este Verbo misterioso de Jesucristo, como Jesucristo es el Verbo del Padre), este «Verbo que no es dado á todo el mundo comprender: *Non omnes capiunt Verbum istud*» (Matth.), se hace comprensible, dulce, amado, lleno de encantos para tan considerable número de cristianos fervientes.

En efecto, atraídos por su ejemplo y siguiendo sus huellas, pueblos de vírgenes de los dos sexos no han cesado, desde el origen del Cristianismo, de abrazar el partido de la santa virginidad, y como el profeta David lo habia predicho, solo siguiendo á la Esposa-Virgen es como esa multitud de vírgenes, hechas ya hijas suyas, han sido conducidas á los piés del gran Rey de gloria, y venido con la mayor alegría á adornar el templo de Dios en la tierra, que es la Iglesia: *Adducentur Regi virgines post eam, proximæ ejus afferentur tibi, in læti-*

tia et exultatione adducentur in templum Regis (Ps. XLIV).

Otra profecía habia dicho que la casta Esposa del Espíritu Santo, la Virgen, amiga de Dios, seria como un lirio rodeado de espinas en medio de los hijos de la Iglesia que profesan la virginidad del alma y la mortificacion y la penitencia del cuerpo: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* (Cant.)

Estas magníficas predicciones nunca han cesado de cumplirse, ni aun en medio de la actual corrupcion del mundo. Siempre y donde quiera que está la verdadera Iglesia, única que venera á María del modo que debe ser venerada, se encuentran vírgenes voluntarias, reunidas á los piés de María, rodeándola con sus homenajes, y ofreciendo con sus manos á Jesucristo el sacrificio de su espíritu y de su cuerpo.

Por otra parte, el culto de María no es mas que el recuerdo consolador de la vida de María. Este recuerdo es para los corazones un estímulo para complacerla con la imitacion de sus virtudes. Hé ahí, pues, cómo ejerce una

influencia saludable, inspirando la pureza, verdadero esplendor del alma, que se obtiene con el sacrificio del cuerpo.

Es un sentimiento innato en los verdaderos católicos : todos los santos, todas las almas piadosas, todos los cristianos celosos de conservarse puros y castos de cuerpo y alma, han colocado y colocan siempre su pureza y su castidad bajo la proteccion de María.

Ellos saben perfectamente que, como dice la Escritura, nadie es casto sino por un don de Dios : *Sciens quia non possem esse continens nisi Deus det* (III Reg.); pero saben tambien que el medio mas propio y mas eficaz para obtener este don es pedirlo por la intercesion de María.

Las oraciones mismas, dirigidas á María con esta intencion, ¿son otra cosa que renovaciones incesantes de la resolucion de conservar la castidad? ¿Son mas que declaraciones repetidas del amor sincero á la castidad? ¿Qué son sino un nuevo medio de afirmarse cada vez mas en la práctica de la mas bella, pero tambien de la mas delicada y de la mas

frágil de todas las virtudes? Ved esa multitud de vírgenes-apóstoles y de mujeres-vírgenes que, impulsados por el celo de la salvacion de las almas y de la caridad para aliviar el dolor, se esparcen por todo el mundo hasta las extremidades de la tierra. Lo que les atrae la admiracion y los homenajes del mundo asombrado; lo que hace caer á sus piés hasta la barbarie, es mucho menos el prodigio de su abnegacion, que el prodigio de su castidad en medio de la licencia mas grande y de la mas horrible corrupcion. Diríase que son rayos de luz que caen sobre el cielo sin mancharse. Pues bien : estas almas heróicas no deben el valor sobrehumano de dominar, hasta extinguirlo, el mas violento de los instintos humanos, mas que á la comunión frecuente y á las prácticas de su piedad filial hácia María.

Permitasenos otra observacion. Para nadie es un misterio que, aun los mas grandes libertinos, no pueden hallarse en la posesion de la castidad intachable y del santo pudor, sin avergonzarse interiormente de su mala conducta y experimentar el deseo de corregirse.

Y si tal es el imperio que el espectáculo de la pureza de las hijas de los hombres ejerce en el hombre, júzguese cuál será el que ejerce en el cristiano el recuerdo y el culto de la pureza de la Madre de Dios. Esto explica esas heroicas resoluciones de consagrarse á la castidad; ese amor á la pureza del alma y del cuerpo; ese interés y esos cuidados para conservar su precioso depósito los verdaderos devotos de María; y eso explica también por qué el celibato virtuoso y el voto de vivir en la santa virginidad ha desaparecido entre nuestros hermanos separados al mismo tiempo que se ha abolido entre ellos el culto de María. ¡Qué esfuerzos no han hecho, cuánto oro no han gastado la Inglaterra y la Prusia protestantes para remedar las hijas de la Caridad y los conventos de vírgenes de la Iglesia católica! Pues bien: eso se ensaya todos los días, pero para ser deshecho al siguiente; esas hermanas de la Caridad y esas canonesas, formadas á la sombra de la impudicia de Lutero y de Calvino, no pueden ni siquiera elevarse al honor de ser la caricatura de nuestras hijas de

S. Vicente de Paul, ó el de nuestras religiosas; y si bien no son objeto de escándalo, nada puede preservarlas del ridículo. Y es que para tener una hermana de la Caridad, una verdadera religiosa, es preciso una mujer consagrada con votos solemnes á la castidad, y semejante mujer no se forma ni existe mas que con la frecuente comunión y con el culto de María.

A las mismas fuentes van los hijos de la Iglesia, cualesquiera que sean su estado y su condición, á pedir la perseverancia en la fidelidad á la ley de la castidad. De manera que, si á veces se venera é invoca á María en momentos en que uno no es casto, es para serlo; pero nunca nadie es casto á toda prueba sin el uso de los sacramentos y sin la devoción de María. La historia, pues, de lo que tenemos siempre á la vista es lo que la Sabiduría ha predicho al decir por su profeta: «Que las flores que hubieran rodeado un día los altares de María anunciarían los frutos del honor y de la honestidad: *Et flores mei, fructus honoris et honestatis* (Eccl., xxiv).» Por eso el culto de María es un auxilio mas para la pureza y la

santidad de las costumbres, y por eso los modernos heresiarcas, que han abolido al mismo tiempo los dogmas de la Confesion y de la Eucaristía, y el culto de la Madre de toda pureza, evidentemente han atacado la moral del Evangelio y minado por la raíz el Cristianismo que se habian encargado de *reformar*! Blasfeme, pues, á su gusto la herejía contra el culto de María; nunca logrará oscurecer este hecho tan constante y tan luminoso en el seno de la verdadera Iglesia, á saber: Que el culto de la Madre de pureza es, para los que lo practican, un estímulo nuevo, una exhortacion siempre elocuente para seguir las vias de la pureza, y uno de los mas poderosos medios para la reforma y la integridad de las costumbres.

CAPITULO DÉCIMOTERCERO.

Del culto de Maria como medio de santificacion, de conversion y de salvacion.

El culto de Maria es santificante, y facilita la salvacion de las almas y la conversion de los pecadores.— Los discipulos de Lutero y de Calvino no tienen el derecho de acusar á la Iglesia de que relaja la moral, fomentando el culto de Maria.— Refutacion de esta calumnia.— Autorizarse con la devocion á Maria para cometer el mal, es un sacrilegio que la Iglesia condena. Sin embargo, mantener ciertas prácticas, aun en medio del desorden, es mas bien aborrecerlo que amarlo.— Por este medio muchas pecadoras llegan por fin á convertirse, mientras que las Magdalenas de la herejía no se convierten jamás.— Las conversiones solo se verifican en la Iglesia católica.

La INFLUENCIA del culto de María no es, finalmente, menos poderosa ni menos feliz para inspirar el amor á la santidad, y ayudar á las almas en la obra de la salvacion.

Los Padres y los intérpretes del Evangelio observan que, en la circunstancia en que San Juan fué dado por el Redentor moribundo como hijo á María, fué indicado, no con su nombre *propio*, sino con el nombre *apelativo* de

santidad de las costumbres, y por eso los modernos heresiarcas, que han abolido al mismo tiempo los dogmas de la Confesion y de la Eucaristía, y el culto de la Madre de toda pureza, evidentemente han atacado la moral del Evangelio y minado por la raíz el Cristianismo que se habian encargado de *reformar*! Blasfeme, pues, á su gusto la herejía contra el culto de María; nunca logrará oscurecer este hecho tan constante y tan luminoso en el seno de la verdadera Iglesia, á saber: Que el culto de la Madre de pureza es, para los que lo practican, un estímulo nuevo, una exhortacion siempre elocuente para seguir las vias de la pureza, y uno de los mas poderosos medios para la reforma y la integridad de las costumbres.

CAPITULO DÉCIMOTERCERO.

Del culto de Maria como medio de santificacion, de conversion y de salvacion.

El culto de Maria es santificante, y facilita la salvacion de las almas y la conversion de los pecadores.— Los discipulos de Lutero y de Calvino no tienen el derecho de acusar á la Iglesia de que relaja la moral, fomentando el culto de Maria.— Refutacion de esta calumnia.— Autorizarse con la devocion á Maria para cometer el mal, es un sacrilegio que la Iglesia condena. Sin embargo, mantener ciertas prácticas, aun en medio del desorden, es mas bien aborrecerlo que amarlo.— Por este medio muchas pecadoras llegan por fin á convertirse, mientras que las Magdalenas de la herejía no se convierten jamás.— Las conversiones solo se verifican en la Iglesia católica.

La INFLUENCIA del culto de María no es, finalmente, menos poderosa ni menos feliz para inspirar el amor á la santidad, y ayudar á las almas en la obra de la salvacion.

Los Padres y los intérpretes del Evangelio observan que, en la circunstancia en que San Juan fué dado por el Redentor moribundo como hijo á María, fué indicado, no con su nombre *propio*, sino con el nombre *apelativo* de

Discípulo muy amado de Jesucristo; y afirman que, por su manera de expresarse en este pasaje, el Evangelio ha querido decirnos que los verdaderos hijos de María no son otros que los que Jesucristo ama, y que con nuestra fidelidad en cumplir la ley y seguir los ejemplos de Jesucristo, podemos aspirar al amor y á la protección maternal de María. Tal es el gran pensamiento que inspira á la Iglesia en el culto que esta hace tributar á María. De suerte que en las prácticas de devoción y de veneración hacia María, que la Iglesia sugiere ó aprueba, jamás olvida los intereses de la gloria del Hijo, y lo que le es debido como á Hijo de Dios y como á Dios que es él mismo.

Hé ahí la razón por qué la Iglesia no concede indulgencias plenarias con motivo de las grandes solemnidades de María, mas que á condición de que se haya purgado el alma de toda mancha del pecado, mediante la contrición sincera y el sacramento de la penitencia, y de que se participe de la fuente de toda gracia por medio de la Comunión eucarística. Es decir que para la Iglesia el verdadero y prin-

cipal medio de reverenciar á María como es debido, es ponerse bien con Jesucristo. Es decir, que el culto de María es una razón mas, un nuevo medio de convertirse y de practicar todos los deberes y todas las virtudes del Evangelio; en una palabra, que el culto de María es SANTIFICANTE.

Una de las oraciones que la Iglesia pone mas á menudo en los labios de sus ministros y de sus hijos es esta: «Dios misericordioso, concede un nuevo apoyo á nuestra fragilidad, con motivo de la conmemoración que celebramos de la Santa Madre de Dios; y haz que su intercesión nos ayude á resucitar de la muerte de nuestros pecados: *Concede, misericors Deus, fragilitati nostræ præsidium: ut qui sanctæ Dei genitricis memoriam agimus, intercessionis ejus auxilio, à nostris iniquitatibus resurgamus.*

La Iglesia hace repetir también muchas veces esta oración: «Concedenos, Señor, que en la circunstancia en que la memoria de la gloriosa Virgen María llena de alegría nuestros corazones, quedemos por su piadosa intercesión

libres de todos los males que nos amenazan y de la muerte eterna : *Concede ut qui gloriosæ Virginis Mariæ commemoratione lætamur, ejus pia intercessione ab instantibus malis et à morte perpetua liberemur.*»

Así pues, según el pensamiento de la Iglesia, como según sus prácticas, la invocación á María no tiene otro objeto que la afirmación de los justos en la verdadera piedad, la conversión de los pecadores y la salvación eterna de las almas, redimidas por la sangre de Jesucristo; y la historia de lo que sucede en este particular á vista de todo el mundo, prueba que este pensamiento y esta práctica de la Iglesia son constantemente coronados con grandes resultados.

No creemos justificar en manera alguna con las reflexiones que anteceden la ilusión sacrilega que se forman ciertas almas, figurándose que pueden entregarse sin peligro de su salvación á toda especie de desórdenes, con tal que no se olviden de ponerse el escapulario del Carmelo, de rezar el rosario, de encender velas y de respetar el sábado en honor de la

Santa Virgen. Este es ciertamente un grave y escandaloso abuso que ocurre algunas veces; porque ¿de qué no abusan la ignorancia y la falsa devoción? Pero estigmatizando, según la enseñanza de la Iglesia, semejante desorden, debemos reconocer que la mayor parte de las veces, en concepto de esas almas extraviadas, sus piadosas prácticas de devoción hácia María son menos un motivo para alentarse en el vicio, que un medio de salir de él; porque considerándolo atentamente, la continuación de dichas prácticas en medio de los más lamentables extravíos es una especie de protesta de estas almas contra las faltas mismas que ellas cometen; es entregarse al pecado disputándose los placeres del pecado, maldiciendo el pecado; es declarar que temprano ó tarde se desea y se espera corregir el pecado y triunfar del pecado; es, en cierto modo, alejarse de Dios, pero volviendo de vez en cuando los ojos á Dios, implorando la gracia de volver á Dios. Verdad es que semejante cálculo no siempre basta, pero las más veces se ve coronado de feliz éxito. Á esto deben atribuirse esas

vueltas á la honestidad de la vida, tan frecuentes en los países católicos por parte de las desgraciadas criaturas á quienes la seducción y la miseria han conducido á las vías del libertinaje.

Nada ó casi nada parecido se observa en los países protestantes en esas víctimas de la corrupción. Cuando su pié se mete en el cieno, ellos se hunden hasta el cuello y perecen en él. Si en ocasiones algunas abandonan el vicio, es después que el vicio es ya imposible para ellos ó que los ha abandonado. No hablemos de las conversiones verdaderas, obras de la gracia y del arrepentimiento. ¿Se ve nunca, por ejemplo, que ni un pequeño número de esas ochenta mil mujeres públicas que á la caída del sol transitan por las calles de la capital de Inglaterra, como gusanos que la corriente de las aguas descubre en un terreno pantanoso; se ve, digo, que ni un pequeño número de esas desgraciadas abandone su infame oficio por la vergüenza del vicio y amor á la virtud, y rompa con el mundo antes que el mundo haya roto con ellas? Las estadísticas, que demuestran el

número siempre creciente en terribles proporciones de esas Magdalenas pecadoras, nunca hablan de Magdalenas penitentes. Este prodigio de la gracia no se realiza mas que en la Iglesia, porque es evidente que solo en la Iglesia se encuentran la actividad y la abnegación del celo para arrancar las almas de su perdición; porque solo en la Iglesia se encuentran los asilos abiertos al arrepentimiento; porque en la Iglesia y por la Iglesia solamente los ejemplos virtuosos, las desgracias de la vida, la santa palabra y *la ley inmaculada de Dios* convierte á las almas; y porque, además, en la Iglesia católica se conserva el culto de María, cuyo recuerdo solo, cuyo solo nombre, y con mayor motivo la invocación de su auxilio, son una prenda de esperanza, que se transforma casi siempre en un medio de conversión.

Por consiguiente, el reproche que la herejía dirige á la Iglesia católica «de que hace consistir en ciertas prácticas piadosas hácia María el cumplimiento de todos los deberes de la religión,» es el colmo de la injusticia y de la sinrazón, porque, lejos de aprobar ó de convertir

en ley semejante abuso de la religion, la Iglesia lo condena como un crimen, lo anatematiza como un error.

Por otra parte, sabido es que, segun Lutero y Calvino, *la fe sola salva sin las obras; y que las buenas obras ó el cumplimiento de la ley de Dios, léjos de ser una condicion necesaria de la salvacion, son una injuria al poder de la gracia de Mediador*. Sabido es que, para justificar sus torpezas, Lutero en particular decia frecuentemente: «*He pecado; me gusta pecar y pecaré mientras pueda, con el fin de hacer triunfar en mí y por mí la gracia y la misericordia de Jesucristo.*» Sabido es que, considerada literalmente, la doctrina de estos heresiarcas es la reduccion de toda religion á un vago sentimiento de fe, y la muerte de toda virtud y de todo deber. Y ¿no es el grado sumo de la impudencia que sectarios de tales doctrinas, discípulos de semejantes maestros, imitadores de estos modelos, acusen á la Iglesia de que huella la moral, porque autoriza el culto de María, que es un estímulo mas y una garantía de la moral?

Por lo que respecta á los verdaderos católicos, tan instruidos en sus deberes como celosos en cumplirlos, estos conocen perfectamente, sin que los sectarios de Lutero y de Calvino se tomen la molestia de enseñárselo, el espíritu de la verdadera devocion hácia María, segun el Evangelio y la enseñanza de la Iglesia. Ellos, por consiguiente, no separan jamás el respeto y el amor de hijos hácia María de la fidelidad y la obediencia á Dios, de verdaderos discípulos de Jesucristo. Reverenciando y amando á María, obedecen á sus inspiraciones. Celebrando sus grandezas, se apresuran á imitar sus ejemplos. Recitando sus alabanzas y sus oraciones, no se olvidan de practicar sus virtudes. Confiando en su proteccion maternal, son tambien los fieles y amados discípulos de su Hijo.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

Mas sobre la eficacia del culto de María para conducir las almas á la virtud y á la verdad.

Conversiones que se verifican en Nuestra Señora de las Victorias en Paris. — Una conversion reciente por la invocacion de María. — Pruebas de que se han comprendido bien estas verdades en Inglaterra, y particularmente en Lóndres. — Las misiones católicas y las misiones protestantes. — Grandes triunfos que alcanzan los misioneros de la Iglesia entre los infieles por las hermanas de la Caridad y la exhibicion de las imágenes de María.

Centenares de miles de hechos, de que una sola iglesia de Paris, la de Nuestra Señora de las Victorias, es teatro y testigo, confirman todos los dias la verdad de estas observaciones. No citarémos mas que uno solo, ocurrido en la semana última con un oficial del ejército francés. Educado por una madre muy cristiana en los sentimientos de la verdadera piedad y en los ejercicios de la religion, habia por fin perdido todo esto en una escuela militar. Pero, á pesar de haber abandonado su fe, su inocen-

cia y todas sus prácticas religiosas, habia conservado un temor filial á la santa Vírgen. Durante veinticinco años de la vida mas libre y mas borrascosa, no habia dejado ni un solo dia de rezar su *Memorare, piissima Virgo*, y de encomendarse á la proteccion de la Reina del cielo y de la tierra. No todo es ventura en la via de las pasiones. Nuestro oficial no encontró en ellas mas que la perdicion completa de su alma, de su santidad, de su fortuna y de su consideracion. Desesperando, pues, como sucede frecuentemente, de hallar remedio á las desgracias de toda especie que cayeron sobre él al mismo tiempo, resolvió poner fin á una vida que ya habia llegado á ser para él una carga pesada. Un dia trató de asfixiarse; pero sea que no hubiese tomado para ello todas sus fatales precauciones, sea por disposicion del cielo, el hecho es que al dia siguiente se encontró vivo en la cama donde se habia echado para morir. Entonces determinó darse un tiro: pero antes de llevar á efecto este horrible designio, quiso ver, por la última vez, al único amigo que sus desgracias le habian dejado, y

confiarle una carta que contenia sus últimas disposiciones. En el camino pasó por delante de *Nuestra Señora de las Victorias*; una fuerza que no pudo dominar le obligó á entrar en la iglesia. Arrodillóse ante la imágen de la Santa Virgen, pronunció su invocacion diaria á María, y aun no habia concluido su oracion, cuando se halló en un instante enteramente variado. Habiendo penetrado la esperanza en el corazon, habia ahuyentado de él toda idea de suicidio, y el deseo de poner fin á sus dias habia sido reemplazado con la resolucion firme y sincera de poner término á sus desórdenes. En suma, una hora despues se hallaba á los piés de un sábio sacerdote de la Magdalena (el abate M. de Rayneval), y purificaba su alma con la confesion de sus faltas y con las lágrimas del arrepentimiento. Sabemos este hecho por boca del venerable eclesiástico citado, á quien el penitente autorizó para publicar estos pormenores de su conversion hasta que lo haga él mismo, en testimonio de su reconocimiento á María, y para la edificacion de la Iglesia.

Muchos volúmenes podrian llenarse con los prodigios de esta especie que el recuerdo ó la invocacion de María realizan todos los dias, resucitando la esperanza en las almas mas desesperadas.

Estas verdades han sido, á lo que parece, perfectamente comprendidas por los doctores *puseistas* de Inglaterra. Con el fin de atraer á sus conciudadanos al catolicismo, luchan hace muchos años con las armas de la ciencia y del celo para rehabilitar la confesion y la presencia real. Pero antes de abordar estos misterios del Hijo, habian ya combatido las preocupaciones protestantes relativas al culto de la Madre. Lo primero que hicieron antes de emprender esta cruzada contra los enemigos de la Iglesia, fué poner nuevamente en sus templos la imágen de la Santa Virgen con su divino Hijo niño en sus brazos, y encender luces delante de ella. Esto se llama principiar por el principio. Antes de reunir soldados, es necesario alzar una bandera; y las imágenes de la Madre de Jesucristo, restituidas al culto de los cristianos, son esa bandera que indica que el

objeto de este nuevo combate no es otro que el triunfo de los dogmas de la Iglesia.

Se nos asegura que á consecuencia de los cambios materiales que han hecho en la ciudad de Lóndres, casi ninguna calle queda con su antiguo nombre, y que solo conservan el suyo las que llevan desde tiempo inmemorial uno de los nombres de la Santa Virgen. Así, pues, el protestantismo, que en su furor sacrilego ha derribado las estatuas y las imágenes de la augusta María en las calles y en las plazas públicas, conserva al menos, con el nombre, el recuerdo de la Madre de Dios, antigua patrona de Lóndres. Este hecho es de buen agüero. No está muy léjos el tiempo en que el nombre de María restablecerá su culto en esta ciudad, y en que el culto verdadero de la Madre la atraerá á la verdadera religion del Hijo. Hechos misteriosos é inexplicables pasan en este momento en la soberbia Albion. Es el trabajo de Dios, que vuelve á conducir por vias inefables á este pueblo, mercader de los bienes de la tierra, á la conquista de los bienes del cielo, con su vuelta á la unidad de la

verdadera fe. Pero este gran acontecimiento, que colmará de asombro y de alegría al universo, no se verificará sino bajo el patrocinio de María, á quien los católicos ingleses imploran á su vez en sus incesantes oraciones para obtener la conversion de su patria.

En los países católicos, particularmente en Italia, todas las misiones principian con la exposicion del Crucifijo y de una imágen de María con el divino Niño en sus brazos á la vista y á la veneracion de los pueblos que se pretende evangelizar. El Crucifijo, representando el exceso de la caridad de un Dios muerto en la Cruz por la salvacion del hombre, recuerda que el camino para ir á Dios se encuentra todo regado y abierto por la sangre y los méritos de Jesucristo. Y la imágen de la Santa Virgen, que representa á este mismo Dios, ya hijo suyo, recuerda que el camino para ir á Jesucristo se halla facilitado por la intercesion y las súplicas de María. Con estos dos signos, pues, con estos dos estandartes de la paz, se previene á los hombres, á quienes se va á dirigir, que no se les lleva mas que el perdon de Dios. Lo

cual equivale á leerles estas tiernas palabras de S. Pablo: «Tenemos que cumplir una mision con vosotros en nombre de Jesucristo; la de rogaros que os reconcilieis con Dios: *Pro Christo legatione fungimur, obsecrantes vos reconciliamini Deo.*» A estos piadosos artificios del celo deben nuestros misioneros gran parte de sus triunfos, y el que se realice esta magnifica prediccion del Profeta relativamente á los misioneros de la Iglesia: «¡Cuán bellos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes del cielo: *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona* (Rom., x).»

No puede decirse lo mismo de esos cómicos de mal gusto que la herejía manda por el mundo con el engañoso título de *misioneros evangélicos*; porque si van á los pueblos paganos, lo hacen menos por llevarles los bienes del cielo, que para despojarles de los bienes de la tierra. Es muy natural. ¿Qué quereis que hagan ni que adelanten con la Biblia, que reparten sin explicarla, por la sencilla razon de que ellos mismos no la comprenden? Qué quereis

que hagan con sus frios discursos, que no dicen nada de cierto al espíritu, nada tierno al corazón? Qué quereis que hagan, cuidando de no llevar consigo imágenes del Dios crucificado y de su caritativa Madre, estos poderosos medios para hacer penetrar por conducto de los ojos la verdad en el alma, revelársela y hacérsela amar? Así, pues, no prometiéndolo en primer lugar ni *la paz ni el bien*, sus piés nada tienen de *bellos*. Ellos ahuyentan mas que atraen á los pueblos, y solo inspiran temor en vez de confianza, odio en vez de amor, á la religion cristiana.

La historia de las misiones católicas, aun en nuestros dias, ofrece numerosas pruebas de la verdad de estas observaciones. S. Pablo ha dicho «que lo espiritual, aunque ocupa el primer lugar en el orden de la dignidad, viene siempre despues de lo corporal en el orden del tiempo: *Prius quod animale, deinde quod spirituale* (1 Corinth., xv, 46).» Hé ahí por qué los enviados de la Iglesia para evangelizar á los bárbaros y á los salvajes, emplean todas las industrias de su infatigable celo para for-

mar con ellos hombres antes de ocuparse en formar cristianos, y principian mejorando la condicion de sus cuerpos antes de emprender la conquista de sus almas. Con este fin se valen de *Hijas de la Caridad* y de religiosas, prodigios vivos del poder del espíritu católico, para atraer las mujeres y los niños, y solo por este medio logran domesticar á los hombres, muchas veces mas feroces y mas crueles que las fieras que forman su compañía. Todo esto es sabido; lo que no se sabe tanto es que el espíritu de inteligencia de estos verdaderos apóstoles, espíritu prodigioso cuanto sublime su abnegacion, les sugiere la idea de poner á María delante de Jesucristo en el orden de la instruccion, así como ponen la mujer antes que el hombre para la aplicacion de los medios de caridad. Las imágenes de la divina Madre son lo primero que presentan á los ojos de aquellos séres degenerados de la humanidad hasta en las formas, y de esta manera consiguen interesarlos en oír hablar del Hijo divino. Despues de indicarles el misterio de la maternidad de María, logran mas fácilmente

hacerles gustar el misterio de la divinidad de Jesucristo. Y despues de hablarles de Jesus niño en el seno de María, consiguen ser escuchados con mas atencion cuando les hablan de Jesus crucificado en presencia de María. Muchas veces la simple contemplacion de la imagen de María con el divino Niño en sus brazos, es una predicacion mas elocuente y mas eficaz que los mas largos discursos. Y es que la enseñanza de la fe se reasume con una gracia particular en los misterios de María, así como la práctica del amor cristiano se presenta con encantos particulares en las hermanas de la Caridad. De ahí nace la precaucion de los verdaderos *evangelizadores de la paz* de llevar consigo en sus santas expediciones un número tan grande de imágenes de la santa Virgen, como de cruces del Señor. De manera que no solo con la proteccion invisible de María, sino tambien con la exhibicion material y con el culto de María, es con lo que obtienen triunfos tan maravillosos como rápidos, y con lo que María misma justifica el título que le ha dado la Iglesia de REINA DE LOS APÓSTOLES.

CAPITULO DÉCIMOQUINTO.

Del culto de Maria como origen de esperanza para los pecadores y los impíos.

Lo que muchas veces impide al pecador volver á Dios es el temor de la justicia. — Nada más eficaz para disipar este temor que la invocacion y el culto de Maria. — Por este medio se hacen las grandes conversiones en la Iglesia. — El olvido de toda práctica piadosa respecto á Maria conduce generalmente los corazones extraviados á endurecerse en el pecado. — Necesidad de insistir en estas consideraciones. — Los grandes pecadores y los grandes impíos no son más que grandes desesperados. — Importancia de las prácticas católicas que inspiran la esperanza. — En este solo hecho podria reconocerse que el catolicismo es la verdad. — El protestantismo y la filosofia no predicán ni pueden predicar otra cosa que la desesperacion, probando de este modo que no son más que error é inspiracion de Satanás.

El apóstol S. Juan dirigia á los primeros cristianos estas tiernas palabras: «Hijos míos, os escribo esto para que no pequeis, y para que, si alguno de vosotros tiene la desgracia de caer en el pecado, recuerde que tenemos por abogado nuestro para con el Padre á Jesucristo, al Justo por excelencia, y que él es

tambien propiciacion para nuestros pecados; no solo para los nuestros, sino tambien para los de todo el mundo: *Filioli mei, hæc scribo vobis ut non peccetis; sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum, Justum. Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris tantum, sed etiam pro totius mundi* (1 Joan., 2).»

Sin embargo, es más frecuente de lo que se cree que el pecador que ha pasado largos años en el desórden, consternado á la idea del número y de la gravedad de sus culpas, desalentado en vista de la perversidad de su corazón, aterrado por el pensamiento de la severidad de Jesucristo, juez temible de vivos y muertos, no se atreva á recurrir á su misericordia y pedirle un perdon que no espera alcanzar. Se engaña sin duda en dudar de los tesoros de la bondad del Dios-Salvador: es además por parte del pecador añadir un nuevo crimen, y el más grave de todos, á sus antiguos crímenes, el creer que Dios no es siempre infinitamente más misericordioso que perverso el hombre. Pero no por esto deja de ser un

caso muy comun en la historia de los pecadores, gracias á los artificios y á las sugerencias del enemigo de su salvacion. Porque su táctica ordinaria es alentar al hombre á los pecados mas grandes antes de hacérselos cometer, persuadiéndole que Dios lo perdona todo, y haciéndole desesperar del perdon despues de haberlos cometido, haciéndole creer que Dios no se los perdonará. En semejante caso, san Bernárdo acaba de decírnoslo, nada mas útil y eficaz que acudir á María; la invocacion de María : *Si criminum immanitate turbatus, si conscientiae foeditate confusus, si iudicii horrore perterritus, barathro incipias absorberi tristitiae, desperationis abyssu, cogita Mariam.*

En efecto, la historia de las grandes conversiones de los pecadores que se verifican todos los dias en la Iglesia, nos atestigua que todas ellas principian recurriendo á María, REFUGIO DE PECADORES. Examinando atentamente la vida de estos cristianos que de vez en cuando vienen á regocijar á la Iglesia con su conversion y su arrepentimiento, tanto como la habian afligido con el escándalo de sus vicios, se

ve que en medio de todos sus desórdenes habian conservado algunas prácticas piadosas en honor de María. Estas prácticas les salvaron del abismo de la desesperacion; y, cuando movidos por la gracia, han pensado en corregir su vida, les han hecho encontrar en el fondo del corazon un resto de esperanza. Recurriendo á la mediacion de la buena Madre María, han creído posible su conversion al Señor. La gracia de Jesucristo es sin duda la que les que ha conquistado, porque toda gracia es de él y viene de él; pero esta misma gracia, como otra cualquiera (S. Bernárdo acaba de decírnoslo tambien), ha pasado por las manos de María : *Omnia nos habere voluit per Mariam.*

Vemos, pues, que así como no se vuelve á Dios sino por Jesucristo, tampoco se vuelve á Jesucristo sino por María, y ninguna conversion se efectúa sin que Maria haya tomado alguna parte en ella, así por los ruegos que dirige á Jesucristo en favor de los pecadores, como por la confianza que inspira á los pecadores en la bondad de Jesucristo.

Al contrario, esos grandes culpables, cuya vida de escándalos y de pecados acaba en el endurecimiento del corazón y en la desesperación, no son generalmente mas que hombres que han olvidado toda práctica religiosa al mismo tiempo que todo deber; hombres que han hollado todo signo de devoción hacia María, al mismo tiempo que todas las leyes de Jesucristo; hombres que han roto completamente con Dios, con todo lo que recuerda á Dios, y con todo lo que conduce á Dios. ¿Qué tiene, pues, de extraño que semejantes hombres, que han cortado con sus propias manos todos los acueductos de la gracia, se hallen en el último momento desprovistos de toda gracia, y mueran en el pecado en que han vivido?

No nos cansaremos de insistir en estas consideraciones. El corazón del hombre es un abismo cuyas profundidades ocultan, bajo engañosas apariencias, terribles misterios. El sentimiento de la desesperación es mucho mas comun de lo que se cree entre los hombres mas avezados á la perpetración del crimen y á la profesión de la blasfemia y del error. El

hombre, creado para la verdad, que es el bien del espíritu, como el bien es la verdad del corazón, no podría, sin padecer con ello, existir siempre sin el bien y sin la verdad; y los placeres de la voluptuosidad y del orgullo no siempre bastan para hacerle sufrir la ausencia ó pérdida de aquellos. Aun los hombres que están muy adelantados en la senda del mal y del error experimentan muchas veces una necesidad irresistible de bien y de verdad para llenar el vacío de su alma. ¿Por qué, pues, no vuelven á la vida que sienten haber abandonado? Por qué, pues, no se detienen en su carrera funesta que á cada paso maldicen? Por qué no rompen las cadenas que riegan con sus lágrimas en los momentos de silencio y de soledad? Porque desesperan de poder reparar el mal que han hecho y de recuperar las alturas de que han caído. Viéndoles tranquilos en su estado de rebelión contra todas las creencias y contra todos los deberes, diríase que gozan con la paz de sus negaciones. Mas, no es así; esta aparente tranquilidad, dice la Sagrada Escritura, oculta las tempestades que

agitan completamente sus corazones : *Cor impii quasi mare fervens, quod quiescere non potest* (Isaias, LVII). Su dicha es falsa, su desesperacion verdadera. Solo viviendo en la horrible persuasion de que su perdicion no tiene remedio, han tomado su partido, y solo porque se ven en el fondo de un abismo insondable, aparentan despreciar y aun rechazar los medios que se les indican para salir de él : *Impius, cum in profundum venerit, contemnet* (Prov., LX). Es mas : irritados contra estos mismos remedios, cuyos beneficios no creen poder ya experimentar, su desesperacion se convierte en rabia, de donde nace tambien su furor de blasfemar contra la religion, y de querer extinguirla del corazon de los demás, con el fin de hacerles partícipes de los tormentos de su propio corazon.

¡Oh! si ellos pudieran esperar que podrian reconciliarse con el deber y con la fe, cesarian al instante mismo de combatirlos. Los maldicen solamente porque desesperan de alcanzarlos. Así es que no necesitan demostraciones, sino estímulos; y su mayor miseria y su

fatal enfermedad está menos en el espíritu que en el corazon.

Véase, pues, cuán importantes y preciosas son esas prácticas de la piedad católica, y sobre todo el culto de María, la devocion á María, de que se burlan sin comprenderlos la incredulidad y la herejía. Estos son los hilos secretos con cuyo auxilio se puede salir del laberinto del mal, eslabones ocultos que ponen al hombre en comunicacion con Dios, aun estando léjos de él; conductos subterráneos por los cuales las aguas de la gracia brotan en las almas que la desesperacion ha secado, quebrantan la dureza que las esteriliza, y hacen germinar en ellas la esperanza que las consuela y las salva.

En este solo hecho, á falta de otro, podria conocerse que solo el catolicismo es verdadero; porque solo sus doctrinas y sus prácticas ofrecen remedios poderosos contra todas las miserias del hombre y contra todos sus dolores.

Al contrario, ¿qué hace el protestantismo? Ha abolido la confesion, el dogma de la Pre-

sencia Real y el culto de María; esto es, los bálsamos para todas las llagas del alma, las fuentes de todo consuelo y de toda esperanza.

Lo mismo sucede con la filosofía incrédula, con la diferencia de que no se contenta con combatir, valiéndose de la mentira, de la calumnia, de la blasfemia y del ridículo, todas las prácticas y las doctrinas de la religión, de las cuales nace la esperanza, sino que además niega también la esperanza. M. Renan, uno de sus más fieles y de sus más horribles órganos, en la introducción al libro de Job, que acaba de publicar, y que los periódicos que sirven la misma causa han reproducido con gozo infernal, ha dicho en estos términos: «Los únicos que consiguen encontrar el secreto de la vida, son los que saben ahogar sus tristezas interiores y EXISTIR SIN LA ESPERANZA.» Esta, como se ve, es la moral del estoicismo antiguo, que decía al hombre: «La felicidad consiste en ahogar uno en sí mismo todo sentimiento de los dolores internos; el que no puede conseguirlo, dése la muerte.»

Y nada mejor que esto prueba que la here-

jía y la filosofía, que es su última palabra, son error; porque quitar al hombre todo bien interior, hasta la esperanza, es el colmo de la crueldad; y la crueldad ó el odio al hombre es uno de los caracteres propios del error, como la caridad ó el amor al hombre es uno de los caracteres propios de la verdad.

Esto es horrible ciertamente, pero lógico; porque, en primer lugar, la esperanza no es otra cosa que la eflorescencia de la fe: esperar, es creer en la existencia de un bien que no se posee: donde no hay fe no hay esperanza. Y el principio fundamental de toda herejía, y del protestantismo en particular, es la libertad para cada uno de creer lo que quiera y como quiera, por la autoridad de su propia razón. Si en las comuniones protestantes el pueblo conserva un resto de fe, es porque no ha tomado por lo serio el protestantismo, y porque, á pesar del principio protestante, conserva todavía su creencia en Jesucristo, por el testimonio de *la Iglesia establecida*, y no por testimonio de la razón individual. Pero el verdadero protestante, cuyo símbolo se reasume

en estas palabras : «Yo no creo mas que en mí mismo,» puede muy bien decir : *yo pienso, yo opino, me parece* ; pero no puede decir : yo CREO. Puede tener *opiniones*, pero no *dogmas*. El verdadero protestantismo nada puede enseñar de cierto, de exacto, de uniforme, de estable ; es decir, nada que pueda ser objeto de una ciencia firme y absoluta, un objeto de fe. Es, pues, la destruccion radical de toda fe, y por consiguiente de toda esperanza. Porque la doctrina que no puede formular de una manera exacta y cierta lo que se debe creer, tampoco puede formular lo que se debe esperar.

La filosofía incrédula, que no es otra cosa que el desarrollo completo del principio protestante, ha llegado á las mismas consecuencias. De negacion en negacion, despues de negar la inmortalidad del alma, todo dogma, toda moral, todo culto, todo ser espiritual y toda divinidad, ha negado toda certidumbre, toda verdad, toda razon, concluyendo por negarse á sí misma. No habiendo, pues, conservado para sí misma, mal podria enseñar nada á los demás ; y no pudiendo decirles

¡ creed! tampoco podria decirles *¡ esperad!* Hé ahí por qué, despues de haber predicado la incredulidad, ha venido á predicar tambien la desesperacion.

En segundo lugar, todos los heresiarcas, como todos los maestros de incredulidad (segun acabamos de ver), reciben sus inspiraciones solamente de Satanás, y trabajan únicamente en separar á la tierra del cielo y en restablecer en ella el reinado del infierno. Y la divisa del reinado del infierno es : RENUNCIAD Á TODA ESPERANZA, OH VOSOTROS, LOS QUE ENTRAIS AQUÍ : *Uscite di speranza, oh voi che entrate*. Queriendo, pues, ser consecuentes con el principio que les guia, y fieles al maestro que les inspira, deben enseñarse contra todo dogma consolador, contra toda práctica religiosa capaz de elevar el corazon á la esperanza, y no predicar mas doctrina que la de la desesperacion. Satélites de EL ENEMIGO DEL HOMBRE, de quien se ha escrito : «Era homicida desde el principio : *homicida erat ab initio* (Joan., VIII),» no pueden respirar otra cosa que odio al hombre, ni trabajar mas que en su desgracia y en su muerte.

CAPITULO ULTIMO.

Del culto de María como fuente de consuelo y de alegría.

La alegría es el carácter propio de los pueblos católicos, como la tristeza lo es de los pueblos protestantes.—Explicacion de este fenómeno por el hecho de que la Fé, la Esperanza y la Caridad, fuentes de la verdadera alegría, no se encuentran mas que en la Iglesia.—Influencia del culto de María en la conservacion de estas virtudes, y el contento del alma que de ellas resulta.—Un viaje á Suiza.—Tristeza que se respira en los cantones protestantes de este país, y razon de este fenómeno.—La Iglesia proclama tambien que el culto de María es una fuente de consuelos para los pueblos cristianos.—Conclusion.

Hé aquí, por último, una cosa muy notable, aunque no bastante notada. Uno de los caracteres propios de las poblaciones católicas y que las distingue de las poblaciones protestantes ó incrédulas, es la alegría. Recórranse la España, la Italia, la Irlanda y la Francia, y se observará la alegría en todas partes; al paso que el viajero que visita la Alemania ó la

Suiza, la Inglaterra ó la Holanda protestantes, queda sorprendido al ver cierto aire sombrío, pensativo, receloso, pintado en todas las fisonomías, como una mala exhalacion de un cuerpo enfermo; aire que se considera como seriedad, no siendo otra cosa que tristeza.

Y no es porque el placer esté desterrado de dichos países: todo lo contrario: Lóndres, Edimburgo, Berlin, la Haya, Berna, Stutgardt y Stockolmo son ciudades en donde hay muchas diversiones, y donde se hacen muchos sacrificios á los placeres y al vicio. Pero el placer no es la alegría, como el dolor no es la tristeza. Se puede muy bien estar triste en medio de placeres, y estar resignado, tranquilo y aun contento en medio de la miseria y del sufrimiento. En efecto, allí donde, como en Alsacia, por ejemplo, hay municipios protestantes en medio de municipios católicos, y donde los primeros son mas que los últimos por la riqueza y por las comodidades, estos, como nosotros mismos lo hemos observado, son mas dichosos que aquellos por la tranquilidad de su espíritu y la alegría de su carácter.

Nosotros mismos hemos visto muchas de aquellas pobres poblaciones católicas esperando de rodillas el tránsito de su obispo, y recibiendo su bendición apostólica con el aspecto de una inefable dicha; mientras que las poblaciones protestantes, atraídas por la curiosidad al paso del prelado, no ofrecían á nuestras miradas afligidas mas que una multitud de hombres, de mujeres y de niños rígidos, helados y tristes; parecían almas atormentadas por los remordimientos ó abrumadas por el dolor.

Repito que la vista de todo esto aflige; pero todo esto es lo que debe ser. La alegría no es otra cosa que la sensación viva y agradable que el alma experimenta y que manifiesta al exterior con la posesión de un bien. El verdadero bien del hombre, el único que puede llenarle de un contento puro y permanente, es Dios, que la inteligencia posee por la fe y el corazón por la gracia. El protestantismo, como acabamos de demostrarlo, no pudiendo dar la fe cierta y completa ni la gracia santificadora, porque ha agotado todas las fuentes de ellas, rigurosamente hablando, no puede dar

Dios al hombre á quien él engaña y á quien él extravía. Preguntado si Jesucristo es Dios y si es el autor de toda gracia en la vida presente, y de toda felicidad en la vida futura, el verdadero protestante no puede responder mas que «tal vez.» Pero el *tal vez* no es lo que puede engendrar la fe. Así, pues, la enseñanza protestante, bien sea oral, bien escrita, jamás hace otra cosa que disputar hasta sobre los dogmas fundamentales de la religión, esforzándose vanamente para ayudar á la razón, último juez de la fe, y autorizar la duda por el medio mismo con que pretende desvanecerla. Lo único que puede conseguir es destruir, en vez de robustecer la fe, que un resto de hábitos católicos había dejado subsistir en el pueblo. De este modo ha logrado al fin transformar en pueblos inquisidores de la verdad á pueblos que en otro tiempo creían en la verdad.

En efecto, esos pueblos desgraciados, considerándolo atentamente, conservan la fe como una preocupación, mas bien que como una convicción firme é inmutable. Leen todos los días la Biblia, menos por recibir de ella, co-

mo lo hacen los católicos, el consuelo y la firmeza de la esperanza, que por encontrar la certidumbre de la fe. Son, pues, investigadores, y por consiguiente no poseedores de la verdad, y mucho menos de la gracia. Pero el hombre que busca es el hombre receloso, el hombre preocupado; la alegría es el patrimonio exclusivo del hombre que posee. Hé ahí, pues, por qué la alegría pública constante, universal, es uno de los caracteres distintivos de los pueblos católicos.

En segundo lugar, la esperanza se diferencia de la fe en que espera lo que la otra posee. Pero esperar un bien con la certidumbre de lograrlo, es en cierto modo poseerlo. La esperanza, pues, cuando está fundada sobre bases sólidas, cuando es entera y perfecta, hace considerar como poseído ya el bien por el que suspira, y por tanto engendra también el contento que resulta de la posesión del bien. Pero la esperanza, no teniendo su razón de ser más que en la fe, porque solo se espera cuando se cree, sigue también todas las condiciones de esta. Una fe incierta é investigadora no

podría producir otra cosa que una esperanza de la misma naturaleza: semejante esperanza es más un deseo del bien que la certidumbre de poseerlo; deja subsistir en el alma el vacío de la ausencia del bien, y las preocupaciones y los recelos, que son su consecuencia. Y esa es la esperanza que nace de la fe protestante. Como se ve, es imposible que engendre la alegría.

En tercer lugar, la alegría, esta irradiación exterior de la dicha interior del alma, es el don del amor. Un corazón que no ama es, pues, un corazón extraño á la alegría. Y protestar es negar, y negar es aborrecer, así como creer es afirmar, y afirmar es amar. El verdadero protestante es, pues, el hombre que aborrece, así como el verdadero católico es el hombre que ama. Así, pues, el odio forma la base del ser moral en nuestros hermanos separados, como el amor forma la base del ser moral en nosotros. De ahí el egoísmo que domina á los pueblos protestantes, porque el odio es el sentimiento de un corazón egoísta y concentrado en sí mismo; y de ahí también la

abnegacion tan característica y tan propia de las naciones católicas; porque el amor es el sentimiento del corazon, que se derrama fuera de sí mismo: esta es la tercera razon por la cual, salvo las excepciones que siempre se encuentran en los lados opuestos, no se observa mas que en los pueblos que se mantienen fieles á la fe de la Iglesia la alegría, hija del amor.

Acabamos de ver que uno de los preciosos efectos del culto de María es aumentar en los que le practican la fe, la esperanza y la caridad, y de prestar á estas virtudes, que constituyen al cristiano, un encanto particular y una especie de actividad, de poder y de vida. Así, pues, como la paz del alma es proporcionada al vigor y á la firmeza de dichas virtudes, es evidente que el culto de María es y debe ser una fuente de contento para el alma fiel.

Los protestantes nos elogian su recogimiento en el templo, y nos censuran el *aire gozoso* con que estamos en nuestras iglesias. Pero, bien mirado, ese recogimiento no es otra cosa que la taciturnidad del temor, mien-

tras que la alegría de los católicos es el enajenamiento del amor. Ellos han quitado de las iglesias, de que nos han despojado, las imágenes de María, y las imágenes de Jesucristo poco despues. Lo mismo que cuando vivia en la tierra, ahora que está en el cielo, Jesucristo se encuentra en brazos de María y con María; *Cum Maria, Matre ejus*; y allí de donde sale la divina Madre, en vano se buscaria al divino Niño. Condenando el culto de María, han proscrito el culto del Hijo; porque este culto se reasume en el sacrificio de la misa, y la abolicion de la misa es la abolicion de todo culto, de todo sacrificio, de toda la religion. Diríase que son judíos reunidos para llorar sobre las ruinas del templo de Jerusalem al Dios que ha salido de él; diríase que se reúnen, no para tributar homenaje al Dios que está allí, sino para sentir al Dios que ya no está allí.

Asistir á la CENA, escuchar un discurso que nadie está obligado á creer, ni aun el mismo que lo pronuncia, y cantar salmos, son cosas que nada tienen de sério, que no constituyen

un culto, ni sirven mas que para probar la ausencia de todo culto. Son, á lo sumo, un resto del culto del Sinai, con que se ha reemplazado al culto del Calvario; el culto del espíritu sustituyendo al culto del corazon, ó el culto del respeto y del razonamiento que se practica á falta del culto de la fe, de la esperanza y del amor; en fin, lo repetimos otra vez aquí, un culto indiferente como el exámen, frio como la razon, receloso como la duda, seco como el error, vacío como la nada, desgarrador como los remordimientos, funesto como la desesperacion. Es un culto que no deja comprender á los que le siguen lo que han perdido perdiendo el culto que penetra el alma con las mas dulces emociones, que le inspira los sentimientos mas delicados, que la eleva, que la llena de Dios, que la colma, que la satisface y la hace feliz. Hé ahí por qué esos desgraciados cristianos, despues de asistir á lo que llaman ellos *el servicio divino*, salen del templo tristes y sérios, mientras que los católicos que acababan de oír misa y practicado los ejercicios que la acompañan, salen de la iglesia con el rostro

radiante de alegría. ¿Cómo sucederia de otro modo? Aquellos han ejecutado una ceremonia convencional y de institucion humana, que nada ha dicho á su espíritu ni á su corazon, al paso que estos han cumplido un deber de institucion divina, ofrecido á Dios el SACRIFICIO DE LOS SIGLOS, y dirigido al divino Salvador sus oraciones por medio de su augusta Madre, y mezclando las alabanzas de la Madre con las del Hijo, se han elevado al cielo, y vuelto á la tierra llenos de Dios.

En un corto viaje que hicimos á Suiza, quisimos visitar principalmente la antigua catedral católica de Basilea, convertida en templo protestante. Nos costó sumo trabajo conseguir que se nos abriesen sus puertas, porque en el trascurso de la semana está aquel templo siempre cerrado, y únicamente lo visitan algunos curiosos mediante una retribucion. Y en efecto, ¿qué iria á hacer el cristiano en un edificio que ya nada tiene de religioso, que ya no es santificado ni por la ofrenda DEL SACRIFICIO DEL ALTAR, ni por la PRESENCIA REAL; al que se ha despojado de todas las imágenes del Salva-

dor, de la Virgen y de los santos, y en donde ni una cruz indica que sea un lugar sagrado? Por nuestra parte sentimos el corazón afligido; y á vista del antiguo altar reemplazado por una mesa; del santuario de los ministros del Señor reservado ahora á los representantes de la ciudad; de los sepulcros profanados, de las estatuas mutiladas, de todos los recuerdos católicos borrados, no pudimos menos de decirnos: *Satanás ha pasado por aquí.*

Esta viudez de los templos de todo objeto religioso se encuentra en las ciudades. Ni una cruz, ni una imagen de la Madre de Dios, ni una señal que revele al extranjero que sus piés pisan un suelo cristiano. En vista de esto, al punto nos explicamos el afán de dichas poblaciones para ganar dinero por todos los medios, y proporcionarse las comodidades y delicias de la tierra, como hombres desheredados de las esperanzas del cielo, y la rudeza de carácter, el espíritu de desconfianza, el aire inquieto y sério que se revela en sus conversaciones y en sus modales, y que no son otra cosa que síntomas de la tristeza habitual del

corazón. Al contrario; allí donde el signo de la Redención y las estatuas y la imagen de la Virgen, que son sus compañeras inseparables, no han quedado solo en las iglesias, sino en las calles, en las plazas y en los caminos públicos; allí donde estos emblemas de la fe, de la esperanza y del amor anuncian al viajero poblaciones católicas, hemos notado mas franqueza, mas sencillez, mas respeto al hombre, mas aspiración á la verdadera libertad de espíritu y á la paz del corazón, y sobre todo mas alegría.

Este espectáculo nos ha compensado ciertamente de las penosas impresiones que habíamos recibido atravesando los cantones protestantes; pero no lo suficiente para darnos el valor de seguir adelante en la visita de aquel país. Nos apresuramos á regresar, y solo llegando á San Luis, ciudad de la frontera de Francia, sentimos dilatarse nuestro corazón, y creímos respirar con mas desahogo.

Esta virtud del culto de la Santa Virgen, de inspirar alegría á los pueblos cristianos, cuyas delicias forma ella, está consignada y procla-

mada elocuentemente en la liturgia de la Iglesia. En las *Letanias lauretanas*, la Iglesia llama á María CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA : *Causa nostræ lætitiæ*. En la oracion que hemos recordado anteriormente, declara tambien á Dios que las fiestas de María son siempre un objeto de alegría para el pueblo cristiano : *Cujus commemoratione lætamur*. Al celebrar los misterios mas gozosos del Señor, como el de su gloriosa Resurreccion, nunca se olvida la Iglesia de recordarnos que María tiene alguna parte en el santo júbilo que aquellos nos inspiran, y dice : « ¡Oh Dios ! que con la Resurreccion de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, te has dignado regocijar al universo ; rogámoste que nos concedas la gracia de poder alcanzar los goces de la vida eterna por la intercesion de su Virgen Madre María : *Deus, qui per resurrectionem Filii tui Domini nostri Jesu Christi, mundum lætificare dignatus es ; præsta, quæsumus, ut per ejus Genitricem Virginem Mariam perpetuè capiamus gaudia vitæ.* » En el oficio de la Concepcion y de la Natividad de María, la Iglesia canta durante toda la octava de estas solem-

nidades la siguiente antífona : « Tu Concepcion (ó tu Natividad), oh Virgen Madre de Dios, ha sido la señal de una grande alegría para el universo entero ; porque de tí salió el Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, que aboliendo la maldicion, nos trajo la bendicion, y confundiendo á la muerte, nos dió la vida eterna : *Conceptio (vel Nativitas tua), Dei Genitrix, Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo, ex te enim ortus est Sol justitiæ, Christus Deus noster, qui solvens maledictionem dedit nobis benedictionem, et confundens mortem, donavit nobis vitam sempiternam.* »

En estas mismas festividades repite muchas veces al dia lo siguiente : « Celebremos con piadosa satisfaccion la Natividad de la bienaventurada María, á fin de que interceda por nosotros con nuestro Señor Jesucristo : *Cum jucunditate Nativitatem Beatæ Mariæ celebremus, ut ipsa pro nobis intercedat apud Dominum Jesum Christum.* » En efecto, los verdaderos católicos saben muy bien que al aproximarse las solemnidades la Santa Virgen, toda alma cristiana se siente mejor, y el recuerdo de sus

grandezas y de sus privilegios, igualmente que la contemplacion de sus imágenes y la invocacion de su nombre, hacen temblar el corazon con la alegría mas pura.

Finalmente, el culto de la augusta Virgen María, fuente preciosa de consuelo y de esperanza para el cristiano durante su vida, lo es mas aun en el momento de su muerte. Asistiendo á los moribundos, hemos observado constantemente que las almas piadosas que han vivido en las prácticas de la verdadera devocion de María, mueren en los sentimientos de la resignacion, de la paz, de la confianza y de la dicha; que aun aquellos que tienen alguna cosa de que culparse, no son conducidos al arrepentimiento y á la esperanza del perdon de Jesucristo, sino alentados por el recuerdo de la caridad de María para los pecadores, por la contemplacion de sus imágenes, é invocando su proteccion; que el verdadero cristiano al espirar pronuncia con delicia y alegría los santos nombres de Jesus y de María; y que, articulando estos nombres tan dulces y tan poderosos en su último instante,

se cree en posesion de la gracia del perdon y de la felicidad del cielo.

Fieles hijos de la Iglesia, comprended, pues, los inmensos bienes que debeis esperar venerando á la Madre de Dios como á vuestra propia madre, y vertiendo lágrimas por aquellos de nuestros hermanos á quienes la herejía, arrancándoles del seno de la Iglesia, ha hecho tan desgraciados; continuad con el fervor de vuestros sentimientos, con la fidelidad y la constancia de vuestro culto hácia María, gustando las dulzuras, las delicias y los encantos de la piedad católica, la cual, haciéndoos mejores y mas dichosos al mismo tiempo, es una prenda mas de vuestra salvacion en la eternidad.

Paris, 10 de diciembre de 1858.

EL P. VENTURA DE RAULICA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA DE MATERIAS.

INTRODUCCION.

Páginas.

Estado actual de los espíritus con relacion al culto de María.—*Las Letanias ilustradas*.—Ocasión de este tratado.—El autor lo ha compuesto para manifestar á María su agradecimiento por lo que debe á su proteccion.—Division de la obra en dos partes.—Interés y variedad de las materias que en ella se tratan. 1

CAPITULO PRIMERO.

DEL CULTO DE MARÍA EN SUS RELACIONES CON EL CULTO QUE SE DEBE Á DIOS.

Palabras de S. Bernardo, que contienen toda la economía del culto de María.—La Iglesia ha aprendido al pié de la cruz de Jesucristo á venerar á su Madre.—La acusacion que la herejia le dirige de tributar á María un culto que no tiene razon de ser en la Biblia, es refutada con diferentes testimonios de la Biblia.—Los protestantes, á imitacion de los judíos, leen la Biblia sin comprenderla.—Las tres especies de culto establecidas en la Iglesia.—El que la Iglesia rinde á María es independiente del que tributa á Dios.—La *Salutacion angelica*, la *Salve*, *Regina*, el *Ave*, *maris Stella*.—Las cinco partes de las *Letanias*.—La Iglesia no reconoce en María mas que un poder de intercesion. 7

CAPITULO II.

DEL CULTO DE MARÍA EN SUS RELACIONES CON EL DOGMA DE LA MEDIACION DE JESUCRISTO.

Objecion de la herejia contra el poder de intercesion que la Iglesia atribuye á María.—Este poder de María

está basado en la parte que ella tomó en los misterios de la Redencion.—Resulta evidentemente de un gran número de pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, que léjos de perjudicar á la eficacia de la mediacion de Jesucristo, la confirma y la honra. 24

CAPITULO III.

TESTIMONIOS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA EN FAVOR DEL CULTO DE MARÍA.

Lo que los Padres de la Iglesia han pensado y practicado respecto al culto de la Santa Virgen.—Cítanse algunos de sus testimonios.—El lector católico los verá con gusto.—Testimonios de S. Agustin, de S. Juan Crisóstomo, de S. Bernardo y de S. Alfonso de Liguori.—Catálogo de los principales Padres y Doctores que han escrito en el mismo sentido.—Imponente autoridad de esos hombres dotados con todos los talentos y con todas las virtudes, comparada con la autoridad de los heresiarcas, hombres de todos los vicios y de todos los errores.—Necesidad de reconocer que el espíritu de Dios ha inspirado á los unos, y el espíritu de Satanás á los otros. 37

CAPITULO IV.

DE LA TRADICION DE LA IGLESIA Y DEL TESTIMONIO DE LOS PUEBLOS EN FAVOR DEL CULTO DE LA MADRE DE DIOS.

Absurdo de la afirmacion de la herejía de que el culto de María fué introducido por Roma en los siglos de ignorancia.—Los Padres, que han dado testimonio de este culto, pertenecen á todos los siglos y no son *romanos*.—La Grecia católica, en la edad de oro de la Iglesia, y la Grecia cismática han profesado el culto de María, y sin embargo no han tomado nada de Roma.—Celo de la Iglesia universal para reverenciar á María.—Los pueblos católicos han sido siempre fieles á María.—Dicha devocion no se ha entibiado en este tiempo de incredulidad.—Sentimientos de los pueblos infieles res-

pecto de María.—Los detractores de su culto se rebelan contra el sentimiento de toda la humanidad. 59

CAPITULO V.

DEL CULTO DE MARÍA CONSIDERADO COMO LA CONFESION SOLEMNE DEL DOGMA CRISTIANO.

Las tres grandes devociones de los pueblos católicos: la devocion del Santísimo Sacramento, la devocion á las almas del Purgatorio y la devocion á la Santa Virgen, las cuales, reasumiendo por sí solas el culto, la moral y el dogma, explican todo el Cristianismo.—Estas devociones son resultado de la inspiracion divina, como la oposicion á las mismas es el resultado de la inspiracion diabólica.—Las oraciones que la Iglesia dirige á María contienen el símbolo cristiano completo.—La verdadera fe consiste en creer que Jesucristo es Dios y hombre.—El culto de María es la confesion de esta fe.—Con este culto se rinde á Dios homenaje de la verdadera fe. 71

CAPITULO VI.

DEL CULTO Y DE LA DEVOCION DE MARÍA COMO SIGNOS CIERTOS DE LA VERDADERA FE Y DE LA VERDADERA PIEDAD.

Explicacion de la profecía del santo anciano Simeon.—No debe separarse la fe en Jesucristo crucificado de la fe en María al pié de la cruz.—Pruebas históricas de que la devocion de María es el signo de la verdadera fe.—En este signo se distinguen los católicos de los protestantes, y los países y las casas religiosas de los países y de las casas que no lo son.—La proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion ha servido para dar á conocer los fieles y los eclesiásticos cuya fe es segura, y los fieles y los eclesiásticos cuya fe es sospechosa.—Todos los grandes santos que Dios ha hecho surgir en el siglo *xvii* han sido muy amantes de María.—Los nuevos ministros anglicanos, convertidos al catolicismo, son celosísimos por el culto de María.—Este culto

es la aspiracion del alma cristiana. — No se puede amar á Jesucristo sin amar y reverenciar á su Madre. . . . 79

CAPITULO VII.

DEL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCION COMO UNA PRUEBA MAS Y UN INDICIO CIERTO DE LA VERDADERA FE.

Por respeto al primero de sus atributos, que es la santidad, Dios no ha permitido que la Madre de su Verbo fuese concebida en el pecado. — La Inmaculada Concepcion es menos un privilegio para María, que un prodigio con el cual Dios ha querido escudar su dignidad. — Este misterio es la principal victoria del Dios Redentor sobre Satanás y una prueba de su divinidad. — Reconocer á María exenta de la mancha original, es confesar que Jesucristo es Dios. — Designio admirable de la Providencia de haber dispuesto que la declaracion dogmática de este misterio se verificase en nuestros dias. — Cuánto aplauso ha merecido de la religion y de la Iglesia por este acto el Soberano Pontífice Pio IX. 93

CAPITULO VIII.

DE LOS SACRÍLEGOS ATAQUES DE LA HERESÍA Y DE LA INCREDELIDAD CONTRA EL CULTO DE MARÍA EN GENERAL, Y CONTRA LA DECLARACION DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCION EN PARTICULAR.

El fenómeno de estos ataques podria á primera vista parecer inexplicable. — Toda herejía no es mas que una inspiracion de Satanás contra la divinidad de Jesucristo. — La declaracion de la Concepcion Inmaculada de María no es tan violentamente atacada por el espíritu de las tinieblas, sino porque es una prueba de que Jesucristo es Dios. — Los hijos de Satanás, segun el Evangelio. — La raza de la mujer y la raza de la serpiente, segun el Génesis. — Los herejes pertenecen á esta última raza. 105

CAPITULO IX.

DIGRESION ACERCA DE LA INSPIRACION SATÁNICA DE TODOS LOS FABRICANTES DE ERRORES.

Pruebas sacadas de la historia del error, que demuestran que los autores del paganismo y de la herejía han sido inspirados por el demonio. Lutero, Zwingli, Calvino y sus descendientes han aprendido de Satanás solamente sus blasfemias contra la Virgen y contra la Iglesia. — El satanismo de nuestros dias : el grito de *viva el infierno*. — Horribles votos de MM. Proudhon y Renan por el restablecimiento del reinado de Satanás. Estos votos son los de todos los impíos. — Advertencia á nuestros hermanos separados. 115

CAPITULO X.

DE LA EFICACIA DEL CULTO DE MARÍA PARA INSPIRAR FE Y PARA CONSERVARLA.

El culto que se tributa á María, como el culto que se tributa á Dios, redundará en provecho de los que lo ejercen. — Este es en primer lugar uno de los medios mas eficaces de inspirar y de conservar la fe. — María es un libro incomprendible, en el cual, sin embargo, se pueden leer todos los misterios de Jesucristo. — Influencia que el culto de María ha ejercido en la conversion de los pueblos á la verdadera religion. — La verdadera fe no se encuentra mas que en los pueblos que se conservan fieles al culto de María. — A consecuencia de la abolicion de este culto, casi se ha extinguido enteramente entre los doctores protestantes la fe en la divinidad de Jesucristo. — Explicacion de estos hechos. — Bello pensamiento de los puseistas de Inglaterra de haber principiado su lucha contra el protestantismo restableciendo el culto de María. 127

CAPITULO XI.

DE LA VIRTUD DEL CULTO DE MARÍA PARA ELEVAR LOS CORAZONES
Á LA ESPERANZA Y AL AMOR DE DIOS.

El divino Salvador nos inspira confianza en su poder y en su misericordia, porque es Hijo de Dios é Hijo del hombre al mismo tiempo.— Maria es quien le rinde este testimonio, y quien por consiguiente nos induce á tratar con él como con un hermano.— Cómo el corazón, reverenciando á Maria, se abre á la esperanza en la misericordia de Dios.— La *Salve, Regina*, es la fiel expresion de este sentimiento.— Maria es tambien la madre del *amor hermoso*.— Amando á Maria es uno conducido á amar á Jesucristo. 141

CAPITULO XII.

DE LA EFICACIA DEL CULTO DE MARÍA PARA INSPIRAR EL AMOR
Á LA CASTIDAD Y EL CELO PARA CONSERVARLA.

La Santa Virgen es custodio de la virginidad, porque ella fué la primera en profesarla.— El ejemplo de la virginidad de Maria ha sido una semilla preciosa de virginidad.— Profecías sobre este objeto que se han cumplido.— El culto de Maria y las oraciones que se la dirigen son un estímulo á la práctica de la castidad.— La virginidad voluntaria no existe en las comuniones separadas.— Aboliendo el culto de Maria el protestantismo ha atacado la pureza de las costumbres cristianas. 152

CAPITULO XIII.

DEL CULTO DE MARÍA COMO MEDIO DE SANTIFICACION,
DE CONVERSION Y DE SALVACION.

El culto de Maria es santificante, y facilita la salvacion de las almas y la conversion de los pecadores.— Los discipulos de Lutero y de Calvino no tienen el derecho de acusar á la Iglesia de que relaja la moral, fomentando

el culto de Maria.— Refutacion de esta calumnia.— Autorizarse con la devocion á Maria para cometer el mal, es un sacrilegio que la Iglesia condena. Sin embargo, mantener ciertas prácticas, aun en medio del desorden, es mas bien aborrecerlo que amarlo.— Por este medio muchas pecadoras llegan por fin á convertirse, mientras que las Magdalenas de la herejía no se convierten jamás. Las conversiones solo se verifican en la Iglesia católica. 163

CAPITULO XIV.

MAS SOBRE LA EFICACIA DEL CULTO DE MARÍA PARA CONDUCIR
LAS ALMAS Á LA VIRTUD Y Á LA VERDAD.

Conversiones que se verifican en Nuestra Señora de las Victorias en Paris. Una conversion reciente, por la invocacion de Maria.— Pruebas de que se han comprendido bien estas verdades en Inglaterra, y particularmente en Lóndres.— Las misiones católicas y las misiones protestantes.— Grandes triunfos que alcanzan los misioneros de la Iglesia entre los infieles por las hermanas de la Caridad y la exhibicion de las imágenes de Maria. 172

CAPITULO XV.

DEL CULTO DE MARÍA COMO ORIGEN DE ESPERANZA
PARA LOS PECADORES Y LOS IMPÍOS.

Lo que muchas veces impide al pecador volver á Dios, es el temor de su justicia.— Nada mas eficaz para disipar este temor, que la invocacion y el culto de Maria.— Por este medio se hacen las grandes conversiones en la Iglesia.— El olvido de toda práctica piadosa respecto de Maria conduce generalmente los corazones extraviados á endurecerse en el pecado.— Necesidad de insistir en estas consideraciones.— Los grandes pecadores y los grandes impíos no son mas que grandes desesperados.— Importancia de las prácticas católicas que inspiran la esperanza.— En este solo hecho podria reconocerse que el cató-

licismo es verdad.— El protestantismo y la filosofía no predicán ni pueden predicar otra cosa que la desesperación, probando de este modo que no son mas que error é inspiración de Satanás. 182

CAPITULO ULTIMO.

DEL CULTO DE MARÍA COMO FUENTE DE CONSUELO Y DE ALEGRÍA.

La alegría es el carácter propio de los pueblos católicos, como la tristeza lo es de los pueblos protestantes.— Explicación de este fenómeno por el hecho de que la fe, la esperanza y la caridad, fuentes de la verdadera alegría, no se encuentran mas que en la Iglesia.— Influencia del culto de María en la conservación de estas virtudes, y el contento del alma que de ellos resulta.— Un viaje á Suiza.— Tristeza que se respira en los cantones protestantes de este país, y razon de este fenómeno.— La Iglesia proclama tambien que el culto de María es una fuente de consuelos para los pueblos cristianos.— Conclusion.. . . . 194

Librería Universal de D. LEOCADIO LOPEZ, Editor,

CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 29.— MADRID.

BIBLIOTECA

DE

LAS FAMILIAS CRISTIANAS.

COLECCION SELECTA DE OBRAS RELIGIOSAS

y muy útiles á las personas devotas, á las Comunidades, á los eclesiásticos, y á todos los fieles celosos de servir á Dios y llegar al camino de la perfeccion.

La Soledad de la Santísima Virgen.—Meditaciones piadosas sobre el dolor de la Madre de Dios despues de la muerte y sepultura de su divino Hijo; obra escrita en italiano por el arcipreste FRANCISCO VITALI, y traducida por el Dr. D. Ildefonso José Nieto, Pbro.— Edición aumentada con la Novena de la Soledad.

Un tomo en 16.^o 4 Rs.

Delicias de las almas afligidas, ó Cartas de consuelo.— Tomadas de S. Pablo, S. Basilio, S. Jerónimo, S. Agustin, S. Gregorio Nacienceno, S. Juan Crisóstomo, S. Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesus, Bossuet y Fenelon; seguidas de una exhortación de S. Juan Crisóstomo á las personas que se alligen con exceso por la muerte de sus amigos y parientes, y de la doctrina de la Iglesia sobre la vida futura, por BOSSUET.

Un tomo en 16.^o 4 Rs.

La Agonía de Ntro. Sr. Jesucristo, ó las siete palabras que pronunció en la cruz.— Expuestas y meditadas en un devoto ejercicio por el arcipreste FRANCISCO VITALI, de la diócesis de Fermo; traducidas por el Pbro. D. Ildefonso José Nieto, doctor en Sagrada Teología y capellan de honor honorario de S. M. Edición aumentada con la Novena de los Dolores de María Santísima.

Un tomo en 16.^o, con una lámina grabada en acero. . . 4 Rs.

El Despertador eucarístico y dulce convite.— Para que las almas enardecidas en el dulce amor de Jesus Sacramentado fre-

cuenten la eucarística mesa y se ejerciten en afectos dulces y devotas oraciones antes y despues de la Sagrada Comunión, con un modo práctico de oír el Santo Sacrificio de la Misa; su autor JUAN GABRIEL DE CONTRERAS, presbítero é indigno esclavo del Sagrado Corazón de Jesus Sacramentado. — Nueva edicion, aumentada con el ritmo de Sto. Tomás de Aquino á la Sagrada Eucaristía, y la oracion del papa Urbano VIII, en accion de gracias.

Un tomo en 16.^o 4 Rs.

La Perla nazarena. — Novísimo Devocionario y Semana Santa, con todos los oficios divinos, ordinario de la Misa, confesion y comunión, meditaciones para visitar los monumentos, las siete palabras, ejercicio para la mañana y noche, y otras oraciones de mucha utilidad para los fieles.

Un tomo de 600 páginas, con láminas finisimas en acero. 4 Rs.

Visitas al Santísimo Sacramento y á Maria Santísima para todos los dias del mes. — Edicion aumentada con el ordinario de la Misa, confesion y comunión, novena y oficio del Santísimo; obra escrita por S. ALFONSO LIGONIO, y traducida por un sacerdote del oratorio de S. Felipe Neri.

Un tomo en 16.^o, con láminas. 3 Rs.

Gracias, privilegios y leyes que la Santísima Virgen Maria del Monte Carmelo otorgó á sus fieles devotos. — Segun fueron promulgadas por los Sumos Pontífices, y especiales gracias, favores é innumerables indulgencias que les están concedidas por su observancia. — Nueva edicion, corregida y aumentada con la Novena, segun se practicaba por los religiosos carmelitas.

Un tomo en 16.^o, con una estampa de Ntra. Sra. del Carmen. 4 Rs.

La piadosa Aldeana, ó Vida de Luisa Deschamps. — Obra recomendada eficazmente á los fieles por muchos ilustrisimos prelados.

Un tomo en 16.^o, de 400 páginas. 6 Rs.

Manual de la Mujer Cristiana ó vida de Virginia Bruni, viuda romana.

Un tomo en 16.^o 6 Rs.

Estas excelentes obras se hallan venales en Madrid, en la librería de su editor, D. LEOCADIO LOPEZ, calle del Carmen, núm. 29; en Provincias, en las principales librerías, Administraciones y Estafetas de Correos. — A las personas que residan en pueblos de corto vecindario les basta escribir al Editor, acompañando el importe del libro que deseen en sellos de franqueo, y se les remiurá á vuelta de correo.

